

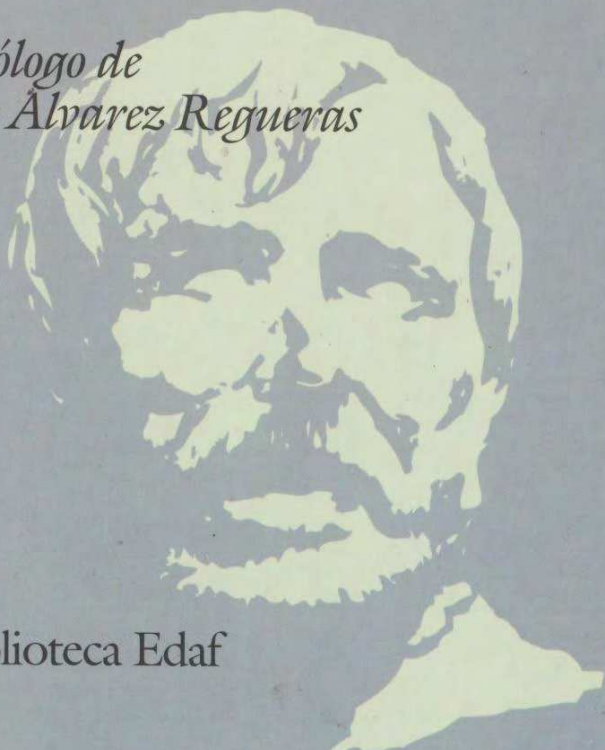
Séneca

Sobre la felicidad

Sobre la brevedad
de la vida



*Prólogo de
H. Álvarez Regueras*



Biblioteca Edaf



EDAF

MADRID - MÉXICO - BUENOS AIRES - SAN JUAN

SÉNECA

SOBRE LA FELICIDAD



**SOBRE LA BREVEDAD
DE LA VIDA**

Prólogo de Herminio Álvarez Regueras



BIBLIOTECA EDAF

216



Director de la colección:
MELQUÍADES PRIETO

© De la traducción: J. AZAGRA
© 1997. De esta edición, Editorial EDAF, S.A.

Editorial EDAF, S. A.
Jorge Juan, 30. 28001 Madrid
<http://www.edaf.net>
edaf@edaf.net

Edaf y Morales, S. A.
Oriente, 180, n.º 279. Colonia Moctezuma, 2da. Sec.
C. P. 15530. México, D. F.
<http://www.edaf-y-morales.com.mx>
edaf@edaf-y-morales.com.mx

Edaf del Plata, S.A.
Lavalle, 1646, 7.º, oficina 21
1048 Buenos Aires (Argentina)
edafal1@interar.com.ar

Edaf Antillas, Inc.
Av. J.T. Piñero, 1594 - Caparra Terrace (00921-1413)
San Juan, Puerto Rico
forza@coqui.net

5.ª edición, junio 2002

Depósito legal: M. 25.169-2002
ISBN: 84-414-0222-1

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Gráficas COFAS, S.A. Pol. Ind. Prado Regordoño - Móstole (Madrid)

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Introducción</i>	9
<i>Séneca y su tiempo</i>	49
<i>Bibliografía</i>	59
SOBRE LA FELICIDAD	61
SOBRE LA BREVEDAD DE LA VIDA ...	135

SÉNECA, FILÓSOFO, ESTADISTA Y ESCRITOR

UNA personalidad tan rica y atractiva como la de Séneca, que reunía en un solo individuo al político, al escritor y al filósofo, no podía pasar desapercibida ni para sus contemporáneos ni para sus descendientes. Y así, tanto los historiadores —Tácito, especialmente—, como quienes criticaron sus excesos literarios o quienes apelaron a sus recomendaciones éticas o filosóficas, contribuyeron a la conservación y legado de un conjunto de datos que, además de constituir una importante fuente biográfica, pueden ser utilizados como elemento de contraste para depurar o completar la primera impresión —inevitablemente parcial— que se extrae de la lectura de sus obras.

En la penumbra quedan muchos detalles: fecha exacta de su nacimiento, edad a la que se instaló en Roma, datación de sus obras... Y acechan también sombras de desconfianza, cuando se trata de interpretar o valorar aquellos aspectos de su vida más controvertidos: sus afinidades con el cristianismo,

la incompatibilidad de las doctrinas estoicas con su vida de lujo, sus silencios o complicidades con los desmanes de los emperadores, etc. Temas tan espinosos —y, por otra parte, tan eternos— se convierten, a menudo, en presa fácil para su utilización con fines partidistas.

1. SÉNECA Y EL MUNDO DE SU ÉPOCA

El final de las Guerras Púnicas —siglos III y II a. C.— confirma la derrota definitiva de Cartago, y deja libre el camino para que Roma ascienda al rango de primera potencia mundial. Al mismo tiempo se inicia una «crisis» de grandes proporciones, que culminará, en época de Augusto, con la desaparición de la República como sistema de gobierno. El equilibrio social se rompe y se multiplican los puntos de fricción: entre las clases privilegiadas, los viejos aristócratas (*ordo senatorius*) rivalizan con los nuevos ricos (*ordo equester* o clase de los *caballeros*) por conseguir prebendas y cargos para el enriquecimiento personal; muchos hombres libres ven considerablemente degradada su situación y pasan a engrosar la gran masa de desocupados, «clientes», ociosos y parásitos que pululan por la ciudad (*plebe urbana*); a la mayoría de los esclavos sólo les queda la desesperanza y la muerte; las poblaciones itálicas, verdadero soporte del poderío romano, se estrellan una y otra vez contra la miopía política de los conservadores, en su más que

justificada aspiración a convertirse en ciudadanos de pleno derecho... La situación es un volcán a punto de erupción.

En el orden político, la complejidad de las nuevas tareas organizativas y de administración encaja mal en los viejos moldes del sistema. El poder se dispersa, los cargos se multiplican...: se siente cada vez más la necesidad de recurrir a poderes militares especiales que, aunque de carácter temporal, tenderán a perpetuarse y acabarán por convertir al ejército en un factor decisivo a la hora de resolver las rivalidades políticas. Tan sólo falta el «salvador de turno» para dar el empujón definitivo.

1.1. Y fue Augusto quien, libre ya de sus adversarios tras la batalla de Accio del año 31 a. C., llevó a buen puerto el proyecto que, desde comienzos de siglo, había sido bandera más o menos declarada de prestigiosos militares y políticos (Mario, Sila, Catilina, César...), pero que por diferentes motivos no había conseguido cuajar. Utilizando algunos términos del lenguaje moderno —pues no deja de haber curiosos paralelismos con recientes situaciones de nuestro mundo actual—, se trataba, en definitiva, de «reconducir» el proceso político, para adecuar las instituciones no sólo políticas, sino también sociales o morales, a las nuevas exigencias derivadas del «nuevo orden mundial». Y así, bajo una pretendida «Restauración de la República», Augusto emprende una operación de desmonte del aparato republicano, mediante la cual mantendrá

formalmente sus órganos e instituciones más representativas, pero conseguirá vaciarlos de contenido, hasta convertirse en el *princeps* de todos los ciudadanos. Aquel equilibrio de los tres órganos, que Cicerón ponía como modelo del sistema de gobierno más justo, se rompe descaradamente: las *magistraturas* son acaparadas por el *princeps* y sus adláteres; el *Senado*, aunque revestido de las mismas galas honoríficas, ve reducida de forma drástica su capacidad de decisión, y las *Asambleas* funcionan como meras máquinas de votar a los candidatos oficiales presentados por el emperador o pierden sus atribuciones electorales en beneficio del Senado.

Pero esta labor restauradora tendrá también efectos beneficiosos. Con el control absoluto del ejército en manos del emperador, se deja de sentir la amenaza permanente de guerra civil y se normalizan el comercio y otras actividades económicas. Se acomete por primera vez la tarea de crear una verdadera administración en el sentido moderno del término, lo cual afectará de forma muy positiva a las provincias, puesto que a partir de ahora su gestión tendrá que ser supervisada por funcionarios imperiales, liberándose así de los abusos anteriores. Éstas y otras medidas impulsarán una etapa de prosperidad económica y lograrán acallar el descontento. El panorama social que se había venido dibujando durante el siglo I a. C. se mantendrá básicamente, pero el enriquecimiento de los *caballeros* y de una dinámica clase emergen-

te de *libertos* permitirá al emperador un mayor margen de maniobra en la búsqueda de apoyos.

1.2. De esta forma, al comenzar la Era Cristiana, Roma, cómodamente instalada en la supremacía mundial, vive una etapa de paz y estabilidad, conocida como la *pax augustea*. Aún habrá emperadores capaces de añadir nuevos territorios al Imperio: expedición de Claudio a Bretaña, conquista de Dacia por Trajano.... Y, en verdad, corresponderá a Teodosio, siglos más tarde, la gloria de alcanzar la máxima expansión del Imperio Romano. Pero ya en estos momentos Roma controla todas las tierras que dan al Mediterráneo y es casi impermeable a las amenazas externas. Los viejos imperios de Oriente, envueltos en rivalidades constantes, sabiamente aprovechadas por los romanos, habían dejado de ser una amenaza para los pueblos mediterráneos. Y allá en el Lejano Oriente, lejos de su radio de acción, el vasto Imperio Chino no dejó de ser nunca un ilustre desconocido, que limitaba sus ansias imperialistas a su propio ámbito y que bastante tenía con atajar las convulsiones y rebeldías que en su propio seno se producían.

El peligro para Roma anidaba más cerca, en los bosques de Centroeuropa, al otro lado del Rin. Augusto, consciente de ello, pone término a la política de conquista y dirige sus esfuerzos políticos a consolidar el dominio sobre los territorios conquistados y a fortificar la línea defensiva de este lado del río. Con ello logra fijar una frontera natu-

ral entre el mundo civilizado y el mundo de los bárbaros, convirtiendo el Rin en el símbolo de un pacto de no agresión. Pacto de compromiso, frágil y ciertamente engañoso, pues la incómoda presión de los pueblos germanos, cada vez más agobiante, daba lugar, como anticipo de lo que sucedería siglos más tarde, a frecuentes escaramuzas fronterizas. alguna de ellas tan sonada como la del año 9, que acabó con el exterminio de varias legiones romanas en los bosques de Teutoburgo y que haría exclamar al propio Augusto, entre lágrimas de dolor y rabia: «¡Quintilio Varo, devuélveme mis legiones!»

Con todo, hay una coincidencia general entre los historiadores a la hora de calificar esta etapa como una de las más tranquilas y de mayor prosperidad económica en la historia de Roma, aunque salpicada con demasiada frecuencia por las «excentricidades» de los emperadores de la dinastía julio-claudia.

1.3. Parecía un mundo de color de rosa. Florecían las grandes ciudades y, a la cabeza de ellas, Roma acogía una población variopinta, procedente de las más diversas partes del mundo. El trabajo de los esclavos y los adelantos tecnológicos permitían el confort de las clases acomodadas y una cierta sensación de conformismo general: las clases más bajas aceptaban las condiciones económicas que, por su posición social, les correspondía vivir, dentro de un rudimentario «estado del bienestar», en el que la abundancia de *panem et circenses* relega-

ba a segundo plano la preocupación por la subsistencia. Por iniciativa del Estado se proyectaron y llevaron a cabo los más ambiciosos proyectos en el campo de las obras públicas y del arte. La seguridad marítima y la amplia red viaria del Imperio favorecieron la multiplicación de los contactos comerciales y, con ello, la fluidez de la comunicación a todos los niveles y el intercambio de todo tipo de bienes materiales y espirituales. Era un mundo de ensueño —¿similar al nuestro?—: nada parecía faltarle.

Pero ¿era realmente un mundo feliz? Si es verdad que la vida no se detiene, quizá estemos ante uno de esos momentos cruciales en que, tras un largo camino, se está llegando a la cima y se va a iniciar el descenso. Y son precisamente tales coyunturas las que suelen propiciar insatisfacciones, o incluso reacciones de signo contrario. «La cultura del Principado es muy compleja, y tan contradictoria como toda civilización altamente desarrollada»¹, concluye Hubert Cancik, tras ofrecernos como botón de muestra algunos indicios significativos. Así, por ejemplo, la magnificencia y el lujo de la Gran Urbe, el embellecimiento de otras ciudades y la realización de obras tan colosales como la construcción de un nuevo puerto en Ostia o la desecación del lago Fucino (incluso llegará a pro-

¹ FUHRMANN, M. *et alii*: *Literatura romana*, ed. Gredos, Madrid, 1985, pág. 357.

yectarse la apertura del istmo de Corinto), acreditan que el hombre ha llegado a un alto grado en el dominio de la naturaleza. Pero desde ese instante se desarrollará una mayor sensibilidad hacia la misma, y el progreso tecnológico no logrará sofocar el brote de un sentimiento de nostalgia por la vida apacible y sencilla de la «villa». Del mismo modo, en un mundo de espectáculos permanentes y de sexualidad desenfrenada, asistimos al renacer de la añoranza de la vida familiar y hogareña y oiremos a algunos poetas elogiar una virtud tan en desuso como la fidelidad conyugal.

1.3.1. El mismo carácter contradictorio alcanza también a las manifestaciones más nobles del pensamiento humano. Así, en el campo de la religión, veremos a Augusto tratando de restaurar el respeto a los viejos cultos y a los dioses tradicionales. Sus disposiciones religiosas, teñidas de intención propagandística, hallarán eco favorable en el patriotismo y en el orgullo nacional de quienes se sienten ciudadanos del Imperio. Y, en su afán de aportar legitimación religiosa al régimen, aprovechará su carisma para hacerse rendir culto de sus súbditos, en vida, y merecer la divinización oficial, tras su muerte. Pero, bajo esta restauración, un tanto forzada y de claro matiz político —¿recuerda algunas relaciones entre el Estado y la Iglesia?—, se esconde una cierta insatisfacción religiosa que, por un lado, propicia la proliferación de supersticiones, y, por otro, fomenta la atracción irresistible hacia doctrinas y ritos de carácter esotérico. En este con-

texto se explica el amplio éxito alcanzado por los misterios y las religiones orientales, que vienen a satisfacer las ansias humanas de otra vida y tratan de ofrecer respuestas a la angustiosa pregunta de la salvación. Se está de acuerdo en que fueron los soldados del ejército los principales transmisores de estas creencias y que la tradicional tolerancia de los romanos hacia las religiones de los pueblos conquistados ayudó a su difusión. Pero incluso los emperadores no pudieron sustraerse a la corriente general: Tiberio, por ejemplo, que no creía en los dioses y que, en un principio, llegó a perseguir los cultos de Isis, fue un adicto de la astrología, Calígula llegó a iniciarse en los misterios de Isis, Nerón en los de Mitra...

¿Y Séneca? Cometeríamos un error de juicio y de perspectiva histórica, si nos sintiéramos decepcionados al comprobar cómo una mente tan racionalista y rigurosa como la suya pudo dejarse «embaucar por tales patrañas». Es posible que su adhesión al vegetarianismo pueda contextualizarse dentro de la habitual atmósfera de modas y extravagancias juveniles. Pero, si tenemos en cuenta que tal afición había sido puesta de moda por movimientos místicos relacionadas con el culto de Isis, y que podía tener sus raíces en doctrinas tan venerables como la pitagórica, habremos de concluir que Séneca se sintió atraído hacia ella por las mismas ansias de saber y por el mismo espíritu curioso que, durante su estancia en Egipto, le llevaron a estudiar a fondo tales doctrinas y a mante-

ner contactos con el judaísmo. Un espíritu curioso, permeable a cualquier intento de explicación científica, venga de donde venga, que, unido a su afán de racionalidad, le harán sensible a la astrología, hasta el punto de atribuir a los astros la determinación de los acontecimientos futuros².

1.3.2. Ya en este punto podemos intuir cómo la religión, tradicionalmente alejada del pensamiento racional, inicia su descenso del Olimpo y se acerca a preocupaciones menos teológicas y más humanas, hacia las que, por un proceso similar, va a confluir también la Filosofía. En rigor, ya los cínicos, desde finales del siglo v a. C., y como reacción a las ideas de Sócrates y de Platón, habían empezado a alejarse de la Filosofía con mayúsculas y, desviando el punto de mira de sus reflexiones hacia los preceptos de la moral, concluyeron que la felicidad residía en el autodomínio y en la renuncia a los bienes materiales. Pero el fenómeno adquirió magnitud, tras la muerte de Aristóteles, en el cosmopolita mundo de la época helenística: se abandona el interés por la Metafísica, en beneficio de la Lógica, la Física y la Ética, buscando siempre los aspectos de mayor sentido práctico para el individuo.

La doctrina epicúrea, reconociendo las necesidades humanas, trataba de eliminar los temores tra-

² SÉNECA, *Diálogos* (trad. de Carmen Codoñer), Tecnos, Madrid, 1986, «Consolación a Marcia», 18, 3, pág. 205, y también SÉNECA, *Cuestiones naturales* (trad. de Carmen Codoñer), C.S.I.C., Madrid, 1979, vol. I, II, 32, 4, pág. 84

dicionales y ponía su especial acento en la consecución de la felicidad a través del uso racional del placer, algo, por cierto, radicalmente distinto del placer indiscriminado a que llevaron algunas «desviaciones» por parte de muchos seguidores de Epicuro, y que darían pie al cristianismo para lanzar contra ella las más feroces críticas, no siempre justificadas. Bien advirtió ese matiz nuestro Séneca, que siempre trató de marcar las diferencias entre aquéllos y Epicuro, reservando para éste su mayor respeto y admiración y confiando siempre en la validez de sus enseñanzas. La doctrina estoica, por su parte, buscará la felicidad en conseguir una vida conforme a la naturaleza, según el camino racional que nos ayudará a descubrir la virtud. Las constantes revisiones a que se ha visto expuesta por su larga historia —de la que puede dar fe la pervivencia del adjetivo *estoico* hasta nuestros días incluso en la lengua común— obligan a distinguir tres fases en el estoicismo: antiguo, medio y nuevo. A este último, punto final de una evolución y renovación consistentes en ir admitiendo o adaptando tesis de otras doctrinas dentro de un espíritu conciliador y ecléctico, pertenece Séneca.

1.3.3. En cuanto a las corrientes artísticas y literarias, asistimos en los primeros años del siglo I a la muerte de los grandes autores del clasicismo —Virgilio, Horacio, Ovidio...—, y de Mecenas, personaje emblemático, bajo cuya égida se han llevado a cabo las consignas restauradoras de Augusto. Se tiene la sensación de que la literatura romana

ha concluido un ciclo: la asimilación de los modelos griegos ha llegado a su más alta cima y ha permitido el despliegue del genio romano en todo su esplendor. Pero también aquí se adivina el inicio del descenso a partir de algunas contradicciones.

Ante todo, la pérdida de las libertades y la actitud intervencionista del Estado provocaron efectos inmediatos: la desaparición de la oratoria, que tan brillante papel había jugado en épocas anteriores, y la utilización de la literatura con fines propagandísticos (biografías, panegíricos...). Pero, en contrapartida, encontramos abundantes ejemplos de una verdadera literatura de oposición, especialmente en la historiografía y en la épica, la mayoría de cuyos autores pagaron con la vida su osadía. Y, en un tono menor, pues sus críticas van dirigidas a los vicios y costumbres de la época, no tardaremos en oír las quejas satíricas y mordaces de poetas como Persio, Juvenal y Marcial. En cuanto a la oratoria, su pérdida se verá compensada por un desarrollo imparable de la Retórica, la cual terminará convirtiéndose en pilar básico de la educación, capaz por sí sola de proporcionar los instrumentos necesarios para dominar la palabra y poder ascender socialmente.

Suele hablarse, también, de una reacción anti-clásica, en cuanto que los autores de esta época buscan nuevos temas y fórmulas de expresión. La fuerza de los clásicos, sin embargo, es tan grande que resulta imposible despegarse de ellos y tan sólo cabe hablar de auténtica innovación en aspectos

formales y estilísticos: muchos autores de esta época serán llamados «modernistas», fundamentalmente por oponerse al estilo amplio y redondo de Cicerón; pero hasta aquí llegarán los tentáculos de la Retórica, para exprimir al máximo, casi por estrangulamiento, los recursos expresivos de la lengua y producir efectos de excesivo retoricismo, de mayor artificiosidad y de exagerado patetismo, que serán muy criticados entre sus contemporáneos y a lo largo de la historia.

2. SÉNECA Y SU «MUNDILLO»

Más de una vez declaró Séneca que su patria era el mundo, pero vino a éste en una ciudad de Hispania. Córdoba —*Corduba*— era por entonces la capital de una de las tres provincias en que Augusto había dividido Hispania, la Bética, el territorio más prontamente romanizado de la Península. Los orígenes de la ciudad se remontan a mediados del siglo II a. C., cuando el cónsul Claudio Marcelo decidió crear un *conventus*. Este término fue restringiendo su significado y, en época imperial, se aplicaba a un distrito regional que agrupaba un conjunto de *pagi* (distritos locales) y de *vici* (aldeas) en torno a una capital para la administración de justicia. Pero, en la época a la que nos estamos refiriendo, su nombre se reservaba a aquellos asentamientos de ciudadanos romanos o itálicos, que la Administración Romana organizaba, junto a

núcleos de población nativa, con fines comerciales y defensivos. Este carácter de *conventus* le había dado a *Corduba* una configuración particular, en la que la población era una mezcla de veteranos, inmigrantes y nativos. M. T. Griffin, citando fuentes latinas, nos habla de diferencias sociales y de prestigio a favor de los hispanos de residencia —*Hispanienses*— frente a los *Hispani*, o hispanos de sangre³. En cualquier caso, con el avance de la romanización, es fácil que estas diferencias se fueran nivelando o cambiando de sentido.

Durante la República, un acontecimiento relevante, la guerra civil entre César y Pompeyo, tuvo uno de sus últimos coletazos cerca de nuestra ciudad. La favorable actitud de los cordobeses a las huestes pompeyanas sirve de argumento a P. Grimal para encajillar a la familia de los Anneos dentro de la más pura tradición republicana. Este «pompeyanismo» se hará visible más tarde en las reservas expresadas por Séneca ante el todopoderoso Augusto o en la nostalgia republicana de su sobrino, el poeta épico Lucano, pero además tendrá gran importancia en la configuración de su propio ideal monárquico en época de Nerón⁴.

³ GRIFFIN, M. T.: *Seneca, a Philosopher in Politics*, Oxford, 1976, pág. 31.

⁴ GRIMAL, P.: *Sénèque ou la conscience de l'Empire*, París, 1979, pág. 132: se explica este «pompeyanismo» como la conjunción de un doble poder, el que proviene del Senado y el que emana del prestigio personal de Pompeyo: «Un Gran Protecteur, travaillant en harmonie avec un senat qui aurait retrouvé son auctoritas d'autrefois.»

Ya en época de Augusto adquirió Córdoba el rango de *colonia*, categoría inferior a la de *municipium* —poblaciones indígenas a las que se concedía el *ius Latii* o derecho de ciudadanía latina—, pero que, en la realidad, podía comportar más ventajas tributarias.

La organización social y política de las comunidades locales reflejaba de forma fiel el sistema tradicional romano y, como éste, se fundaba en la posesión de la riqueza. Por encima de la plebe, cuyas condiciones variaban considerablemente de unas ciudades a otras, se situaban las clases dominantes, constituidas por senadores, caballeros y *decuriones* o aristócratas locales. Las posibilidades de promoción social no siempre estuvieron al alcance de las poblaciones indígenas, pero parece que, en estrecha relación con la mayor asimilación a la civilización romana, pudo surgir una clase dirigente hispano-romana con acceso a todos los resortes del poder. Los órganos de gobierno eran los de Roma: un senado, constituido por el *ordo decurionum* o «clase de los decuriones»; los magistrados —*duóviro*s, *ediles* y *cuestores*—, y el pueblo, que se organizaba en *curiae* para las elecciones.

2.1. En el seno de una familia perteneciente al orden ecuestre —no sabemos muy bien si *hispani* o *Hispanienses*, aunque voces autorizadas relacionan su origen con colonos procedentes de Etruria o de Iliria— nació nuestro Séneca. Su padre, *Lucius Annaeus Seneca*, gozaba de una excelente posición

social y económica, pero, alentado sin duda por la presencia en Roma de familiares y amigos, se sintió desde muy joven atraído por la Urbe, adonde acudió para perfeccionar sus estudios y probar fortuna en la carrera política. Después de haberse codeado con las más altas personalidades de la política y del mundo intelectual, y cuando ya su edad rebasaba probablemente los 40 años, regresó a su Córdoba natal, donde conoció y desposó a Helvia, con la que, en un plazo muy corto de tiempo, tuvo tres hijos: Novato, Séneca y Mela.

Experto conocedor de las corrientes pedagógicas de actualidad, adoctrinó a sus hijos en el camino de la elocuencia y la declamación, cuyos fundamentos seguían teniendo fuerte arraigo en la Retórica, a pesar de que la falta de libertades había supuesto un duro golpe a la oratoria, su más genuina manifestación práctica. No dejó de advertir, sin embargo, que una educación exclusivista en este sentido podía convertir a sus discípulos en mercenarios de la palabra vacía al estilo de los sofistas profesionales griegos. Para evitar tal peligro, marcó siempre como objetivo inseparable la adquisición de conocimientos generales a la manera de un saber enciclopédico. De esta manera, al viejo lema promovido por Catón (*vir bonus peritus dicendi*, «hombre de bien experto en hablar») se añadiría ahora el calificativo de *doctus* («hombre culto experto en hablar»). En este sentido, podría considerársele continuador de las doctrinas de Cicerón, de no ser porque éste incluía en «su» saber enciclopédico

como parte fundamental y definitiva la filosofía, hacia la cual manifestó siempre el viejo Séneca recelos incomprensibles. Quizá habría que matizar que tales recelos apuntaban más directamente —¿o de forma exclusiva?— hacia la filosofía griega, pero, en cualquier caso y por fortuna, su hijo no siguió en este campo los mismos derroteros que su padre. Y de esta forma pudo concretarse en él la fusión de Retórica y Filosofía, dando plena utilidad a aquella —en un momento en que su validez práctica parecía ponerse en duda— como fuente de recursos técnicos, estilísticos y lingüísticos, en cuyo molde pudiera canalizarse toda la fuerza y la sustancia del auténtico saber.

Si bien no son frecuentes en los escritos de Séneca el Filósofo las alusiones a su padre, la sensación general de respeto que de ellas se desprende y el hecho de que compusiera una biografía sobre él, *De vita patris* (algunos de cuyos fragmentos aparecieron en el siglo pasado), pueden dar testimonio de unas relaciones respetuosamente cordiales entre ellos. Debió de ser sincero el agradecimiento filial por todo lo que influyeron en su formación las ideas y los desvelos de su padre, aspecto que hace a algunos estudiosos modernos hablar del «senequismo» como un estilo de pensar inseparablemente unido a las dos figuras, y que tal vez fue la causa de que los antiguos no llegaran a distinguir las dos personalidades hasta la Edad Moderna. Es verdad que en algún momento no parecen gustarle mucho al hijo determinados toques de intransigencia del

padre, y que algunos estudiosos, incluso, han utilizado la anécdota narrada en la Epístola 108, 22 —a ruegos de su padre accede a interrumpir su dieta vegetariana— como pretexto para hablar de tensiones y tiranteces entre ellos. Pero, en realidad, ambos detalles podrían interpretarse sin salir de lo que normalmente se entiende como diferencias generacionales entre viejos y jóvenes. En todo caso, se deja ver en el incidente una diferencia sustancial entre padre e hijo: la mayor intransigencia del primero, con ese sorprendente mirar por encima a todo lo griego, frente a una visión más amplia y aperturista del hijo. En ello, sin duda, tendrían mucho que ver el ambiente y las circunstancias que a cada cual le tocó vivir. Al fin y al cabo, el padre no dejó de ser nunca un hombre de provincias que había intentado «conquistar» Roma sin conseguirlo, tal vez, precisamente, por su incapacidad para desligarse de sus propios prejuicios y de su radical tradicionalismo: algunos, incluso, hablan de su negación a aceptar determinadas componendas como la verdadera causa de su fracaso político. A su hijo, en cambio, debieron de ayudarle esas experiencias, amén de su mayor cosmopolitismo, para adoptar una visión más amplia y un espíritu abierto, resuelto a no tropezar en la misma piedra y a ver cumplidas gran parte de sus aspiraciones.

2.2. De lo que no cabe duda es del amor de Séneca hacia su madre, Helvia, una mujer hispana, pero muy alejada ya del prototipo «semisalvaje»

transmitido por algunos escritores antiguos. Su familia había asimilado plenamente los modos de vida romanos y, seguramente gracias a ello, se había situado en posiciones cercanas a la aristocracia «hispano-romana».

Aún era mujer madura y hacía pocos años que había enviudado, cuando su hijo, con ocasión de su propio destierro, le dedicó una Consolación, obra en la que, junto a las esperadas dosis de sabiduría estoica y de consejos prácticos, nos traza una semblanza de su madre, muy alejada de los estereotipos femeninos que tan documentadamente nos han transmitido los historiadores de la Roma imperial, y que, contrastada con las de otras mujeres de su vida, tal vez nos acerquen al perfil femenino que pudo haber sido el ideal de nuestro filósofo.

Ciertamente, la aparición de mujeres en la historia de Roma había sido, en general, muy poco relevante. Y tanto aquellas figuras que se mueven entre las sombras de la leyenda (las Sabinas, Tanaquil, Lucrecia, Clelia...), como las que gozan de mayor consistencia histórica (Cornelia, madre de Cayo y Tiberio Graco), quizá deban su gloria a la utilidad que han reportado a los historiadores como *exemplum* o prototipo de las virtudes romanas. Pero ya en el siglo anterior, mujeres de refinada cultura como Clodia —la Lesbia amada de Catulo— habían aprovechado un primer impulso «feminista» —si se me permite la expresión— para acceder a círculos aristocráticos y literarios. Lamentablemente, la mayoría de las veces se vieron engullidas en el tor-

bellino de la vida fácil y su papel terminó diluyéndose entre amoríos y escándalos, muy lejos de aquella *pudicitia* tradicionalmente atribuida a la matrona romana. Evidentemente, ése no era el camino que debía seguir un movimiento auténtico de liberación femenina. Con la llegada del Imperio, entran en escena mujeres como Livia, Antonia, Mesalina o Agripina que, al margen de sus escándalos sociales o de sus crímenes «políticos», van a ejercer sobre sus maridos y sobre la vida de la corte una influencia que dejará huellas en la Historia y que, en cierto modo, justifica aquella frase atribuida a Séneca: «Los romanos gobiernan el mundo, pero a los romanos los gobiernan sus mujeres.»

Es en este ambiente donde podemos situar la semblanza que Séneca nos ofrece de su madre y que parece responder a un perfil deseado por el filósofo, capaz de hacer compatibles las virtudes de la mujer del pasado con las tendencias y posibilidades de la mujer moderna. Por un lado, admira su fortaleza ante el cúmulo de adversidades que en los últimos años se han abatido sobre ella, y la pone como modelo de mujer virtuosa, educada en la rectitud de la vieja tradición romana, muy lejos de los modales indecorosos y falta de pudor que a menudo exhiben las mujeres de alta sociedad en la vida de palacio. Pero, por otro lado, lamenta el hecho de que su espíritu apenas pudiera dar los primeros pasos en el conocimiento de los preceptos de la sabiduría y de que el viejo Séneca, su marido, llevado de sus prejuicios y en consonancia con su

carácter riguroso, no le permitiera remontar el vuelo en la actividad intelectual, a pesar del talento y aplicación demostrados. Incluso, yendo más allá, la anima a que, ahora que dispone de tiempo, vuelva a tomar contacto con el estudio y vuelque su amor y sus conocimientos en la educación de sus nietos.

Otras dos mujeres encontramos en la vida de Séneca que fueron objeto de su cariño y admiración. En primer lugar su tía, la hermana mayor de Helvia, cuyo nombre desconocemos, pero que desempeñó un papel importante en sus vidas. En sus brazos dice Séneca que fue trasladado a Roma. Y, poco después, sintió el afecto maternal con que lo recibió en Egipto, cuando acudió allí por motivos de salud. A ella debe también el primer empujón en los inicios de su carrera política, cuando desplegó toda su influencia para que recibiera el nombramiento de cuestor allá por el año 35. No es extraño, pues, que la suba en un pedestal y que, incluso por delante de su madre, la proponga como modelo de mujer virtuosa. Una menor predisposición a los estudios, o tal vez la necesidad de tener que cubrir el vacío dejado por la muerte de su madre, había hecho de ella una mujer mucho más tradicional que su hermana. De ahí que Séneca, reconociendo su timidez y falta de preparación intelectual, comienza su elogio dentro del marco de virtudes atribuidas a la matrona romana, y nos narra el episodio del naufragio que ocasionó la muerte de su marido al regresar de Egipto, claro *exemplum* de

abnegación y fidelidad, en el que demostró unas agallas impropias de su condición femenina y que la hacen digna de figurar en los anales de la Historia junto a otras mujeres legendarias. Pero, al mismo tiempo y por encima de todo, resalta su capacidad para vencer sus propias limitaciones y hacer valer su influencia o imponer sus gustos y opiniones en una corte tan dada a la difamación y a la incontinencia verbal como la de Egipto.

En cuanto a Marcia, no conocemos muy bien el tipo de relaciones que los unía, pero la Consolación que le dedicó en la muerte de su hijo parece asegurar, al menos, una respetuosa amistad y quizá un cierto grado de simpatía política. Era hija de Cremucio Cordo, un historiador de ideas republicanas a quien Augusto había «tolerado», pero que, durante el reinado de Tiberio, tuvo que soportar la prohibición de sus obras y se vio empujado al suicidio. Ella, si bien no pudo impedir su muerte, consiguió que sus obras se salvaran de las llamas y que se publicaran poco después. Séneca elogia sinceramente su amor filial, una virtud en la línea del más sano tradicionalismo, pero vuelve a sentir admiración ante una mujer con inquietudes ideológicas, que nos da una lección de coraje en la defensa tenaz de los ideales de su padre. Ideales que, sin duda, haría suyos, y que, en la medida en que persiguen la salvaguardia de la palabra y la libertad, podrían entrar de lleno en lo que nosotros entendemos como «literatura de compromiso».

El tratamiento de estas tres mujeres, sin embargo, no debe llevarnos a conclusiones apresuradas en el sentido de atribuir a Séneca posturas cercanas a lo que pudiera entenderse como «movimiento feminista» de la Antigüedad. Ni mucho menos. En éste, como en otros campos de su vida, Séneca se mostró fiel a sus principios estoicos, y, sabedor de que era inútil oponerse a los designios del destino, mantuvo una actitud comprensiva ante los cambios que los nuevos tiempos acarreaban. Como hombre de mundo acostumbrado a moverse en los más diversos ámbitos sociales, percibe que, de forma irreversible, han comenzado a romperse las viejas cadenas que habían impuesto a la mujer una absoluta dependencia del hombre. Sabe aceptar los hechos y no tiene más remedio que admitir — incluso promover— la participación de la mujer en otras actividades que rebasen ya el ámbito del hogar y le den acceso a las nuevas posibilidades que se ofrecen. Pero los excesos e inmoralidades a que dichas posibilidades pueden conducir son motivo de queja frecuente por parte del filósofo. Y ello, seguramente, debió de hacerle volver la mirada a los tiempos del pasado en busca de los modelos tradicionales. Por fortuna, aún existían mujeres depositarias de las antiguas virtudes perdidas: su madre, su tía, Marcia y, en menor medida por la falta de referencias significativas, su esposa, Paulina, de la cual, no obstante, sabe valorar sus tiernos cuidados y su fidelidad conyugal. Ellas son el espejo en que debe mirarse cualquier mujer

moderna que se precie. En ellas permanece fuertemente arraigada la *pudicitia*, un sentido del pudor y de la decencia, que permite desplegar en diversas direcciones otras cualidades del espíritu, sin peligro de que las mismas se desvíen por rutas equivocadas, tal como había sucedido a muchas mujeres de su época y de las anteriores.

2.3. Ante las demás mujeres que ocupan las «páginas de sociedad» en los relatos de los historiadores, parece Séneca guardar las distancias y sólo menciona sus nombres cuando le pueden servir como *exemplum*, y tras comprobar que el camino está despejado de riesgos políticos. Livia, por ejemplo, la mujer de Augusto, aparece como modelo de resignación ante la muerte de su hijo Druso. Julia, la hija de Augusto, encarna la lujuria y el desenfreno. Mesalina es tachada de adúltera en la *Apocolocyntosis*... Se comprende bien el silencio sobre Julia Livilla, un amargo episodio de su vida que le costó el exilio... Pero ¿qué pensar del silencio sobre la hermana de ésta, Agripina la Menor?

Mujer notable, nieta de Marco Antonio y hermana de Calígula, no reparó en nada a la hora de mover los hilos que aseguraran a su hijo Nerón el acceso al trono, a pesar de lo cual terminó sus días trágicamente, asesinada por orden de aquél. Sin duda debido a ello, ha padecido siempre los efectos de su «mala prensa» entre los historiadores antiguos y modernos, para quienes su figura constituye el más claro modelo de mujer intrigante, ambi-

ciosa y sin escrúpulos. Ni siquiera sus dotes literarias alcanzaron el reconocimiento de quienes, con criterios evidentemente «masculinos», controlaron los filtros de paso a la historia: tan sólo se nos conservan dos escuetas menciones de sus *Memorias* en Tácito y en Plinio el Viejo. Y que tampoco de Séneca mereciera mayor consideración, a pesar de haber sido su principal valedora ante Claudio y haber conseguido su regreso del exilio, nos lleva a reflexionar sobre otro de los temas sujetos a inacabable discusión: el papel político desempeñado por el filósofo durante el reinado de Nerón y su actuación concreta entre el emperador y su madre.

En un principio, tuvo que ser reconfortante para él —y sumamente productivo desde el punto de vista económico— recibir las máximas atenciones de aquella poderosa mujer y gozar de la confianza del príncipe. Confianza que supo utilizar adecuadamente en los primeros años de gobierno para que de sus principios estoicos emanaran prudentes medidas políticas, basadas en el pacifismo, en la generosidad y en el sentido humanitario. Pero no tardó en desatarse el terror, cuando salieron a flote los más bajos instintos de Nerón. Para quien había sido su preceptor, sentir las esperanzas defraudadas y comprobar los efectos de sus enseñanzas tuvo que suponer la primera gran frustración. Las cosas se torcieron de manera definitiva cuando los celos y las rivalidades deterioraron peligrosamente las relaciones entre madre e hijo. A partir de entonces, no debió de ser nada fácil, para un filósofo

acostumbrado a poner como bandera la sensatez y el buen juicio —la *ratio* frente al *furor*—, desarrollar su labor de consejero en medio de tanta sinrazón, y mantener, al mismo tiempo, una posición de justo equilibrio sin caer en desgracia. Pero, si hemos de seguir a Tácito, Séneca hace gala en todo momento de una habilidad y sangre fría encomiables, que le van a permitir nadar y guardar la ropa, e incluso salvar situaciones de gran compromiso: en una ocasión, ante la impetuosa entrada de Agripina en el Senado —prohibida a todas las mujeres—, hace que Nerón salga a recibirla afectuosamente, convirtiendo así un problema de alegaldad en una tierna escena entre madre e hijo. Y, en otra ocasión, «... cuando ya los que al lado estaban advertían sus lascivos besos y las ternuras precursoras de la infamia, Séneca buscó ayuda contra las artes de aquella hembra en otra mujer, haciendo entrar a la liberta Acte...»⁵, para truncar los deseos incestuosos de la madre. Pero estas tácticas dilatorias debieron de agotarse cuando tuvo que enfrentarse al momento crucial del asesinato de Agripina. Inesperadamente, se vio entre la espada y la pared, y, ante la imposibilidad de disuadir al emperador, no tuvo más remedio que alinearse con su decisión. El posterior escrito de justificación ante el Senado, redactado por Séneca y que venía a ser una confesión de cul-

⁵ C. TÁCITO: *Anales* (trad. y notas de J. L. Moralejo), ed. Gredos, Madrid, 1986, XIV, 2, pág. 157.

pabilidad, no logró sino confirmar las sospechas de complicidad que habían salpicado su reputación, y dañar gravemente su popularidad.

2.4. Sus hermanos estuvieron siempre presentes en la mente de Séneca. Al mayor de ellos, conocido como Galión a partir de su adopción por Junio Galión, dedica el *Diálogo sobre la felicidad* que aparece en este volumen. A Mela, el padre del poeta Lucano, se refiere con menor frecuencia, pero una mención conjunta, en la *Consolación a Helvia*⁶, al mismo tiempo que destaca su cariño de hijos piadosos como refugio seguro para la soledad de la madre, contrapone sus diferentes estilos de vida: Galión había seguido una trayectoria política similar a la de Séneca, el menor había escogido una vía más alejada de la alta política, pero el triunfo sonrió a ambos por igual, en forma de riquezas y poder.

Por todas sus obras desfilan otros amigos, entre los que destacan Sereno y Lucilio por haberse convertido en destinatarios de alguna de ellas. No vamos a entrar en el detalle de sus relaciones particulares, pero se nos antoja deber ineludible reseñar, al menos, una de las cuestiones de mayor actualidad entre los estudiosos de nuestro personaje. Un minucioso seguimiento de la trayectoria que siguieron sus hermanos, sus amigos íntimos y

⁶ *O.c.*, 18, 1-3, pág. 406.

otros que no lo fueron tanto, ha puesto de manifiesto sospechosas coincidencias en los vaivenes a que todos ellos estuvieron sometidos. ¿Significa ello la existencia, en el seno de las intrigas palaciegas, de un fuerte grupo de presión, dispuesto a conseguir el poder efectivo y la influencia sobre el emperador? La falta de refrendo explícito en las fuentes antiguas ha podido, en ocasiones, dejar solas a la imaginación y a la fantasía en este terreno. Pero las minuciosas investigaciones de Grimal y de Griffin (véase Bibliografía), han aportado en nuestros días bases sólidas y argumentaciones casi definitivas a tan atractiva tesis. En síntesis, podemos seguir la línea general del proceso a través de algunos hitos fundamentales:

- a) La sucesión de Augusto pudo ser el desencadenante de las primeras rivalidades. La candidatura de Germánico, a pesar de resultar perdedora, apareció siempre más pura y legítima que la de Tiberio. Al amparo de su popularidad y prestigio entre amplios sectores del pueblo y del ejército, su figura concitó la adhesión de un grupo de simpatizantes que no veían con buenos ojos al nuevo emperador.
- b) El asesinato de Germánico, en el que probablemente se implicaron Sejano y el propio Tiberio, agravó la situación del grupo, que tuvo que refugiarse en torno a su viuda primero, y a sus hijas Agripina y Livila, después,

en una situación semiclandestina a la espera de que pasara el temporal.

- c) El grupo sale a flote hacia el año 31, en que muere Sejano, cuya posición, a pesar de todo, no queda muy clara en esta lucha por las posiciones de poder. En sus filas aparece ya Séneca, gracias a los buenos oficios de su tía, que, años atrás, había hecho de excelente anfitriona con Germánico en la visita de éste a Egipto, y mantenía, por tanto, excelentes relaciones con sus descendientes.
- d) Un episodio del año 39, la conspiración de Léntulo Getúlico, que pretendía reemplazar a Calígula por Emilio Lépido, parece poder encuadrarse dentro de estas luchas. En torno a él hay muchos puntos oscuros, pero detrás de todo aparecen los nombres de Agripina y Livila, que tuvieron que ir al destierro, y personajes como Pasierno Crispo o Lucilio, con quienes probablemente Séneca tuviese ya relaciones de amistad o de simpatía ideológica.
- e) Tras la muerte de Calígula, regresan las dos hermanas, pero, casi de inmediato, se verán obligadas a replegarse ante el odio y la ambición de Mesalina, esposa del emperador Claudio. Las posiciones aparecen claramente delimitadas: en el lado triunfador, Mesalina y el grupo de libertos, que se encargan de los asuntos administrativos y políticos, gozan de total confianza ante el príncipe y dominan los

resortes del poder; en el bando contrario, se vive de nuevo la zozobra, y ahora será el propio Séneca quien tenga que ir al destierro, tras una acusación de adulterio con Livila, que probablemente encubra otros móviles de tipo político.

- f) La muerte de Mesalina deja libre el camino al triunfo de Agripina. Séneca regresa del exilio, y, tras unos años de prudente espera —la muerte de Claudio está próxima—, emprenderá su irresistible ascensión a la cima del poder. El joven Nerón se abandona a la total influencia del filósofo, que había encontrado, además, un complemento ideal en la estrecha colaboración de Burro, el consejero militar. Empiezan a aparecer, ocupando posiciones, los nombres de sus afines, de sus amigos, de sus parientes, incluso de sus hermanos, en una escalada que no se detendrá hasta conseguir el copo definitivo de todos los puestos de mayor responsabilidad política y militar, pasando incluso por encima de Agripina, que pierde la confianza de su hijo y se ve relegada a un segundo plano, muy difícil de aceptar para su espíritu tan ambicioso y calculador.
- g) En sus años de poder, también le tocó resistir los embates de la oposición, y hay que decir en este punto que su actitud general fue bastante hábil y guiada por la clemencia y la generosidad. La llegada de Tigelino provocó

su definitiva ansia de retiro, pero incluso desde allí siguieron manifestándose su poder e influencia y algunos atisbos de oposición que terminaron llevándolo al suicidio.

Dos maneras distintas de entender la «monarquía» parecen marcar la línea divisoria entre ambos polos ideológicos: unos, a favor de una monarquía de tipo oriental, otros a favor de lo que Grimal llama diarquía (equilibrio entre el poder del príncipe y el del Senado). Los límites a veces se hacen borrosos, y tampoco se vislumbran con nitidez las coincidencias ideológicas entre los componentes del grupo. Pero, al menos, se puede seguir la evolución del pensamiento político de Séneca desde su primitivo «pompeyanismo», que suponía ya un primer paso hacia la pérdida de poder del Senado en beneficio de la monarquía, hasta su aceptación total del principado como régimen diárquico. Este sistema pretendía que la influencia del Senado, o, en su defecto, del *Consilium Principis*, actuara de contrapeso al poder personal del emperador, con la idea de garantizar una armonía entre filosofía y política capaz de plasmar el viejo ideal del Rey Sabio anhelado hace tiempo por Platón.

3. LA OBRA DE SÉNECA. LOS DIÁLOGOS «SOBRE LA FELICIDAD» y «SOBRE LA BREVEDAD DE LA VIDA»

El político triunfador, el hombre de acción que no se resignaba a que la «sabiduría» quedara encerrada en las escuelas, al mismo tiempo que puso todo su empeño en aplicar sus principios filosóficos a la práctica política y a la vida real, sintió también la necesidad de plasmar los mismos por escrito. Diferentes son las motivaciones que se aducen para explicar tal necesidad..., pero, en el fondo de todo, no hay que olvidar que Séneca nunca pudo renunciar a su formación retórica y que ésta se relaciona íntimamente con la actividad literaria.

3.1. Sea como fuere, su dedicación resultó fecunda. Quintiliano incluye discursos y poemas como parte de su obra. También Plinio nos habla de su afición a la poesía, aunque la obra en verso conservada se limita a nueve tragedias, algunas de las cuales resultan de dudosa autoría. De éstas se ha llegado a decir —sin mucho fundamento— que ocultan abundantes alusiones y críticas a personajes de su época y tienen como fin principal la exposición encubierta de sus doctrinas. Teoría nada fácil de demostrar, pero que no puede ocultar que el aliento general, la caracterización de los personajes y el conflicto de sus pasiones tienen mucho que ver con los planteamientos y la tensión de la filosofía estoica. Éstos son los títulos: *Tiestes*,

Hércules loco, Las troyanas, Fedra, Medea, Agamenón, Edipo, Hércules en el Eta y Fenicias.

El verso y la prosa se mezclan, al estilo de la sátira menipea, en la *Apocoloquintosis* o «Conversión en calabaza», obra escrita con el doble objeto de ridiculizar al emperador Claudio, tras su muerte, y despertar en el ánimo del pueblo las mayores expectativas hacia el reinado de su sucesor Nerón. Pero es en prosa en donde la relación de obras conservadas es más extensa y significativa:

- Diálogos breves: *Sobre la providencia, Sobre la firmeza del sabio, Sobre la ira* (3 libros), *Sobre la felicidad, Sobre el ocio, Sobre la serenidad, Sobre la brevedad de la vida*, entre los que se incluyen las Consolaciones: *Consolación a Marcia, Consolación a Polibio, Consolación a Helvia*.
- Veinte libros entre los que se reparten las 124 *Eptístolas a Lucilio*.
- Tratados amplios: *Sobre los beneficios* (7 libros), *Sobre la clemencia* (3 libros) y *Cuestiones naturales* (8 libros).

A menudo los estudiosos no se ponen de acuerdo a la hora de encasillar cada una de ellas en los distintos géneros literarios: diatriba, género epistolar, etc. Como éste no es lugar para zanjar la discusión, nos limitaremos a destacar, por un lado, la coincidencia de algunos rasgos formales, como la presencia general de un destinatario y las apari-

ciones ocasionales de un interlocutor ficticio que actúa como contrapunto o revulsivo de las opiniones del autor; y, sobre todo, el parentesco temático que hermana a todas ellas en la exposición de diferentes aspectos de la doctrina estoica. Desde nuestro punto de vista moderno, haciendo abstracción de sus peculiaridades formales y con un criterio muy amplio, se podrían englobar bajo lo que nosotros entendemos como «ensayo».

Por otra parte, se echa en falta un plan previo de obra global que ayude a sistematizar el conjunto de su pensamiento. La azarosa vida política del autor probablemente tuviera mucho que ver con ello, porque las Epístolas, escritas a partir del año 62 en su retiro, parecen responder a ese intento de compendio general. Además, la publicación de los tratados a lo largo de diferentes épocas de su vida abre interesantes posibilidades para apreciar la evolución de su pensamiento. En este sentido, las dificultades de datación no deben representar un obstáculo insalvable, puesto que es posible, al menos, establecer con garantías una mínima cronología relativa. En todo caso, cualquier análisis de este tipo tendrá siempre que contemplar las estrechas relaciones que presiden su actuación política, su evolución ideológica y su actividad literaria, pues parece claro que Séneca escribe sus Diálogos al hilo de los acontecimientos de la vida política. Y, si no fuera por el riesgo de incurrir en flagrante anacronismo, uno se sentiría tentado de comparar tal tipo de publicación —espaciada en pequeñas

entregas— con una página editorial o ventana de opinión de nuestra prensa moderna, siempre a su disposición para influir decisivamente en los estados de opinión: de hecho, algunos de sus tratados son realmente discursos programáticos destinados a explicar las grandes directrices o la filosofía inspiradora de sus actuaciones políticas en momentos claves —*Sobre la clemencia*, por ejemplo, al principio del reinado de Nerón—, y otros parecen venir a justificar determinadas medidas o salir al paso de las críticas y acusaciones de que era objeto.

3.2. Echemos, por último, una rápida ojeada a los dos Diálogos seleccionados en la presente edición, antes de entrar de lleno en su lectura.

El *Diálogo sobre la brevedad de la vida* presenta dos dificultades previas: la identificación de su destinatario y la fecha de composición. En cuanto a la primera, la opinión más extendida es que el nombre de Paulino corresponde a dos personas mencionadas en los textos antiguos, padre y hermano, respectivamente, de la mujer de Séneca, y que sería al segundo a quien éste dirige el presente Diálogo. En todo caso, lo que nos interesa es que se trata de un personaje representativo de la administración imperial, un alto funcionario que ha puesto su vida al servicio del Estado y al cual recomienda el filósofo la conveniencia de pasar ya a un retiro honroso y dedicado al estudio de la filosofía. La sinceridad de este consejo —que también dirige en otras obras a Sereno y a Lucilio— ha sido desde siempre

puesta en duda por quienes acusan a Séneca de hipocresía y de falta de coherencia con las doctrinas estoicas. En opinión de Grimal, tales acusaciones parecen desconocer que lo que verdaderamente aconseja el filósofo a su destinatario es un paso sin traumas de los valores «preferibles» o de acción a los valores absolutos, según una escala establecida en función de la *opportunitas* o capacidad de adaptación de esos valores a las distintas etapas y circunstancias de la vida. Por otro lado, debe tenerse en cuenta que el estoicismo en ningún caso prohíbe la participación política, sino que, muy al contrario, pone la filosofía al servicio de la acción (en este mismo Diálogo —capítulo X— oiremos a Séneca criticar a los «filósofos de escuela»).

El segundo aspecto ha sido objeto de múltiples controversias por parte de los estudiosos: una fecha tardía, el año 62, ha sido propuesta al relacionar el tema de la retirada de la vida pública con la suya propia; otros, basándose precisamente en un pasaje del propio Diálogo (véase capítulo XIV), que se refiere a Sila como «el último de los romanos que había alargado el recinto de las murallas» o pomerio, fijan el año 49 como *terminus post quem non*, por ser ésta la fecha de la ampliación llevada a cabo por Claudio; finalmente, Griffin, rechazando de plano esta última interpretación por no tener en cuenta que tales palabras están puestas en boca de otro personaje y, además, con cierta intención despectiva, apunta, sin excesiva convicción, como probable la del año 55. El asun-

to en sí no carece de interés, por cuanto su esclarecimiento podría iluminar determinados aspectos y confirmar las sospechas sobre posibles resonancias políticas y segundas intenciones: ¿se trata, en realidad, de una solicitud encubierta —o la justificación correspondiente— de su propio retiro, ante el descontento con la política imperial?, ¿o es, más bien, un compendio de consejos al abrigo de los múltiples *exempla*, en la misma línea de la *Apocoloquintosis*? ¿Existen críticas encubiertas a medidas concretas imperiales, o se trata de influir previamente en la adopción de las mismas? ¿Expresa algún tipo de disconformidad con la vida de la corte el ataque virulento contra quienes gastan su «ocio» mal entendido en fiestas y banquetes? ¿Se puede ver en alguna alusión al peso que representaba para Augusto el poder personal una admonición dirigida a mantener a Nerón lejos de la tentación de prescindir del Senado o del *Consilium principis*? ¿Podrían extenderse también a Nerón los reproches lanzados contra los proyectos megalómanos de Calígula e incluso de Pompeyo?

La tesis principal viene a demostrar que la brevedad de la vida sólo es tal para quienes la malgastan —los *occupati*— en actividades distintas al estudio de la filosofía, puesto que desconocen la noción de tiempo (no controlan el pasado, el presente se les escapa, y temen el futuro), y no aprenden ni a vivir ni a morir. La conclusión, una vez más, apunta al sabio como el único capaz de disfrutar de la vida, puesto que está capacitado para

recordar el pasado, servirse del presente y prever el futuro. A partir de ahí se pueden extraer otros dos conceptos fundamentales: la *libertad interior individual*, a la cual debe mirar el hombre, sin perder tanto tiempo con los demás; y la noción positiva del *ocio* —*otium*—, como «vida dedicada al estudio de la filosofía», en oposición al *negotium* de los «ocupados» o al falso entretenimiento —«ociosidad», en sentido moderno— del vulgo que consume su tiempo en espectáculos.

En el *Diálogo sobre la felicidad*, el destinatario es su hermano mayor. La fecha mayormente aceptada es la de 58, año en que Suilio fue llevado a juicio y condenado. Este personaje había llegado a la vejez, después de sufrir innumerables reveses en su agitada vida de intriga y corrupción, pero no se mordía la lengua ante nada ni ante nadie, y, utilizado quizá como punta de lanza de una campaña orquestada desde las filas de la «oposición», constantemente propalaba infundios y duras acusaciones contra Séneca. Tácito sugiere que fue el deseo de acallar estas feroces críticas lo que llevó a Séneca y su camarilla a remover hechos de su vida que se remontaban a la época de Claudio y a formular contra aquél una acusación formal de extorsión y de apropiación de caudales públicos, que, finalmente, provocaron su destierro. Aun así, debió de ser notable el daño que infligió a la fama y popularidad de Séneca, pues, para paliar en cierto modo sus efectos, creyó éste necesario autodefenderse ante la opinión pública. De este modo, no extraña

que se pueda inscribir en tal coyuntura la composición de este Diálogo, cuya segunda parte está dedicada casi íntegramente a defenderse de tales acusaciones, muy especialmente de las que aluden a la incompatibilidad del sabio y de las riquezas. En este sentido, los argumentos utilizados por el filósofo vuelven a incidir en su teoría de los «preferibles» y su íntima relación con la *opportunitas*: el sabio debe aspirar a los valores absolutos, en este caso, a conseguir la libertad interior ante estados «indiferentes» como la riqueza o la pobreza, pero en el camino que conduce a ese ideal, las distintas circunstancias de la vida pueden aconsejar actitudes o valores preferibles a otros; el filósofo no busca nunca la riqueza o la pobreza, pero tampoco tiene por qué desaprovechar las ventajas que aquélla le ofrece para desplegar las buenas cualidades de su espíritu.

Por lo demás, y en su primera parte, el Diálogo trata uno de los temas centrales de la filosofía estoica: la definición del *summum bonum* o «bien máximo», que proporciona la felicidad. La conclusión aparece bastante clara: la felicidad reside en «vivir conforme a la naturaleza», a la cual conduce la virtud de la mano de la razón. De aquí se pueden extraer cuatro conceptos claves: la FELICIDAD, que no debe buscarse, como hacen los discípulos de Epicuro, en un falso concepto de placer, sino en liberarse de su tiranía; la NATURALEZA, identificada con la divinidad que rige los principios de la vida, y para acceder a la cual el hombre debe con-

seguir su perfección individual; la VIRTUD, que persigue precisamente esa «divinización» del individuo a través de una selección ajustada del bien y del mal y de la imperturbabilidad, y la SABIDURÍA, actitud de sabio, que constituye el único método seguro para guiar esa virtud individual a su identificación con la naturaleza, a través de la liberación del azar y de los temores.

Desde el punto de vista literario, ambos Diálogos se avienen plenamente a las normas de la Retórica. Los conceptos se someten a múltiples contrastes y perspectivas. Definiciones y ejemplos —*exempla*— se suceden en auténtica catarata, acompañados del incesante martilleo de las frases sentenciosas. Pero la aparente sensación de desorden responde a un plan perfectamente elaborado.

SÉNECA Y SU TIEMPO

HERMINIO ÁLVAREZ REGUERAS

AÑO	EMPERADOR	DATOS BIOGRÁFICOS
- 31	Augusto	
- 30-29		
- 28		
- 27		
- 26		
- 23-20		
- 19		
- 15		El padre de Séneca en Hispania.
- 9		
- 1		¿4-1? Nace Séneca.
8		
9		
14		
16		Su tío Galerio, prefecto de Egipto.
19		
23		
25		¿Séneca parte para Egipto?

N.B.: Las fechas de composición de las obras de Séneca son todas inseguras.

PANORAMA CULTURAL	ACONTECIMIENTOS HISTÓRICOS
	Victoria de Octavio en Accio.
Virgilio, <i>Geórgicas</i> . Horacio, <i>Epodos</i> .	
	Octavio, <i>princeps senatus</i> .
	Octavio recibe el título de Augusto.
	Campaña en Hispania.
Horacio, <i>Odas y Epístolas</i> .	
Muere Virgilio.	Hispania sometida.
Muere Propercio. Ovidio, los <i>Amores</i> .	
Mueren Horacio y Mecenas.	
Ovidio, <i>Metamorfosis</i> .	
Destierro de Ovidio.	
	Desastre de Varo en Teutoburgo.
	Muerte de Augusto. Tiberio, emperador.
	Muerte de Germánico. Persecución del culto de Isis.
Nace Plinio el Joven.	
	Cremucio Cordo se suicida. Nace Silio Itálico.

HERMINIO ÁLVAREZ REGUERAS

AÑO	EMPERADOR	DATOS BIOGRÁFICOS
29		
31		Retorno de Egipto. Muere su tío. Séneca en Roma.
32		
33		
35		¿Cuestor?
37	Calígula	
38		¿Magistratura?
39		Muere su padre.
40		
41		Exilio en Córcega.
42	Claudio.	
43		
47		
48		
49		Regresa del exilio. Preceptor de Nerón entre 49-62.

PANORAMA CULTURAL	ACONTECIMIENTOS HISTÓRICOS
Muerte de Tito Livio. ¿Nace Quintiliano?	
	Caída de Sejano.
Nace Persio.	
	Muerte de Agripina, viuda de Germánico.
Marcia publica de nuevo la obra de su padre, Cremucio Cordo.	Muerte de Tiberio. Calígula, emperador. Nace Nerón.
Nace Lucano.	Claudio se casa con Mesalina.
<i>Consolación a Marcia.</i>	Autorización del culto a Isis.
<i>Sobre la ira</i> (3 libros).	Es asesinado Calígula. Claudio, emperador. Nace Británico.
¿ <i>Consolación a Helvia?</i>	Muere Livia.
¿ <i>Consolación a Polibio?</i>	
	Problemas en Oriente. Mesalina se enreda con Silio.
	Muerte de Mesalina.
Tragedias.	Matrimonio de Claudio con Agripina. Guerras en Oriente.

HERMINIO ÁLVAREZ REGUERAS

AÑO	EMPERADOR	DATOS BIOGRÁFICOS
50		Pretor.
51		
52		
53		
54		
55	Nerón	
56		Consulado de Séneca.
57		
58		
59		
60		
61		

PANORAMA CULTURAL	ACONTECIMIENTOS HISTÓRICOS
	Guerras en Germania y en Britania. Adopción de Nerón.
	Guerras en Oriente. Burro prefecto del pretorio.
	Se casan Nerón y Octavia.
<i>Sobre la serenidad.</i>	Medidas de exención fiscal.
<i>Apocoloquintosis.</i>	Envenenamiento de Claudio. Nerón, emperador. Burro y Séneca, consejeros.
<i>Sobre la brevedad de la vida.</i> <i>Sobre la firmeza del sabio.</i>	Tensiones con Agripina. Asesinato de Británico.
Discurso sobre la clemencia (primer libro del <i>Sobre la clemencia</i>).	Escándalos de Nerón.
	Condenas; medidas sobre los esclavos. Ataques de Suilio.
<i>Sobre la felicidad.</i>	Campañas en Oriente. Nerón y Popea.
<i>Sobre los beneficios.</i>	Asesinato de Agripina. Excesos de Nerón.
	Rebelión y campaña de Britania.
	Condenas varias.

HERMINIO ÁLVAREZ REGUERAS

AÑO	EMPERADOR	DATOS BIOGRÁFICOS
62		Cruce de acusaciones con Romano. Solicita retirarse. Muere Sereno.
63		En Sicilia. En primavera viaja a Campania. Lucilio amenaza con un proceso.
64		Se encuentra en Pompeya con Lucilio.
65		Muerte de Séneca.

PANORAMA CULTURAL	ACONTECIMIENTOS HISTÓRICOS
<i>Sobre el ocio.</i> Empieza las <i>Cuestiones naturales.</i> Comienza las <i>Epístolas morales a Lucilio.</i>	Muere Burro y Séneca se retira. Nerón repudia a Octavia y se casa con Popena. Primera acusación contra Séneca ¿origen de la conjura de Pisón? Crueldad de Popena y Tigelino.
<i>Sobre la providencia.</i>	Popena da una hija a Nerón.
<i>Moralis Philosophiae libri.</i>	Excesos de Nerón: incendio de Roma (19-27 de julio) y persecución de los cristianos. Muere Persio.
	Conjura de Pisón. Asesinato de Popena. Muere Lucano.

BIBLIOGRAFÍA

LA naturaleza del presente «estudio», sin pretensiones de investigación científica, disculpa, en cierto modo, la omisión de una exhaustiva relación de citas y de autores. Sirva la siguiente reseña como inexcusable —aunque muy incompleta— orientación bibliográfica y, al mismo tiempo, como expreso reconocimiento a aquellos autores de los que me considero absoluto deudor.

a) Estudios de carácter general sobre Séneca:

GRIFFIN, M. T.: *Seneca, a Philosopher in Politics*, Oxford, 1976.

GRIMAL, P.: *Sénèque ou la conscience de l'Empire*, París, 1979.

b) Ediciones de Séneca:

L. ANNEO SÉNECA: *Diálogos* (Est. prel., trad. y notas de Carmen Codoñer), Tecnos, Madrid, 1986.

SÉNECA: *Cuestiones naturales* (revisado y traducido por Carmen Codoñer), C.S.I.C., Madrid, 1979.

SÉNECA: *Epístolas morales a Lucilio* (Intr., trad. y notas de Ismael Roca Meliá), Bibl. Clás. Gredos, Madrid, 1986.

SÉNECA: *Tragedias* (Intr., trad. y notas de Jesús Luque Moreno) (2 tomos), Bibl. Clás. Gredos, Madrid, 1979.

c) Varias (obras de literatura, historia, religión, etc):

BONNER, S. F.: *La educación en la Roma antigua*, Herder, Barcelona, 1984.

CONDE GUERRI, E.: *La sociedad romana en Séneca*, Universidad de Murcia, 1979.

CURCHIN, L. A.: *La España romana. Conquista y civilización*, Gredos, Madrid, 1996.

ELORDUY: *Séneca I, Vida y escritos*, Madrid, 1965.

FUHRMANN, M. et alii: *Historia de la literatura romana* (tomo 3 de Literatura Universal), Gredos, Madrid, 1985.

LE GLAY, M.: *La religion romaine*, París, 1971.

LEÓN ALONSO, P.: *Séneca el Viejo. Vida y obra*, Universidad de Sevilla, 1982.

PETT, P.: *La paz romana*, Nueva Clío, Barcelona, 1969.

ROSTOVTZEFF, M.: *Roma. De los orígenes a la última crisis*, EUDEBA, Buenos Aires, 1977.

SOBRE LA FELICIDAD

CAPÍTULO PRIMERO

TODOS quieren vivir felices, mi querido Galión: pero para ver con claridad en qué consiste lo que hace una vida completamente bienaventurada, andan a ciegas. Y de tal manera no resulta sencillo conseguir esa vida feliz, que cada uno se aparta de ella tanto más, cuanto con mayor ahínco la busca; si ha equivocado el camino: porque, comoquiera que éste conduce a la parte contraria, la misma vehemencia los impulsa a una mayor distancia. Es necesario, pues, que primeramente estudiemos en qué consiste la felicidad que apetecemos: una vez conseguido esto, hemos de mirar y examinar las cosas que nos rodean, con el fin de encontrar el camino más corto por donde podamos llegar a ella: conoceremos sobre la marcha, y por muy poco recto que sea el camino, el adelanto tan grande que conseguimos cada día, y lo mucho que nos vamos alejando de aquello a que nos empuja nuestro natural apetito. Pero mientras andemos errantes por todas partes, sin seguir los pasos de un guía,

sino el estruendo y gritos disonantes que nos llevan a la distracción, la vida se nos irá acabando entre constantes errores y sin darnos tiempo a nada, puesto que ésta resulta muy corta, aun cuando trabajemos noche y día para el bienestar del espíritu. Por consiguiente, es necesario determinar adónde vamos y por dónde; y no sin la ayuda de algún experto que haya explorado antes los caminos que hemos de recorrer: porque no se da aquí la misma circunstancia que en cualquier otro viaje. En éstas, conocido algún límite del camino, y preguntando a las gentes del país por donde se pase, no se sufren errores: en cambio aquí, cuanto más conocido sea y más trillado esté, nos engaña muchísimo mejor. En nada, por consiguiente, hemos de poner mayor empeño que en no seguir, según acostumbran las ovejas, al rebaño que va delante y que caminan, no por donde se debe ir, sino por donde va todo el mundo. Porque ninguna cosa nos proporciona mayores desgracias que aquello que se decide por los rumores: convencidos, además, de que lo mejor es aquello que ha sido aceptado por la mayoría de las gentes, y de éstos tenemos muchos ejemplos; vivimos no según nos dicta la razón, sino por imitación. De ahí ese amontonamiento tan grande de los unos que caen sobre los otros. Es lo mismo que sucede en las grandes aglomeraciones de hombres, cuando la multitud se comprime contra sí misma de tal manera que no cae nadie sin que arrastre a otro tras de sí, y a la caída del primero siguen las de los demás: puedes comprobar cuando quieras

que lo mismo sucede en todos los órdenes de la vida; nadie se equivoca solamente para él, sino que es causa y autor del error de los demás. Perjudica, pues, ser arrastrado por los que van delante, y mientras cada uno prefiere mejor confiarse que juzgar, jamás se medita sobre la vida, y siempre se cree en los demás; el error, que va pasando de mano en mano, nos hace dar vueltas y nos precipita al abismo, pareciendo por los malos ejemplos de los otros. Acertaremos tan pronto como nos separemos de los demás; ahora, en cambio, la multitud se ha plantado en contra de la razón, como defensora de su perdición. Sucede aquí lo mismo que en las elecciones, en las cuales, después de haber elegido sus pretores, los mismos que los eligieron se sorprenden de haberlos votado, cuando el favor, en su huida, dio la vuelta alrededor de la asamblea. Aprobamos las mismas cosas que censuramos después; éste es el resultado de cualquier negocio donde se sentencia por el mayor número de votos.

CAPÍTULO II

CUANDO se trata de la felicidad de la vida, no tienes motivo para que me respondas según se hacen las votaciones en el Senado: «Esta parte parece tener la mayoría.» Pues por eso precisamente acuerda lo peor. No están las cosas tan claras cuando se trata de los intereses humanos, que lo mejor agrade a los más: la multitud es un argumento irrefutable que prueba lo peor. Examinemos qué acción es la mejor, y no la que más se usa: qué es lo que nos lleva a la posesión de una felicidad eterna, y no lo que ha sido aprobado por el vulgo, pésimo intérprete de la verdad; y llamo vulgo no sólo a quienes visten la clámide vulgar y sencilla, sino también a los que ciñen corona. No miro, pues, el color de los vestidos con que se cubren los cuerpos: no me fío de los ojos del hombre; tengo una luz mejor y más segura, por medio de la cual distingo lo verdadero de lo falso: el espíritu es quien debe encontrar los bienes del alma. Éste, si nunca hubiera tenido tiempo de respirar y concen-

trarse en sí mismo, ¡ay!, con qué asco se confesará en su interior la verdad, exclamando: «Todo lo que hice hasta estos mismos instantes, quisiera mejor no haberlo hecho: cuando reflexiono sobre lo que dije, envidio a los mudos: todo lo que deseé lo considero como maldiciones de los enemigos; solamente lo que temí, justos dioses, fue mejor que lo que ambicioné. Rompí las amistades con muchos y por odio volví a las buenas relaciones (si de alguna manera pueden existir buenas relaciones entre los malos): ni de mí mismo soy amigo todavía. Dedicué toda mi vida a elevarme sobre los demás hombres de la plebe, y hacerme famoso por alguna cualidad: ¿qué otra cosa he conseguido sino exponerme a los dardos de la envidia y descubrir a la malevolencia la parte que me podía morder?» ¿Te fijas en estos que alaban la elocuencia, que andan detrás de las riquezas, que se sienten adulados por los favores y que exaltan el poder? Todos ellos, o son enemigos, o, lo que es igual, lo pueden ser. Porque al paso que creciere el número de los que se admiran, ha de crecer el de los que envidian.

CAPÍTULO III

AHORA mismo ando yo buscando algo bueno para mis fines, y que lo sienta yo, no para exhibirlo; esas cosas que se ponen a la vista de todo el mundo, junto a las cuales se para uno para contemplarlas, que muchos las enseñan a los otros con estupefacción, es cierto que por fuera brillan, pero por dentro son miserables. Busquemos algo, no solamente bueno en apariencia, sino sólido a la vez y que se iguale la parte exterior con la de dentro y que sea más hermoso por la parte que no se ve; desenterremos esto. Y no está escondido muy lejos: lo encontraremos; tan sólo es necesario saber hacia qué lado se ha de extender la mano. Ahora pasamos por las cosas que tenemos cerca, como en tinieblas, tropezando en lo mismo que buscamos. Pero para no llevarte dando rodeos, pasaré por alto las opiniones de los demás: porque tan sólo el enumerarlas resultaría largo y después habría de refutarlas además; escucha la nuestra. Cuando digo la nuestra, sin embargo, no me obligo a ninguna de

las opiniones de los próceres estoicos: porque yo también me reservo el derecho de censura. Por consiguiente, seguiré la de alguno, pero a otros quizá les obligue a que aclaren su criterio, dividiéndolo en partes; y tal vez y aun después de haber hecho declarar a todos, no rechazaré nada de lo que hubieran opinado nuestros antepasados, y diré yo: tengo un criterio mucho más amplio que todo esto. Mientras tanto y según el modo de pensar, común a todos los estoicos, estoy conforme con la naturaleza de las cosas; no apartarse de ella y formarse según sus leyes, tomándola como modelo, eso es la sabiduría. Bienaventurada es, por tanto, aquella vida que se ajusta a su naturaleza; que no puede concebirse de otra manera, que si teniendo la mente sana y hallándose en posesión perpetua de su buena salud, después, si es fuerte y vehemente, entonces será hermosísima y sufrida, apta para todos los tiempos y cuidadosa de su cuerpo y para todo aquello que le pertenece; sin embargo, no debe inquietarse demasiado; he de ser escrupuloso en el cumplimiento de las otras cosas que llenan la vida, sin buscar la admiración de los demás: pero sin servirse de los bienes de la fortuna con avaricia, haciéndose esclavo de ellos. Debes entender, aunque yo no te lo añadiera, que, después de haber desterrado todas aquellas cosas que nos irritan o nos causan terror, se consigue una tranquilidad perpetua y la libertad. Porque, en lugar de los placeres, en lugar de otras satisfacciones que son insignificantes y frágiles, además de perniciosas

por su misma carrera de desconciertos, surge un inmenso gozo, inquebrantable y continuado; entonces viene la paz en bella armonía con el espíritu, y la grandeza, en estrecha unión con la mansedumbre. Porque, en efecto, toda la fiereza tiene su origen en la enfermedad.

CAPÍTULO IV

TAMBIÉN puede definirse nuestro bien de otra manera, comprendiéndose en la misma sentencia, aunque no en las mismas palabras. De la misma manera que un mismo ejército, unas veces se extiende a todo lo ancho y se reduce otras a la mínima expresión, en otras ocasiones adopta la forma de media luna, curvándose por la mitad y a continuación adelanta su centro para formar en línea recta; comoquiera que esté formado, su fuerza es la misma, así como su decisión de seguir defendiendo la misma causa; así sucede con la de-finición del sumo bien, que unas veces puede extenderse y alargarse, otras estrecharse y reducirse sobre sí misma. Realmente, lo mismo será que diga: el sumo bien es un espíritu que desprecia la casualidad y se alegra con la virtud; o que lo defina diciendo que es «una fuerza invencible del espíritu, experta y conoedora de todas las cosas, complaciente en su manera de obrar, con mucha delicadeza y que demuestra un cuidado esmerado con los

hombres que trata». Me agrada, pues, definirlo de tal manera que llamemos bienaventurado al hombre aquel para quien no existe lo bueno ni lo malo, sino un espíritu bueno o malo: que practica la honestidad, que se conforma con la virtud, a quien no llenen de soberbia los bienes de la fortuna, ni tampoco lo abatan; que no haya conocido otro bien mayor que aquel que se puede dar él mismo; para quien la verdadera felicidad consistirá en el desprecio de los placeres. Si quieres divagar, está permitido, con absoluta y entera libertad, considerar estos mismos conceptos bajo otros aspectos diferentes. Porque, ¿quién nos impide a nosotros decir que la felicidad de la vida consiste en tener el espíritu libre y elevado, sin miedo y seguro, y colocado fuera del alcance del temor y de la ambición; un espíritu para quien el único bien está en la honestidad, y el único mal en la vileza? Todas las demás cosas que forman parte de nuestra existencia representan una enorme cantidad de cosas vergonzosas, que ni quitan, ni añaden nada a la felicidad de la vida, y que vienen o se van sin que sufra disminución ni aumento el bien supremo. Se quiera o no se quiera, es necesario que éste se sienta fortalecido de tal manera que pueda conseguir una alegría continuada y un gozo interior que le nazca en sus entrañas, para que se alegre con las cosas que son exclusivamente suyas, y que no ambicione otras mayores que las que lleva dentro. ¿Por qué, pues, no ha de valorar bien estas cosas comparándolas con los pequeños y frívolos movimientos de

**su deleznable cuerpo, y que no son perdurables?
En el día aquel en que se viera bajo los efectos del
placer, en ese mismo día sentiría los efectos del
dolor.**

CAPÍTULO V

HAS podido conocer, por tanto, a qué miserable y pernicioso esclavitud se somete aquel que se siente poseído alternativamente por los placeres y por los dolores, que son los dueños más caprichosos y absolutos que hay en el mundo. Por consiguiente, es necesario salir en busca de la libertad; ninguna otra cosa nos la proporciona, sino el desprecio de la fortuna. Entonces surgirá aquel bien inestimable, esa quietud del espíritu colocado sobre seguro, y su misma elevación; desechado el terror, del conocimiento de la verdad aparecerá un inmenso gozo, que resultará incommovible, y una dulzura que proporcionará al espíritu la distracción deseada: con todo lo cual disfrutará, no como bienes de la fortuna, sino como nacidos de sí mismo. Ya que comencé hablando con amplia libertad, añadiré que puede llamarse feliz el que no desea ni teme nada, beneficiándose del uso de la razón. Porque también las piedras carecen de temor y tristeza y no menos les faltan a las bestias;

sin embargo, no por ello alguien podrá decir que son más felices, no teniendo el conocimiento de la felicidad. Coloca en el mismo lugar a los hombres que fueron incluidos en el número de las bestias y de los animales por su naturaleza embotada y el desconocimiento de sí mismos. No existe diferencia alguna entre aquéllos y éstos, porque los animales carecen de todo raciocinio y aquellos hombres lo tienen depravado y para su perjuicio, ya que tan sólo lo emplean con habilidad para su desgracia. Nadie puede llamarse feliz si se encuentra separado de la verdad, y, por tanto, bienaventurada es la vida que se halla estabilizada sobre un recto y seguro criterio: esa vida sí que es inmutable. Entonces, pues, resulta puro el espíritu y libre de todo mal, cuando haya conseguido huir, no solamente de las heridas, sino también de los pinchazos; habrá de permanecer siempre en el lugar que se le asignó y defenderá su puesta, aun cuando la fortuna se le vuelva contraria y furiosa. Mas por lo que se refiere al placer, aunque se extienda por todas partes, aunque se infiltre por todos los poros y calme nuestro espíritu con sus caricias, reemplazando unos deleites con otros, que halaguen todos o parte de nuestros sentidos: ¿quién entre los mortales, que le quede alguna huella del hombre, querría sentirse acariciado constantemente durante todo el día y toda la noche, y abandonando su espíritu, dedicar al cuerpo todos sus esfuerzos?

CAPÍTULO VI

«**P**ERO también el alma —se me argüirá— habrá de tener algún deleite.» Perfectamente: que los tenga y que se rinda a la lujuria, constituyéndose en árbitro de placeres; que emplee su tiempo en todas esas cosas que suelen halagar los sentidos; después, que mire las cosas pasadas, y recordando los deleites caducos, alégrese con los primeros y prepárese a disfrutar de los que inmediatamente han de llegar; que ordene minuciosamente sus esperanzas y, mientras su cuerpo se revuelca en su grasa presente, ¡que se decida a pensar en el futuro! Esto me parece la mayor de las desgracias, porque tomar lo malo por bueno es una locura. Además, que nadie es feliz sin que tenga sana la razón, ni existe hombre sano a quien se le apetezcan las cosas que le pueden perjudicar como si fueran las mejores. Feliz es, por consiguiente, el que tiene un criterio recto, el que se contenta con lo que tiene, tenga lo que tenga, y el que prefiere sus propias cosas a las que le puedan venir de fuera;

bienaventurado aquel a quien la razón hace agradables todas las situaciones de su vida. Incluso los que dijeron que el bien supremo estaba en el placer podrán comprender sobradamente lo vergonzoso del lugar en que lo pusieron. Por esto, niegan ellos que pueda separarse el deleite de la virtud, y añaden que nadie vive honestamente como no viva alegremente; ni pueden vivir alegremente, sin que al mismo tiempo vivan con honestidad. No puedo llegar a comprender cómo unas cosas tan diferentes puedan compaginarse en una sola asociación. ¿Cuál es la causa, decídmela, por la cual no se puede separar de la virtud el placer? Quizá porque todo principio del bien tiene su origen en la virtud; de sus raíces nacen también aquellas cosas que vosotros amáis y buscáis con afán. Pero si el placer y la virtud fuesen inseparables, no podríamos distinguir cuáles son deleitables, mas no honestas; cuáles, por el contrario, pueden ser muy honestas, pero ásperas, y han de ser expulsadas por los dolores que proporcionan.

CAPÍTULO VII

PUEDES añadir ahora que los placeres llegan incluso a la vida más vergonzosa: pero la virtud no admite la mala vida, y, además, algunos hombres son infelices, no porque carezcan del placer, sino precisamente en virtud del mismo deleite; y esto no sucedería si con la virtud se mezclase el placer, y si bien es verdad que la virtud carece con frecuencia del deleite, sin embargo, nunca lo necesita. ¿Para qué has de unir dos cosas diferentes, y al mismo tiempo opuestas? La virtud es algo elevado, excelso, soberano, invencible e infatigable: el placer es bajo, servil, deleznable, caduco, cuyo lugar apropiado y domicilio son los burdeles y las tabernas. Por el contrario, encontrarás la virtud en los templos, en el foro, en la curia y detrás de las murallas defendiendo la ciudad, polvorienta y sudorosa, y con las manos llenas de callos: las más de las veces tropezarás con el placer que se oculta y busca las tinieblas; rondando los balnearios y las termas, y en los lugares en que se teme la llegada de la

justicia; el placer resulta blandengue, enervante, empapado en vino y perfumes, pálido y acicalado: en fin, sucio y lleno de afeites. El bien supremo es inmortal y no conoce lo que es desaparecer: ni siente cansancio, ni arrepentimiento; porque jamás un espíritu recto se vuelve atrás; ni siente odio de sí mismo, ni cambió lo más mínimo, porque siempre ha seguido lo mejor; pero el placer, en el momento que más deleita, entonces es cuando se extingue. Y tampoco ocupa mucho lugar; por consiguiente, rápidamente se llena, y se cansa, y después del primer impulso, desfallece. Jamás se debe tener seguridad en algo cuya naturaleza descansa en el movimiento. Así pues, ni siquiera puede subsistir una naturaleza cuya esencia consiste en venir de paso y con la mayor rapidez, para desaparecer con el desgaste producido en el mismo servicio que nos presta. Terminándose donde llega y caminando al declive cuando comienza.

CAPÍTULO VIII

¿QUÉ explicación se puede dar a esto, puesto que el placer está presente lo mismo en los buenos que en los perversos? Y, además, no menos agrada a los desvergonzados su desvergüenza que a los honestos deleitan las buenas acciones. Por eso mismo los antiguos ordenaron seguir la vida más virtuosa, y no la más agradable: para que el placer no sea el guía de una voluntad recta y buena, sino su compañero. Desde luego, es necesario que nos sirvamos de la naturaleza como guía: la razón la observará y consultará con ella. Vivir felizmente, o con arreglo a la naturaleza, es, por tanto, una misma cosa. Explicaré inmediatamente lo que esto significa: si llegamos a respetar con sumo cuidado y sin miedo las condiciones del cuerpo y las cosas que convienen a la naturaleza, como si nos las hubieran prestado para devolverlas en un mismo día; si no nos sometemos a su esclavitud, ni permitimos que se apoderen de nosotros cosas extrañas; si las cosas agradables al cuerpo y que le llegan por

casualidad, las colocamos en un lugar parecido al que se utiliza en los campamentos para guardar los recursos y armas ligeras. Que todos esos bienes los tengamos a nuestro servicio y no permitamos que nos manden: únicamente así serán más útiles a nuestro espíritu. El hombre ha de sentirse incorruptible a las cosas externas, insuperable, y tan sólo ha de valorar lo suyo propio, confiando en las fuerzas de su alma y preparado para los cambios de fortuna se convertirá en maestro de su propia vida. Que su confianza no lo lleve a despreciar la ciencia, porque la ciencia no se consigue sin un trabajo constante; una vez tomadas a gusto sus decisiones, que permanezcan en ellas y que tampoco haya tachadura alguna en sus decretos. Se comprende, aunque yo no lo diga, que un varón como el descrito ha de ser compuesto y ordenado, y en aquellas cosas que efectúe con agrado, magnífico. La verdadera razón estará incrustada en sus sentidos y de aquí tomará sus principios: desde luego, no tiene otro lugar donde apoyarse para intentarlo, o desde el que pueda tomar impulso para lanzarse a la verdad y volver sobre ella misma. Porque también el mundo que todo lo abraza y el mismo dios que rige los destinos del universo se lanzan realmente hacia el exterior, pero, sin embargo, desde todos los sitios vuelven sobre sí mismos totalmente. Haga lo mismo nuestro espíritu cuando, después de haber seguido a sus sentidos, se hubiera acercado a las cosas exteriores, entonces sepa dominarlos y dominarse, y, por decirlo así, encade-

na al bien supremo. De esta manera se proporcionará una fuerza y un poder de acuerdo consigo mismo, y surgirá una seguridad absoluta en su raciocinio, que no admite disidencias ni dudas en las opiniones y conceptos, ni en sus mismas convicciones. Cuando el espíritu se halle dispuesto en este modo y dé su consentimiento absolutamente en todo y, por decirlo de una vez, cante victoria, entonces habrá alcanzado ya el sumo bien. Realmente, nada le queda ya de peligroso ni tortuoso, nada contra lo que pueda chocar o resbalar. Todo lo hará bajo su dominio y nada sucederá que no haya sido previsto; y todo lo que intente le resultará bien, con facilidad y prontitud, y sin tergiversaciones del agente. Porque la pereza y la duda son señales de lucha y de inconstancia. Por todo lo cual te es permitido defender con valor que el bien supremo consiste en la unificación y concordia del espíritu. Las virtudes, por tanto, deberán encontrarse precisamente allí en donde haya pleno consentimiento y unidad. Los vicios andan siempre en continua discordia.

CAPÍTULO IX

«**P**ERO tú —se me dirá— tampoco practicas la virtud por otro motivo, sino porque esperas de ella algún placer.» En primer lugar, si bien es verdad que la virtud proporciona placer, sin embargo, no es ésa la causa por la que se busca; porque no solamente proporciona deleite, no solamente proporciona placer y trabaja para éste, sino que su trabajo, aunque su intención vaya encaminada hacia otros fines, conseguirá también el deleite. Lo mismo sucede en el campo, en el que, a pesar de haber sido roturado para la siembra del trigo, nacen algunas flores que se entremezclan con éste y, sin embargo, no se gastó tanto trabajo con el fin de que nacieran estas pequeñas hierbas, que además no se sembraron: otro fue el propósito del sembrador y le sobrevino esto; de la misma manera también, el placer no es la recompensa ni la causa que nos mueve a practicar la virtud, sino que es algo accidental a ella: nos agrada, no porque deleite, sino que, porque nos agrada, deleita. El

supremo bien está en el juicio mismo y en el hábito de la mejor intención: ésta, tan pronto como ha colmado su círculo de expansión, ciñéndose a sus propios fines, termina su misión y consigue el bien supremo sin aspirar a nada más. El todo contiene todas sus partes y ninguna se encuentra fuera de él; no es menos verdad que tampoco habrá nada más allá del fin. Por consiguiente, te equivocas cuando preguntas cuál sea la finalidad que me mueve a buscar la virtud: es como si quisieras conocer algo que pudiera existir por encima de lo supremo, más allá del fin. Me preguntas ¿qué es lo que pretendo de la virtud? Ella misma; porque nada tiene que sea mejor: ella es la recompensa de sí misma. ¿Es que te parece poco? Cuando te haya dicho que el supremo bien constituye el vigor y la providencia de un espíritu inquebrantable, su sagacidad, la salud, la libertad, su concordia y elegancia, inmediatamente después de haber conocido esto, ¿exigirás ahora algo mayor a lo que estas cosas se refieren? ¿Por qué me nombras el placer? Busco el bien del hombre, no del vientre, que tiene mayor capacidad entre las bestias y el ganado.

CAPÍTULO X

«**T**ERGIVERSAS lo que yo digo —me figuro que dirás—, porque yo afirmo que nadie puede vivir alegremente, a no ser que al mismo tiempo viva también con honestidad: lo que no puede suceder a los animales mudos, ni a los que miden su felicidad por la comida. Digo claramente, y lo declaro a la vista de todo el mundo, que esta vida que yo llamo alegre no existe sin que se le agregue la virtud.» Pero ¿quién desconoce que los más saturados con vuestros placeres son también los más insensatos? ¿Quién ignora que la maldad abunda en esas alegrías y que su mismo espíritu les sugiere nuevas clases de placer, no solamente depravadas, sino infinitas? En primer lugar, la insolencia y una excesiva estimación de sí mismo, que es un tumor que sobresale entre los demás, un amor a sus riquezas ciego e imprudente: nadando en delicias se exaltan por las causas más pequeñas y pueriles; se dejan llevar por la mordacidad y por la soberbia, disfrutando en herir y mortificar a los

demás; se vuelven perezosos y disolutos, teniendo el alma cansada y descuidándose a sí misma. La virtud aparta todas estas cosas, importuna nuestros oídos con sus advertencias y valora los placeres, eligiéndolos antes de admitirlos: ni los que admitió aprecia demasiado (lo único que hizo fue admitirlos), y tampoco es su disfrute el que la contenta, sino la templanza con que los disfruta; como quiera que la templanza disminuye los placeres, se convierte en injuria del bien supremo, según vosotros. Tú te abrazas al placer, yo lo freno; tú disfrutas de él, yo lo utilizo; tú lo consideras como el bien supremo, yo ni siquiera como un bien; tú lo haces todo con miras al placer, yo nada. Cuando afirmo que yo no hago nada con miras al placer, hablo en nombre de aquel sabio a quien sólo concedes tú el placer.

CAPÍTULO XI

PERO yo no llamo sabio a un hombre sobre quien tiene imperio cualquier cosa, con mayor razón si le domina el deleite. Es natural que si está dominado por él, ¿cómo resistirá el trabajo o el peligro, la pobreza y tantas otras cosas que alborotan con exceso la vida humana? ¿Cómo soportará la presencia de la muerte y del dolor? ¿Cómo podrá resistir las tormentas del mundo y las amenazas de sus enemigos más crueles, sintiéndose dominado por un adversario tan flojo? Hará lo que le aconseje el placer. Piensa: ¿no adivinas lo mucho que le puede aconsejar? «Ninguna cosa vergonzosa le podrá aconsejar —me responderás sin dudarlo—, porque está unido a la virtud.» ¿Todavía no te has dado cuenta de cómo será ese bien supremo, que necesita de un guardián para que sea un bien? La virtud, en cambio, ¿cómo podría gobernar el placer que sigue, siendo así que el seguir es propio del que obedece, y el gobernar del que manda? Os echáis a las espaldas las órdenes del que manda. Para vos-

otros, ¡el hermoso deber que tiene la virtud consiste en que sea la primera en probar los placeres! Pero ya hablaremos, si la virtud puede seguir siendo virtud y conservar su nombre, ante quienes tan afrentosamente la tratan: porque no puede conservar su nombre si abandona su puesto. Mientras llega el momento oportuno para tratar de ello, pondré a tu consideración el ejemplo de algunos hombres obsesionados por el placer, sobre los cuales la fortuna derramó todos sus dones y que necesariamente has de admitir que son malos. Reflexiona sobre Nomentano y Apicio, que andaban buscando (según decían ellos) los bienes de la tierra y del mar, y que sobre su mesa eran capaces de reconocer todos los animales que se pudieran encontrar en cada uno de los pueblos. Observa a estos mismos cómo se deleitan desde su lecho de rosas, mientras esperan que les sirvan la comida; están complaciendo sus oídos con el sonido de las voces, alegrando sus ojos con bellos espectáculos y haciendo gozar a su paladar anticipadamente con el sabor de los guisos. Todo su cuerpo languidece bajo los efectos de un suave y ligero frotamiento; y para que sus narices no descansen entretanto, el mismo lugar en que se celebra el sacrificio de la lujuria se hace irrespirable con los múltiples y diferentes olores. Dirás tú que éstos son los que viven en medio de los placeres; sin embargo, ni aun ellos lo pasan bien, porque no gozan del bien.

CAPÍTULO XII

«**A**LGUIEN dice que les irá mal porque intervienen muchas cosas que les perturban el espíritu, y las opiniones contrarias entre sí inquietarán el entendimiento.» Admito que así es; pero, después de todo, esos mismos estúpidos, que no saben lo que se hacen y andan pendientes del golpe que les imponga la penitencia, perciben grandes placeres: y necesario es confesar que en esos momentos se encuentran tan alejados de cualquier molestia como de un pensamiento bueno; y (les sucede a la mayor parte) enloquecen con la locura de la risa, y a causa de la misma risa se enfurecen con los demás. Mas, por el contrario, los modestos y tranquilos placeres de los sabios, apenas casi languidecen, son reprimidos y ni siquiera se notan: comoquiera que ni vienen llamados, ni se los recibe con honores, aunque se acerquen por su propia voluntad, se encuentran a disgusto entre quienes los perciben. Los sabios, en efecto, los mezclan y los interponen en su vida, como juego y entretenimiento en medio

de los asuntos serios. Dejen, por consiguiente, de unir las cosas incompatibles y complicar a la virtud con los placeres, por cuya causa se adula a los más viciosos. Volcados en los placeres, arrastrándose siempre y embriagados, porque saben que viven rodeados de placeres, creen que también viven con virtud: pues oyen que el placer no puede separarse de la virtud; después, escriben sobre sus vicios el nombre de sabiduría, y hacen una pública ostentación de lo que debiera estar oculto. De esta manera, no se entregan a la lujuria empujados por Epicuro, sino que, enfangados en los vicios, esconden la lujuria en el seno de la filosofía, y allí se reúnen, en donde oyen que se alaba a los deleites. Y tampoco se tiene en cuenta aquel placer que propugna Epicuro (así lo entiendo), porque ese deleite es sobrio y austero, sino que invocan su nombre, buscando algún patrocinio que les sirve para cubrirse. Y de esta manera pierden la vergüenza de pecar, que era el único bien que les quedaba a los viciosos. Ensalzan, pues, aquellas cosas con las que se ruborizaban, y se ufanan con sus defectos; como consecuencia de todo esto, ni siquiera se le permite a la juventud recuperar sus fuerzas, después de haber sido proclamada la torpe ociosidad con un título de honestidad.

CAPÍTULO XIII

HE ahí por qué resulta perniciosa esa alabanza del placer: porque los preceptos sanos quedan encubiertos, los podridos salen a la luz. En realidad, yo mismo estoy conforme con aquella doctrina (y digo esto, mal que les pese a los filósofos más populares de nuestra escuela), que Epicuro enseñó unos preceptos justos y rectos, y, si los estudias un poco más a fondo, tristes: porque el placer aquel que defiende se reduce a la más mínima expresión; y la fuerza que nosotros atribuimos a la virtud, la misma concede él a los placeres. Impone que éstos obedezcan a la naturaleza; lo que para la naturaleza es suficiente, a la lujuria, en cambio, le parece poco. Pero ¿cómo puede ser esto? Aquel, no importa quién sea, que llama felicidad a una ociosidad prolongada y al cambio de situación placer, cuando pasa de la gula al libertinaje es que busca un buen autor para una mala obra; y cuando da con él, seducido por lo agradable del nombre, se entrega al placer, no al que le han dicho, sino al que

llevaba dentro; y cuando comenzó a pensar que sus vicios se parecían en algo a la doctrina que escuchó, se siente complacido con ellos; no tiene miedo, ni se esconde: se lanza a la lujuria a cara descubierta. Así que yo no digo lo que muchos de los nuestros, que la escuela de Epicuro sea maestra de ignominias; pero lo que sí afirmo es que goza de mala reputación y que es infamada sin razón. ¿Quién puede saber esto sin haber sido admitido en el interior? El mismo frontispicio da lugar a la fábula, e invita a concebir malas esperanzas. Lo que en él se ve es como si un hombre fuerte estuviera vestido con traje de mujer. Siempre y cuando te quede algo de vergüenza, tu integridad estará a salvo: en tu cuerpo no hay cabida para deshonra alguna, pero en tu mano tienes el tambor de Cibeles*. Es necesario, por tanto, elegir un título honesto y una inscripción que impulse al espíritu a rechazar aquellos vicios, que tan pronto como se presentan enervan las fuerzas. Quienquiera que se acercó a la virtud dio señales de generoso carácter; el que se entrega a los placeres, parece afeminado, roto, y renuncia a la dignidad masculina para encenagarse en cosas torpes y vergonzosas; si es que alguien no le pudiera señalar la naturaleza de los placeres, para que sepa cuáles se encuentran dentro de los límites naturales del hombre y cuáles han de ser arrojados al abismo y que son infinitos, mostrán-

* Distintivo de sus sacerdotes, que eran eunucos.

dose más insaciables a medida que se van llenando. Piensa ahora que la virtud te va guiando: siguiendo sus huellas, todo será seguridad. El excesivo deleite perjudica; en la virtud no es de temer que nada sea excesivo; porque precisamente en ella se encuentra la medida justa. No constituye un bien lo que su propia grandeza hace padecer.

CAPÍTULO XIV

A FORTUNADAMENTE te ha tocado en suerte una naturaleza razonable: ¿qué otra cosa mejor se nos puede ofrecer que la razón? Si es agradable esta compañía y te interesa caminar hacia la felicidad en la vida acompañado por ella, que la virtud te preceda y te guíe, que te acompañe el deleite y gire alrededor de tu cuerpo como si fuera tu sombra. Pero la virtud, que es la más excelente de todas las cosas, entregarla al placer como sirvienta, supone un espíritu incapaz de conseguir nada grande. Que la virtud sea la primera y que ella lleve la bandera; no por ello tendremos menos placer, pero seremos nosotros quienes lo dominemos y moderemos; algo obtendrá de nosotros con sus halagos, pero en nada nos obligará. Pero esos que olvidaron sus principios por el placer se verán privados de ambas cosas; porque pierden la virtud, y además no son ellos los que poseen el placer, sino que el placer les posee a ellos: o se sienten atormentados por la escasez del mismo o su abundancia los

estrangula. ¡Desgraciados, si se ven abandonados por él, y más desgraciados todavía si se sienten desbordados! Como los que se hundieron en el mar de las Sirtes, unas veces son abandonados en los secos arenales, y otras son arrastrados por el torbellino de las olas. Pero esto sucede por la excesiva destemplanza y por un ciego amor a las riquezas; pues a quien apetece el mal por el bien le resulta peligroso el alcanzarlo. Pasa lo mismo que cuando cazamos las fieras con mucha fatiga y trabajo, que resultan peligrosas, y también nos causa inquietud la posesión de aquellas que hemos capturado; porque muchas veces despedazan a sus dueños. De la misma manera, los que disfrutaban de grandes deleites salieron mal librados, porque una vez que los consiguieron, ellos mismos fueron capturados. Cuanto mayores son los placeres y más abundantes, tanto más pequeño se siente el hombre y más veces esclavo de tantos señores ha de ser considerado aquel a quien el vulgo llama feliz y bienaventurado. Me agrada continuar en el desarrollo de este tema, aunque sea abusando de la misma imagen; de la misma manera que el cazador anda buscando las cuevas en que se esconden las fieras, y valora en mucho el hecho de capturar las bestias con los lazos y rodear con sus perros los grandes desfiladeros, para poder seguir las huellas de las mismas, y abandonó otras cosas mejores, renunciando a muchas de sus ocupaciones habituales; así también, el que persigue los placeres pospone todas sus cosas y hasta desprecia

su primera libertad, sacrificándola a su vientre; y tampoco compra los placeres para beneficiarse de ellos, sino que se vende a sí mismo a los deleites.

CAPÍTULO XV

SIN embargo, me dirá algún seguidor de Epicuro, ¿qué es lo que se opone a que la virtud y el placer puedan confundirse en una sola cosa, y que el bien supremo se convierta en algo que al mismo tiempo sea honesto y agradable? Porque no puede existir una parte de lo honesto, sino lo honesto: ni tampoco el bien supremo tendrá toda su pureza si observa algo en sí mismo que sea diferente a lo mejor. Ni siquiera el gozo que nace de la virtud, aunque no deje de ser un bien, sin embargo, no forma parte del bien absoluto, como tampoco lo son la alegría y la tranquilidad, aunque tengan su origen en causas muy hermosas. Ciertamente que son bienes estas cosas, pero lo son como consecuencia del bien sumo, no porque compartan la supremacía del *summum*. Pero aquellos que proclaman la unificación de la virtud y el placer, y ni siquiera en igualdad de derechos, por la fragilidad de uno de los bienes, debilita todo lo que de fortaleza hay en el otro, y precisamente así anulan aque-

lla libertad, que sería invencible, si no hubiera conocido otra cosa superior a ella misma y de más valor, y la someten al yugo. Pues comienza a serle necesaria la fortuna (lo que constituye la máxima esclavitud); a continuación viene una vida ansiosa, de todo se sospecha, llena de alarmas, temerosa de lo que pueda suceder y pendiente en cualquier momento de las circunstancias. No das a la virtud una base fija e inmutable, sino que la obligas a estar firme sobre algo que se mueve. ¿Qué hay, pues, tan voluble, como la espera de las casualidades, el capricho de los cuerpos y la multitud y variedad de las cosas que lo afectan? ¿Cómo podrá éste obedecer a dios, ni recibir con buen espíritu lo que le sucede, ni quejarse del destino, interpretando favorablemente sus desventuras, si se siente excitado a la menor picadura de los placeres o de los dolores? Pero, realmente, tampoco es un buen protector de la patria, ni la querrá vengar, ni saldrá en defensa de sus amigos, si se inclina a los deleites. Es necesario colocar el bien supremo en un lugar tan elevado que ninguna fuerza humana pueda derribarlo: allí a donde no tengan acceso ni el dolor, ni la esperanza, ni el temor, ni cosa alguna que pueda causar deterioro en los atributos del sumo bien. Desde luego, solamente la virtud puede subir allí; aquella cuesta ha de ser dominada al paso de ésta: la virtud resistirá con entereza y soportará todo lo que sucediere; y no sólo con paciencia, sino con gusto: comprenderá que toda dificultad de los tiempos es una ley de la naturaleza. Como hace un buen

soldado, se aguantará las heridas, contará sus cicatrices y, atravesado por los dardos, al morir pensará en su general, por cuya causa muere; de la misma manera la virtud tendrá presente en su espíritu aquel viejo precepto: «Sigue a dios.» En cambio, aquel que se queja y llora y gime, se ve obligado a cumplir las órdenes a la fuerza, y, poco menos que contra su voluntad, es arrastrado a la obediencia. En realidad, ¿no supone una locura esperar a ser arrastrado antes que seguir con buena voluntad? Tanto, a fe mía, como afligirse, por ignorancia y desconocimiento de su condición, de que le sucedió algo más amargo, o bien admirarse, o indignarse por aquellas cosas que suceden lo mismo a los buenos que a los malos: me refiero a las enfermedades, defunciones, mutilaciones y todas las demás cosas que se presentan atravesadas en la vida humana. Todo aquello que necesariamente nos toca padecer por la constitución natural del universo, ha de ser aceptado con buena disposición; nos hemos obligado a cumplir con esta carga sagrada de soportar la mortalidad de las cosas, y también a no dejarnos maltratar por aquello que no podemos evitar, por exceder los límites de nuestras fuerzas. Éste es el reino en que hemos nacido: obedecer a dios constituye nuestra libertad.

CAPÍTULO XVI

POR consiguiente, la verdadera felicidad consiste en la virtud. ¿Qué es lo que ésta te aconsejará? Que no consideres las cosas como buenas o malas, como no te lleguen ni de la virtud ni de la maldad; después, que permanezcas inquebrantable contra el mal, sin que te inclines a él desde el bien, y que imites a dios en todo lo que puedas. ¿Qué es lo que se te promete por esta campaña? Inmensos beneficios y equipararte a la divinidad. A nada te verás obligado: de nadie y nada has de necesitar; serás libre, tendrás seguridad y te sentirás invulnerable; nada intentarás en vano y nada te será prohibido. Todo te saldrá según lo pensaste; no sufrirás contrariedad alguna, ni sucederá nada contra tu criterio y voluntad. ¿Y después, qué? ¿Es suficiente la virtud para vivir felizmente? Y ¿por qué no ha de ser suficiente la virtud, si es perfecta y hasta divina? Más que suficiente: es superabundante y le sobra. ¿Qué le puede faltar a quien está situado lejos de la ambición humana? ¿Qué necesita del

exterior el que ha reunido dentro de sí mismo todos sus bienes? Pero a este que camina hacia la virtud, aunque haya adelantado mucho, le hace falta, sin embargo, algún favor de la fortuna, mientras esté luchando con las cosas humanas y se suelta aquel nudo que lo libra totalmente de sus ligaduras mortales. ¿Cuál es la diferencia, por tanto? Que los unos están atados, los otros encadenados y algunos también vacilantes; aquel que ha llegado a las regiones superiores y se situó en lo más alto arrastra una cadena menos apretada, y si todavía no puede considerarse totalmente libre, sin embargo, es como si ya lo fuera.

CAPÍTULO XVII

SI por lo que fuere, alguno de aquellos que ladran contra la filosofía se atreviera a decir, según acostumbran: «Entonces, ¿por qué hablas tú con una entereza mayor que en la que vives? ¿Por qué bajas la voz o te callas delante de tus superiores y valoras el dinero como un instrumento necesario para ti, te dejas conmover por la desgracia, derramando lágrimas tan pronto como se te ha comunicado la muerte de tu esposa o de algún amigo y miras por tu fama, indignándote cuando oyes que hablan mal de ti? ¿Por qué tienes un jardín mejor cuidado que lo que aconseja su uso? ¿Por qué no comes con arreglo a las normas que prescribes a los demás? ¿Por qué tienes un mobiliario más brillante? ¿Por qué se bebe en tu mesa un vino más viejo que tu edad? ¿Por qué, pues, se arregla tu casa? ¿Por qué se plantan árboles que no han de dar otro fruto que la sombra? ¿Por qué lleva tu esposa en las orejas el valor de los bienes de una casa acaudalada? ¿Por qué se les exige a los jóvenes

esclavos que se educan en tu casa que vayan elegantemente vestidos con túnicas preciosas? ¿Por qué se observa un cuidado tan exquisito para servir tu mesa (porque no se coloca la plata con aturdimiento y a capricho, sino que se hace con pericia), y tienes siempre a tu disposición un maestro en el arte de partir las viandas que ofrecen dificultades?» Puedes añadir, si quieres, lo que sigue: «¿Por qué tienes posesiones al otro lado del mar? ¿Por qué han de ser muchas más de las que llegaste a conocer? Desgraciadamente para ti, o eres tan negligente que ni siquiera te has molestado en conocer el nombre de los pequeños esclavos, o tan fastuosamente vives, que posiblemente tengas muchos más de los que tu memoria sea capaz de recordar.» Poco a poco te lo iré aclarando todo; tus reproches y las muchas cosas que de mí piensas procuraré refutarlas: de momento he de contestarte así. No soy sabio, y para fomentar tu malevolencia, ni lo seré. «Lo único, pues, que ahora exijo de mí es, no que sea igual a los mejores, sino ser mejor que los malos; para mí es suficiente esto de arrancar diariamente alguno de mis vicios, o un poco tan sólo de cualquiera de ellos, y censurar mis errores. No he llegado todavía a la verdadera salud, y posiblemente no llegue tan pronto: estoy aplicando a mi gota unos calmantes, más bien que remedios, y muy contento de que me duela menos veces. Comparado, quizá, con la debilidad de vuestros pies, yo soy un gran corredor.»

CAPÍTULO XVIII

ESTAS cosas no las digo por mí, puesto que yo me encuentro en lo más profundo de los vicios; lo digo por aquel que tiene algo de bueno en sus acciones. «Hablas de una manera —dice—, y vives de otra diferente.» De esto, ¡oh mentes llenas de maldad y las más enemigas de los mejores hombres!, de esta infamia, vuelvo a repetir, fueron acusados Platón, Epicuro y también Zenón. Todos estos filósofos hablaban, no precisamente como vivían ellos mismos, sino de la forma en que se debía vivir. Hablo de la virtud, no de mí; y cuando reprocho los vicios, pongo los míos en el primer lugar; cuando me sea posible, viviré como conviene. Pero esa maldad, que vosotros mezcláis con abundante veneno, tampoco me apartará de los mejores, ni esa ponzoña con que rociáis a los demás y corroe vuestras propias entrañas será capaz de impedirme que por lo menos siga alabando una vida, no la que yo llevo, sino la que yo sé que se debe llevar; nadie podrá impedir que yo adore la

virtud, y la seguiré, aunque haya de arrastrarme la mayor parte del camino. ¿Se puede esperar que quede algo al margen de la maledicencia, que no respetó ni a Rutilio, ni a Catón? ¿Por qué no les ha de parecer alguno demasiado rico a esos para quienes Demetrio el Cínico es poco pobre? ¡Varón enérgico éste, y que supo luchar contra todas las ambiciones de la naturaleza y por esto fue más pobre que los demás cínicos, porque cuando ellos mismos se prohibían las riquezas, él prohibió incluso pedir las: le niegan que tuviera demasiada necesidad! ¿Te das cuenta, pues? No profesó la ciencia de la virtud, sino la de la pobreza.

CAPÍTULO XIX

QUE Diodoro, aquel filósofo epicúreo que puso fin a su vida en muy pocos días con su propia mano, cortándose la garganta, lo hiciese por orden de Epicuro, lo niegan sus propios compañeros; unos pretenden presentar este hecho suyo como un acceso de locura, y otros como una temeridad. Él, entretanto, feliz y plenamente convencido de su buena conciencia, se lo demostró a sí mismo retirándose voluntariamente de la vida, y elogió la calma de los tiempos pasados en el puerto y junto al ancla, y dijo lo que vosotros oís contra vuestra voluntad:

Vixi, et quem dederat cursum fortuna, peregri (1).

Disputáis de la vida del uno y de la muerte del otro; sin embargo, al solo nombre de unos varones

¹ «Viví y llegué al final del camino que me dio la fortuna.»

que son grandes por algún mérito eminente, ladráis como ladran los perros pequeños cuando se acercan hombres desconocidos. Os conviene, pues, a vosotros, que nadie parezca bueno: como si la virtud de los demás fuese una reprobación de vuestros defectos. Involuntariamente confundís las cosas brillantes con vuestras suciedades, y no os dais cuenta con cuánto detrimento vuestro os atrevéis a hacer esto. Pues, si aquellos que practican la virtud son avaros, libidinosos o ambiciosos, ¿qué sois vosotros, a quienes sirve de odio el mismo nombre de la virtud? Afirmáis que nadie cumple lo que dice, ni vive con arreglo al modelo de su predicación. ¿Qué tiene de extraño si están hablando de cosas más fuertes, de una elevación extraordinaria, y que se escapan a todas las vicisitudes humanas, aunque intentan desclavarse de las cruces en que cada uno de vosotros mismos ha hundido sus clavos? Llevados, sin embargo, al suplicio, cada uno está colgado en un solo madero; pero aquellos que se castigan a sí mismos, cuelgan de tantas cruces como pasiones tienen, y hablando mal de todo el mundo, se muestran habilidosos para ofender a los demás. Los creería libres de todo esto si no fuera porque muchos escupen a sus espectadores desde el patíbulo.

CAPÍTULO XX

¿QUE no cumplen los filósofos lo que dicen? Pero a pesar de todo ayudan mucho con lo que hablan y con lo que conciben en su recto pensamiento. Pues si, además, se comportasen de acuerdo con lo que dicen, ¿qué se podría encontrar más bienaventurado que los filósofos? Entretanto, no hay razón para que desprecies sus buenas palabras, ni sus sentimientos llenos de rectas intenciones. Dedicarse al estudio de lo que aprovecha a la humanidad es cosa que merece ser alabada, aunque no se consigan los efectos. ¿Qué tiene de extraño, si los que emprenden caminos escabrosos no llegan a la cumbre más alta? Valora a los hombres por los esfuerzos que hacen para intentar cosas grandes, aunque desfallezcan en su empeño. Es algo generoso, que sin mirar a sus propias fuerzas, sino a las de la naturaleza, se esfuerce en sus intentos de alcanzar las cosas más sublimes y en concebir en su mente unos proyectos mayores que los que puedan conseguir incluso los que se hallan dotados de

un espíritu extraordinario. Esto es lo que se propone a sí mismo un filósofo: «Oíré yo la sentencia de mi muerte con el mismo rostro con que pudiera ordenar y ver la de un criminal; yo me someteré a los trabajos, sean los que sean, apuntalando el cuerpo con mi espíritu; yo despreciaré igualmente las riquezas que tengo en el momento presente y las que me puedan venir; y tampoco me pondré más triste si están enterradas en alguna parte, ni más alegre si brillan cerca de mí; ni me envanecerá la fortuna cuando llegue, ni lo sentiré si desaparece; yo miraré todas las tierras como si fueran mías, las mías como si fueran de los demás; yo viviré de tal manera, como si supiera que he nacido para todos los que me rodean y por esta razón daré las gracias a la naturaleza: ¿de qué manera pudo contribuir mejor a mi negocio? A mí, que soy uno, me entregó para todos; para mí, que soy solo, me fueron entregados todos. Todo lo que tuviere, ni lo guardaré con avaricia ni lo derrocharé con despilfarro; para nada mejor consideraré mis posesiones, sino para emplearlas en el bien: no por el número, ni por su peso mediré los beneficios, ni las demás cosas, sino esto se hará siempre por la estimación del que las ha de recibir. Nunca será mucho para mí aquello que ha de recibir una persona que se lo merece. Todo lo haré con arreglo a mi conciencia y nada por la opinión de los demás; todo lo que haga sabiéndolo únicamente yo, creeré que se hace a la vista de todo el pueblo. La finalidad de las comidas y de las bebidas será aplacar las necesidades de la

naturaleza, no para llenar el vientre y vaciarlo. Seré amable con mis amigos, suave y sencillo con mis enemigos, y procuraré ser complaciente antes que se me ruegue; correré al encuentro de las honestas necesidades. Sabré que mi patria es el mundo y que los dioses la presiden: que ellos están por encima de mí y muy cerca de mí para juzgar mis acciones y mis palabras. Por consiguiente, cuando quiera que la naturaleza reclame el espíritu que me anima, o la razón lo rechace, partiré atestiguando haber amado la buena conciencia y los estudios virtuosos: proclamaré no haber disminuido la voluntad de nadie en lo más mínimo, y que nadie consiguió disminuir la mía.»

CAPÍTULO XXI

AQUEL que quiera hacer esto, se lo proponga y lo intente, emprenderá su camino hacia los dioses; no en vano éste, aunque no lo haya conseguido,

*Magnis tamen excidit ausis*¹.

En cambio, vosotros, que siempre habéis odiado la virtud y a quienes la cultivan, nada de nuevo hacéis: porque también los ojos enfermos aborrecen el sol. De la misma manera huyen de la luz del día los animales nocturnos, incluso a veces escondiéndose, temerosos de la luz, en cualquier hueco de las peñas. Llorad y ejercitad vuestras lenguas infelices en ultrajar a las gentes de bien; daos prisa en la persecución y morded todos a la vez; ¡mucho más pronto os romperéis los dientes que lograréis clavarlos! «¿Por qué se dedica ése a la filosofía y vive rodeado de tantas riquezas? ¿Por qué dice que se debe despreciar la opulencia y pasa su vida metido dentro de ella?

¹ «Al menos sucumbió en empresas de altos vuelos», Ovidio, *Metamorfosis*, II, 328.

Piensa que se debe despreciar la vida y sin embargo vive. Afirman que no se debe hacer caso de la salud y, sin embargo, la cuida con toda diligencia y prefiere la mejor. Considera el destierro como un nombre sin sentido, y dice: ¿qué tiene de malo, pues, el cambiar de región? Y, por otro lado, si se le permite, envejece en su patria. No ve diferencia alguna entre vivir largo tiempo o más breve: sin embargo, si nada lo impide, procura prolongar su vida y se complace en halagar su virilidad hasta la vejez más avanzada.» Dice que todas estas cosas deben ser despreciadas; no afirma que no pueda tenerlas, sino que, las posea sin ansiedad y sin que le causen inquietud; no echa fuera de sí estas cosas, sino que, al alejarse ellas, él continúa seguro. Realmente, ¿en dónde ha de guardar la fortuna con mayor seguridad las riquezas que allí donde sabe que las ha de recuperar sin que se lamenta el que las devuelve? Cuando Marco Catón alababa a Curio y a Coruncanio, y aquel siglo en que se consideraba un crimen la posesión de unas pocas medallas de plata, tenía él cuatrocientos sextercios; menos, sin duda, que Craso y, sin embargo, más que Catón, que hacía de censor. Si se comparan, Marco Catón había vencido a su bisabuelo por mayor diferencia que por la que lo venció Craso. Y si le hubieran llegado mayores riquezas, no las habría rechazado; porque ni aun siendo sabio, se creyó indigno de algunos premios fortuitos. No por ello ama las riquezas, sino que las prefiere: no las recibe en su alma, sino en su casa; no rechaza las que ya poseía, sino que las guarda y quiere suministrarse una materia mayor para su virtud.

CAPÍTULO XXII

¿QUÉ duda puede haber de que un hombre sabio tendrá muchas más ocasiones de ejercitar y demostrar su espíritu en las riquezas que en la pobreza? Mientras en ésta el único género de virtud consiste en no doblegarse, ni sentirse deprimido, en las riquezas tendrá un ancho campo que lo espera, que es el de la templanza, la liberalidad, la diligencia, la economía y la magnificencia. El sabio no se desprejará a sí mismo, ni aunque fuere de una estatura mínima; sin embargo, querrá tener una figura prócer, pero aunque haya perdido un ojo y sea débil de cuerpo, se comportará como si estuviera sano; sin embargo, preferirá tener un cuerpo robusto. Estas cosas las recibirá de tal manera que sepa tener dentro de sí mismo algo más saludable; sufrirá con paciencia su flaca constitución, pero preferirá otra mejor. Hay muchas cosas que, no obstante su insignificancia en la totalidad del conjunto y la posibilidad de separarse sin perjuicio del supremo bien, añaden, sin embargo, algo

a la perpetua alegría, que nace de la virtud. La impresión de regocijo que producen en el sabio las riquezas es la misma que le produce al navegante el viento favorable que lo empuja; la misma impresión que produce un día bueno o un lugar abrigado que protege contra el frío y la bruma. Entre los sabios, pues, y hablo de los nuestros, para quienes la virtud constituye el único bien, ¿cuál de ellos niega que incluso estas cosas que llamamos indiferentes tengan dentro de sí algún valor, y que unas puedan ser mejores que las otras? A muchas de esas cosas se les concede poca importancia, a otras, mucha. Así pues, no te equivoques: entre las más importantes se encuentran las riquezas. Ya veo lo que me contestas: «Entonces, ¿por qué me dejas en ridículo, siendo así que ocupan el mismo lugar en tu opinión que en la mía?» ¿Quieres saber por qué no tienen el mismo lugar? Si las riquezas huyeran de mí, nada mío se llevarían, a no ser ellas mismas; en cambio tú, si fueras abandonado por ellas, te llenarías de espanto y considerarías haberte quedado sin ti; las riquezas ocupan en mi vida algún lugar cualquiera; en la tuya, el principal; y, finalmente, las riquezas son algo que me pertenece; en cambio, tú perteneces a las riquezas.

CAPÍTULO XXIII

POR consiguiente, deja tranquilos a los sabios y no les pongas el veto en cuestiones de dinero; nadie ha castigado la sabiduría con la pobreza. El sabio podrá tener inmensas riquezas, siempre y cuando no las haya robado a nadie, ni estén manchadas de sangre ajena; siempre que las haya adquirido sin hacer sufrir a otros y sin mezclarte en negocios ajenos; siempre que su origen sea tan honesto como el fin; siempre que por ellos nadie tenga que lamentarse, sino el envidioso. Puedes aumentarlas cuanto quieras, porque son honestas; entre las riquezas se encuentran muchas cosas que todos quisieran llamar tuyas; nada hay, en cambio, que cualquiera pueda decir tuyo. El sabio nunca podrá olvidar la benignidad de la fortuna, y no se envanecerá, ni tampoco se avergonzará con un patrimonio adquirido honestamente. Por otra parte, también tendrá con qué vanagloriarse si, abriendo su casa y admitida en ella toda la ciudad para que examine sus riquezas, pudiera decir: «Lo que cada

uno de vosotros reconozca como suyo, que lo tome.» Qué gran hombre; ¡cuán justamente rico sería aquel cuyas obras correspondiesen a sus palabras, y después de pronunciadas pudiera conservar exactamente lo mismo que antes! Quiero decir, si confiado y seguro hubiera ofrecido al pueblo una investigación sobre sus bienes y nadie pudiese encontrar en su poder algo en que poner las manos; precisamente entonces podrá llamarse rico ante todo el mundo y sin miedo. De la misma manera que un sabio no admitirá dentro de los umbrales de su casa ni un solo denario que hubiera entrado deshonrosamente, así tampoco rechazará ni excluirá las grandes riquezas, que son un regalo de la fortuna y el fruto de la virtud. ¿Qué razones le pueden impedir que las coloque en un buen lugar? Que vengan y se encontrarán con un alojamiento bueno. No hará ostentación de ellas, ni tampoco las esconderá; lo primero indica estupidez de espíritu; lo segundo, timidez y apocamiento, como si quisiera defender un gran tesoro ocultándolo dentro de su seno. Como ya he dicho anteriormente, tampoco las arrojará de su casa. ¿Qué ha de hacer, entonces? Les dirá, quizá, marchad, porque me resultáis inútiles; o, dejadme tranquilo, yo no sé hacer uso de las riquezas. De la misma manera que, aun siéndole posible hacer un viaje a pie, preferirá montar en un vehículo, sin ninguna duda, así también si pudiera ser rico, lo querrá, y podrá adquirir riquezas efectivamente, pero como cosas ligeras y que pueden volar, sin llegar a consentir

que resulten pesadas a otro cualquiera, ni aun a sí mismo. Va a hacer donaciones. ¿Por qué alargáis las orejas? ¿Por qué abríis vuestras bolsas? Dará, sí, pero a las gentes de bien, o a aquellos que pueda hacerlos buenos. Repartirá con sumo cuidado, eligiendo los que más se lo merezcan; teniendo presente en todo momento que debe rendir cuentas, tanto de lo que reparte como de aquello que recibió. Distribuirá partiendo de una causa justificada y probable, pues resulta un mal servicio tirarlas entre los infames. Tendrá la bolsa dispuesta para abrirla con facilidad, pero no con agujeros; de la cual saldrá mucho, sin que se caiga nada.

CAPÍTULO XXIV

SI alguien piensa que es una cosa muy fácil el hacer regalos, se equivoca. Esta ocupación encierra muchísimas dificultades si se le presta un poco de atención y no se hace tirando el dinero con ímpetu y al azar. A éste le doy para tenerlo propicio; a ése, porque me obsequió primero; al otro le hago un socorro; de aquél me compadezco. A unos los coloco dignamente para que la pobreza no los arrastre, ni los mantenga ocupados. A muchos no les daré nada, aunque les haga falta; porque, aunque les diere, les seguiría faltando igual; a otros les haré una oferta; y a éstos, incluso los obligaré a que lo acepten a la fuerza. No puedo ser negligente en este asunto: nunca anoto mejor los nombres de los beneficiarios que cuando doy alguna cosa. «¿Cómo? —pensarás—. ¿Es que tú das para recibir?» No es eso, lo hago para no perder. La donación ha de estar situada en un lugar, desde el cual no haya que forzar su vuelta, pero que pueda volver. El beneficio hay que esconderlo de la misma manera que se

entierra profundamente un tesoro; que no será tocado por ti hasta que la necesidad no te obligue a ello. ¿Qué te parece? La misma familia de un hombre rico, ¿cuántas ocasiones tiene de hacer el bien? ¿Quién es el que llama liberalidad a la que se refiere únicamente a los togados? La naturaleza ordena ayudar a los hombres: ¿qué importa que sean libres o esclavos, libres de nacimiento o «libertos», que hayan recibido la libertad con arreglo a las leyes o por amistad? Dondequiera que se encuentre el hombre, allí tiene ocasión para hacer el bien. Puede, por tanto, repartir su dinero dentro de los umbrales de su misma casa y ejercer la liberalidad: ésta no ha tomado su nombre, porque se debe a los hombres libres, sino que tiene su origen en la libertad del espíritu. Ésta, entre los sabios, ni una sola vez recae sobre los hombres perversos e indignos; y nunca anda tan exhausta de fondos que deje de desbordarse como si estuviera totalmente llena, tantas cuantas veces se encuentra con un hombre de bien. No hay razón, por consiguiente, para que interpretéis torcidamente las cosas tan honestas que dicen los estudiosos sobre la sabiduría, con su característica entereza y fortaleza de espíritu; y atended a esto lo primero: una cosa es el que estudia la sabiduría, y otra diferente el que la ha conseguido. El primero te dirá: «Hablo muy bien, pero todavía me revuelco entre muchísimo fango. No tienes razón para que me exijas vivir con arreglo a mis palabras; lo más que hago es formarme; cuando haya progresado todo lo que me propongo, entonces exige

que mis hechos respondan a lo que digo.» En cambio, aquel que llegó a conseguir la cumbre del bien humano, hablará contigo de otra manera, y te dirá: «En primer lugar, no tienes por qué tomarte la libertad de juzgar a quienes son los mejores; eso me corresponde a mí, que tengo ya un concepto de lo recto que me permite despreciar a los malos. Pero para darte una razón de lo poco que envidia a ninguno de los mortales, escucha lo que te prometo y en cuánto estimo las cosas. Niego que las riquezas constituyan un bien; porque si lo fuesen, harían buenos a los hombres; ahora bien, como resulta que se encuentra entre los malos, no puede llamarse bien y, por tanto, les niego este nombre; por lo demás, confieso que se pueden tener, que pueden ser útiles y que pueden aportar grandes comodidades a la vida.

CAPÍTULO XXV

ENTONCES, ¿qué se debe pensar de las riquezas? Escuchad los motivos que me aconsejan no contarlas entre los bienes, y la diferencia que encuentro en ellas y que vosotros no llegáis a comprender, aunque todos convengamos en que se pueden tener. Piensa que vivo en la más opulenta de las casas, piensa que me hallo rodeado de oro y plata y que puedo servirme indistintamente de estas riquezas: no me envaneceré por estas cosas, que si bien se encuentran a mi lado, sin embargo, están fuera de mí. Trasládame ahora a vivir debajo de un puente, y déjame abandonado entre las gentes necesitadas: no por ello me despreciaré, ni me avergonzará sentarme al lado de aquellos que alargan la mano en busca de limosna; a quien no le falta un lugar donde se pueda morir, ¿qué le importa lo demás, ni que le falte un pedazo de pan? ¿Qué se debe hacer en esta coyuntura? Yo prefiero aquella casa esplendorosa antes que el puente. Colócame entre alhajas resplandecientes y en medio de un

boato delicadísimo: por nada me consideraré más feliz, aunque tenga a mi lado un amiguito muy tierno y las mesas y asientos de mis invitados se vean recamados de púrpura. En nada seré más desgraciado si mi cansada cabeza reposa sobre un puñado de heno, o si me acostase encima de esa lana que asoma por las costuras de un viejo lienzo. ¿Qué harías tú en este caso? Yo prefiero expresar los sentimientos de mi alma estando revestido con la ropa pretexta o la clámide, que llevando desnudas mis espaldas o poco cubiertas. Que todos los días transcurran según mis deseos, que nuevas satisfacciones se sucedan enlazadas las unas con las otras: no por esto me complaceré más conmigo mismo. Piensa ahora que esta complacencia del tiempo se ha cambiado al lado contrario: que mi espíritu se siente golpeado por una y otra parte, con ausencias y muertes de los seres queridos, con diversas aflicciones y que no pase absolutamente un solo momento del día sin alguna queja: no por ello me consideraré el más desgraciado entre las máximas miserias que me rodean, ni maldeciré por lo mismo día alguno; porque ya estoy resuelto a que ni un solo día me fuese aciago. ¿Qué he de hacer entonces? Prefiero templar las satisfacciones a calmar los dolores. Sócrates, aquel gran filósofo, dijo esto: «Hazme vencedor de todas las naciones; que aquel delicioso carro de Baco me lleve, triunfante, desde donde nace el sol hasta Tebas; que los reyes de Persia se vean obligados a consultar conmigo sus leyes; a lo sumo, entonces, pensaré que soy un hombre, aun-

que sea saludado por todas partes como si fuera un dios.» A esta dignidad tan sublime, añade inmediatamente un cambio instantáneo: «He de ser colocado en andas extranjeras como elemento de adorno en la procesión de un vencedor soberbio y fiero: no me sentiré más humillado junto al carro de otro de lo que me sentía en el mío propio.» ¿Cuáles han de ser mis deseos? Preferiré mil veces ser el vencedor, antes que ocupar el lugar del cautivo. Yo despreciaré la fortuna y todo su reino será poco para mí: pero de él tomaría las cosas mejores si se me diera derecho a elegir. Cualquiera cosa que llegase a mi poder se convertiría en un bien: pero prefiero que me vengan las cosas más suaves y las más agradables, y aquellas que molesten menos a quien las tiene que pasar.» No hay razón, pues, para que creas que existe alguna virtud sin sufrimiento, lo que sucede es que algunas virtudes necesitan que se los estimule y otras echan de menos los frenos. De la misma manera que el cuerpo debe contenerse en las cuestas abajo y esforzarse cuesta arriba, lo mismo sucede, pues, con las virtudes, que las unas están situadas en la cuesta para bajar y las otras para subir. ¿Ofrece, quizá, alguna duda, que quien tiene que subir ha de esforzarse con paciencia y ha de emplear la constancia, el coraje y cualquiera otra virtud que se oponga a la dureza de la escalada, venciendo así a la fortuna? ¿Qué me respondes a esto? ¿No es igualmente claro que la liberalidad, la templanza y la mansedumbre caminan en descenso? En éstas contenemos el ánimo, para que no

resbale y caiga; en las otras, lo alentamos y lo empujamos. Por consiguiente, aplicaremos a la pobreza las virtudes más decididas, aquellas que se hacen más fuertes cuando se las ataca; con las riquezas hemos de emplear las más cuidadosas: las que detienen el paso en el aire y frenan el peso del cuerpo en las cuestas abajo.

CAPÍTULO XXVI

«**H**ABIENDO establecido esta división, yo prefiero para mi uso las primeras, aquellas que se pueden practicar con una mayor tranquilidad que las otras, cuyo empleo cuesta sangre y sudor.» Por tanto, dirá el sabio, yo no vivo de diferente manera a la que predico: sois vosotros los que interpretáis las cosas en diferente sentido. Únicamente el sonido de las palabras es el que llega a vuestros oídos: no buscáis lo que significan. «¿Qué diferencia existe, por consiguiente, entre mi pensamiento, que es el de un necio, y el tuyo, que es de sabios, si tanto el uno como el otro deseamos lo mismo, que es poseer cuanto más mejor?» Muy grande es la diferencia; porque las riquezas en poder de un hombre que sea verdaderamente sabio se encuentran en un estado de esclavitud, mientras si están en poder de un necio, son ellas las que dominan; el sabio no permite lo más mínimo a las riquezas, en cambio, vosotros, todo lo cifráis en ellas. Vosotros, como si alguien os hubiera prome-

tido su eterna posesión, os acostumbráis a ellas y llegáis a formar un mismo cuerpo; el sabio, por el contrario, se da cuenta de la pobreza precisamente entonces, cuando se encuentra rodeado del bienestar que le reporta las riquezas. Nunca el general se confía en la paz de tal manera que no se prepare para la guerra, que aun no habiéndose declarado, siempre hay indicios de que puede venir cuando menos se piensa. ¡Os quedáis paralizados ante una hermosa casa, como si no pudiera arder, ni derrumbarse; las riquezas os vuelven insolentes, como si estuvieran fuera de todo peligro y contasen con mayores fuerzas que las que tiene la fortuna para terminar con ellas! Estáis jugando con las riquezas sin hacer nada por conservarlas y sin prever el peligro en que se encuentran: como los bárbaros que se hallan cercados por todas partes y, desconocedores de las máquinas de guerra, pasan el tiempo en la indolencia contemplando el trabajo de sus sitiadores, y no comprenden para qué sirven aquellas cosas que se van construyendo desde tan lejos. Lo mismo os sucede a vosotros: os quedáis faltos de vigor en vuestra molicie y no pensáis en los muchos peligros que os acechan y que ya están preparados para llevarse como botín de guerra unas cosas tan preciosas. Quienquiera que le hubiese robado las riquezas a un sabio, siempre le ha de dejar todas sus cosas: porque vive contento con su presente y seguro con el futuro. «Nada me convenció tanto como lo que antecede —diría Sócrates o cualquier otro que tuviera el mismo poder y la misma auto-

ridad sobre las cosas humanas—, para no amoldar los actos de mi vida a vuestras opiniones. Reunid por todas partes todas las mordacidades acostumbradas y echádmelas a la cara: jamás pensaré que seáis capaces de injuriarme, lo más que podéis hacer es dar vagidos, como los niños más desgraciados.» Estas cosas diría aquel a quien cupo en suerte llegar a la sabiduría; aquel a quien su alma, inmunizada contra los vicios, le ordena reprender a los demás, no porque los odie, sino como un remedio. Aquél añadiría esto: «Vuestra manera de ver las cosas es lo que me altera, no por mi nombre, sino por el vuestro; haber odiado la virtud y haberla escarnecido constituye una renuncia a toda buena esperanza. Ninguna injuria me habéis hecho, como tampoco se la hacen a los dioses aquellos que derriban sus altares; pero sus malos propósitos y sus malos pensamientos aparecen, incluso allí donde no pueden hacer daño alguno. De la misma manera soporto vuestras elucubraciones, como toleraba Júpiter, el mejor y más grande de los dioses, las sutilezas de los poetas; alguno de los cuales le ponía alas, otro le plantaba unos cuernos, alguno lo quería introducir entre nosotros como adúltero y trasnochador; éste, cual señor terrible contra los mismos dioses; ése, como un juez injusto contra los hombres; aquél, como raptor y corruptor de hombres libres, incluso de sus mismos hermanos; y muchos, como un parricida y usurpador del trono de su rey, y hasta del de su mismo padre. Con todo lo cual no se consiguió otra cosa que qui-

tar la vergüenza a los hombres para que pecasen si se hubieran creído que sus dioses eran así. Pero si bien es verdad que ninguna de estas cosas llegan a herirme, sin embargo, os amonesto en beneficio vuestro: elevad vuestra mirada y abrazad la virtud. Tened confianza en aquellos que, después de haberla seguido largo tiempo, han alcanzado para ellos mismos algo muy grande, y gritan con todas sus fuerzas, que cada día será mayor. Como si fueseis ministros del culto, rendidle honores, como se hace con los dioses, y estimad a los que la profesan, y cuantas veces oigáis hablar de ella y mencionar sus sagradas letras, guardad la debida compostura: esta palabra no implica ni se pronuncia para captarse las simpatías, como piensa la mayor parte de las gentes; por el contrario, se ordena el silencio, a fin de que pueda terminarse ritualmente la sagrada ceremonia, sin que el rumor de una mala palabra la perturbe.»

CAPÍTULO XXVII

ES mucho más necesario recalcaros aquel silencio, para que, cuantas veces os fuere revelado algo por aquel oráculo, lo escuchéis con profunda atención y con los labios apretados. Cuando aquel que agita el sistro miente por orden superior; cuando alguno de esos que tienen habilidad para abrirse heridas en sus músculos, ensangrienta sus brazos y hombros, teniendo las manos en alto; cuando alguien anda por las calles dando alaridos, arrastrándose sobre sus rodillas; cuando un anciano, vestido de lino sale a la vía pública en pleno día, llevando en la mano una linterna y un ramo de laurel y al mismo tiempo va gritando que alguno de los dioses está irritado, acudís corriendo y los escucháis, alimentando un estupor mutuo, y al mismo tiempo afirmáis que son seres divinos. ¡Ahí tenéis a Sócrates, que sale de aquella cárcel, que purificó con su entrada, y que vuelve de ella dejándola más honrosa que todo el Senado! Él mismo os lo dice, clamando con voz clara y potente: «¿Qué locura es

ésta? ¿Es posible que exista una naturaleza que se revuelva contra los dioses y contra los hombres, que difame la virtud y que viole las cosas más santas con sus malignas palabras? Si sois capaces de comprender la virtud, alabad a los buenos; si no es así, pasad de largo. Porque si os agrada llevar a la práctica ese abominable capricho, embestíos los unos contra los otros; pues cuando os enfurecéis contra el cielo, no digo que cometáis un sacrilegio, pero sí os digo que estáis perdiendo el tiempo. En cierta ocasión, Aristófanes me eligió como víctima propiciatoria de sus sátiras: toda aquella gran manada de poetas burlescos derramó contra mí el virus de sus chistes envenenados. Por aquellas mismas cosas con que se me atacaba, quedó robustecida mi virtud; es muy conveniente para ella, por consiguiente, que sea llevada al combate y que se ejercite en la lucha; nadie comprenderá mejor hasta dónde alcanza su fortaleza, sino aquellos que experimentaron sus fuerzas luchando. La dureza del sílex a nadie mejor le es conocida que a quienes lo golpean. Yo me ofrezco a vosotros de la misma manera que una roca cualquiera abandonada en medio de los mares, que no cesa de ser azotada por las olas, soplen los vientos de donde quiera que soplen: y no por ello la mueven de lugar, ni la podrán destruir a través de los siglos con su terrible embestida. Entrad al asalto, haced fuerza, que yo os he de vencer únicamente con que os soporte. Todo el que lucha contra aquellas cosas que son firmes e imposibles de vencer, se estrella, ejercitando

sus fuerzas para su mal. Por tanto, os habéis de buscar otra materia más blanda y susceptible de que se claven en ella vuestros dardos. ¿Os queda tiempo todavía para escudriñar en los males ajenos, y exponer vuestro criterio sobre quienquiera que sea. ¿Por qué os habéis de meter en si ese filósofo habita con mayor holgura y si el otro come con excesiva suntuosidad? Os fijáis en los granos ajenos, siendo así que vosotros mismos os encontráis llenos de innumerables heridas. Eso es lo mismo que si alguien se mofase de los lunares y verrugas de los cuerpos más hermosos y él mismo estuviera cubierto totalmente por la suciedad de la lepra. Reprochad a Platón que buscase el dinero; a Aristóteles que lo recibiera; a Demócrito, que lo despreciara; criticad a Epicuro porque se lo gastó, y a mí mismo me podéis echar en cara el Fedro y Alcibíades. ¡Qué dichosos llegaríais a ser con su empleo si primeramente os cupiese en suerte imitar nuestros vicios! ¿Por qué no tenéis más cuidado de vuestros propios vicios, que os atraviesan de parte a parte, los unos abriéndose paso hacia el exterior y los otros quemándoos vuestras mismas entrañas? No están los negocios humanos en una situación, aunque vosotros os preocupéis muy poco de la vuestra, como para que os quede tanto tiempo que lo podáis perder en darle a la lengua criticando las buenas acciones de los mejores.»

CAPÍTULO XXVIII

«**E**STO es lo que no queréis comprender y os lleva a volver la cara a vuestra fortuna: de la misma manera se conducen muchísimos de los que se divierten sentados tranquilamente en los circos o en el teatro, cuando la casa se les ha quemado ya, y ellos sin enterarse siquiera. Pero yo, que miro las cosas desde más arriba, veo la clase de tempestades que os amenazan y que no han de tardar mucho tiempo en romper la nube que las detiene, o aquellas que vienen de camino, acercándose poco a poco hasta vosotros, y que cuando lleguen han de arrasar vuestros bienes, destruyéndolos con ellos. ¿A qué esperáis, pues? ¿Es posible que ahora tampoco os deis cuenta de que está girando a vuestro alrededor cierto torbellino (aunque no lo sintáis apenas cerca de vosotros), que pone en peligro vuestras almas y que las envuelve cuando huyen, y al mismo tiempo buscan las mismas cosas? ¿No advertís que ese mismo torbellino,

unas veces os eleva a lo más alto, para arrastraros después hechos pedazos hasta lo más profundo de los abismos?»

**FIN DE
«SOBRE LA FELICIDAD»**

**SOBRE LA BREVEDAD
DE LA VIDA**

CAPÍTULO PRIMERO

LA mayor parte de los mortales se lamenta, mi querido Paulino, de la mezquindad de la naturaleza, culpándola porque al nacer nos concedió tan pocos años de vida, y además porque esos espacios de tiempo que nos dio pasan tan deprisa, tan rápidamente que, exceptuados unos pocos solamente, a todos los demás les priva de la existencia en el preciso momento en que aprenden a vivir. Y no es solamente la plebe y el vulgo insensato a quienes hace llorar esta común, según opinan ellos, desgracia: este sentimiento también ha despertado las quejas de los hombres más esclarecidos. De ahí aquella exclamación del más famoso de los médicos: «La vida es breve, largo el arte» (Hipócrates). De aquí parten las acusaciones, indignas de un hombre sabio, que formuló Aristóteles contra la naturaleza de las cosas, cuando trataba de comprenderla; pensaba él que la naturaleza había sido excesivamente indulgente con los animales, porque les había permitido vivir durante cinco siglos o

diez, mientras que el hombre, nacido para empresas muy superiores y más variadas, el término de su vida era incomparablemente más reducido. No tenemos poco tiempo: es que nosotros perdemos mucho. La vida es suficientemente larga y se nos ha concedido con liberalidad para que pudiésemos terminar las empresas de mayor importancia, si toda ella se emplease debidamente. Pero cuando se desperdicia indolentemente entre placeres y lujos, cuando se gasta en cosas inútiles, llega por fin el último momento que nos obliga a reflexionar, y entonces nos damos cuenta de que ha pasado, sin llegar a comprender cómo se ha ido. La verdad es que no hemos recibido una vida breve, sino que nosotros mismos la hicimos breve; si andamos escasos de tiempo, es que lo derrochamos. De la misma manera que unas riquezas inmensas y regias, cuando van a parar a las manos de un administrador inexperto, en un momento se evaporan, y aunque sean mucho menores, crecen, si han sido confiadas a un excelente guardián, así también nuestra vida ofrece un ancho campo a quien sabe disponer de ella dejándose guiar por la razón.

CAPÍTULO II

¿POR qué nos quejamos de la naturaleza? Ella se comportó admirablemente: la vida, si se sabe utilizar, es larga. A muchos los entretiene una insaciable avaricia: éste se siente arrastrado por las constantes dificultades que encuentra en unos trabajos sin sentido; otro se embrutece con el vino; aquél se duerme en la pereza; a ése lo cansa su ambición siempre pendiente del juicio de los demás; algunos, guiados por un incontenible deseo de negociar, dan la vuelta por toda la Tierra y recorren todos los mares con la única obsesión del lucro. La pasión por las armas arrastra a cierta clase de hombres, que nunca tienen en cuenta los peligros ajenos, ni se preocupan por los suyos; los hay que se consumen en una esclavitud voluntaria, dejándose llevar por una veneración hacia sus amos. La mayor parte de aquellos que no saben adónde van, se dejan influir por pareceres diferentes, y una inconstancia, siempre voluble y descontenta consigo misma, los zarandea por todas partes. A otros,

nada a donde puedan dirigir sus pasos les satisface, y, decaídos y marchitos, se ven sorprendidos por la muerte de tal manera que no dudo sea verdad aquello que dijo el más grande de los poetas a modo de oráculo:

«Exigua pars est vitae, quam nos vivimus»¹.

Porque realmente es cierto que toda su duración no es vida, sino tiempo. Por todas partes estamos rodeados de vicios que nos atacan y que no nos dejan levantarnos, ni volver nuestros ojos hacia la contemplación de la verdad: antes bien nos mantienen hundidos y clavados en las pasiones. Jamás se les permite recurrir a sí mismo, si es que por casualidad les llega algún descanso: siguen fluctuando, como sucede en lo profundo del mar, en donde continúa el movimiento, aun después de haber cesado los vientos; así pues, tampoco a ellos les llega la calma, obligándoles a separarse de sus pasiones. Piensas tú que solamente hablo yo de aquellos cuyos defectos están a la vista de todo el mundo: pon tus ojos en esos a cuya felicidad se recurre; ellos mismos se ahogan en sus propios bienes. ¿A cuántos no les son pesadas sus riquezas? ¿Se pueden contar siquiera aquellos a quienes les costó su sangre esa misma elocuencia con la que trataban de dar a conocer su inteligencia en un esfuerzo conti-

¹ «Una mínima parte de la vida es la que nosotros vivimos.»

nuado? ¿No son muchísimos los que sufren angustias en medio de sus constantes placeres? ¿A cuántos no ha dejado un instante de libertad aquella multitud de clientes que los agobia? Recorre, finalmente, todas las clases sociales, desde la más baja, hasta la más elevada: uno cita a juicio, el otro se presenta, éste peligra, ése defiende y aquél sentencia. Nadie se preocupa de sí mismo: cada uno se va acabando, ocupándose de los otros. Pregunta sobre aquellos cuyos nombres son más conocidos: observarás que se distinguen por estas cualidades: «Éste es admirador de aquél, aquél es admirador del otro, nadie de sí mismo.» Además, la indignación de algunos es de lo más ridícula: se quejan del desprecio que les hacen los superiores, porque no los encuentran desocupados, ni dispuestos a recibirlos cuando ellos quieren. ¿Se atreverá nadie a quejarse de la soberbia de los demás, cuando él mismo no se halla libre jamás para preocuparse de sí mismo? Aquel superior tuyo, sin embargo, sea el que fuere, admito que te recibiera con cara de pocos amigos, pero se dignó mirarte alguna vez; aquél dejó libres sus oídos para escuchar tus palabras; aquél te admitió a su lado; en cambio, tú jamás te has dignado volver la mirada para ver lo que pasaba dentro de ti mismo, ni escuchaste siquiera.

CAPÍTULO III

NO hay razón, por tanto, para que asignes estos deberes a cualquiera: porque realmente, cuando tú los realizabas, no es que quisieras estar con el otro, sino que no podías estar contigo mismo. Aunque todas las inteligencias que brillaron alguna vez coincidían unánimemente en ello, jamás se extrañarán bastante de esa ceguera de la mente humana. Los hombres no consienten que sean ocupadas sus propiedades por nadie, y si se presenta una pequeña disputa sobre la manera de establecer los límites de sus propiedades, recurren rápidamente a las piedras y a la armas: permiten que otros intervengan en su vida, más todavía, ellos mismos son los que además introducen en ella a sus futuros propietarios. No se encuentra ninguno que quiera repartir su dinero; y, en cambio, ¿entre cuántos distribuyen su vida todos y cada uno de los hombres? Todos se empeñan en conservar su patrimonio, pero en cuanto llega la ocasión de perder el tiempo, entonces es cuando precisamente se con-

ducen con la mayor de las liberalidades, en el único asunto en el que la avaricia estaría más que justificada. Me agradaría traer aquí a uno de los muchos ancianos que ha llegado a una edad muy avanzada, y hacerle recordar su vida con estas consideraciones: «Vemos que tú has llegado ya a lo último de la edad que puede alcanzar la naturaleza humana; pesa sobre ti en estos momentos el año cien o quizá alguno más; procura recordar y llama a tu vida para que rinda cuentas del empleo de su tiempo. Explícanos ahora el tiempo que perdiste con un acreedor, cuánto con tu amiga, cuánto con un acusado y cuánto con los clientes que hayas podido tener; cuenta la cantidad que has perdido en las disputas con tu mujer, cuánta en el castigo de tus esclavos, y en las calles de la ciudad cuando te dirigías a cumplir con tus obligaciones. Añade también las enfermedades que cogimos por nuestra culpa; añade el que se perdió tumbados y sin hacer nada: te darás cuenta que tienes bastantes menos años de los que cuentas. Procura recordar nuevamente en tu memoria si cuando tomaste una resolución firme en cualquier asunto, transcurrió todo aquel día según lo habías destinado; qué partido le sacaste para ti mismo; recuerda cuándo estuvo tu rostro en su estado normal, y cuándo tuviste el espíritu libre de todo temor; qué beneficio obtuviste para ti mismo en lo que hiciste durante tan largo tiempo; cómo muchos te robaban tu propia vida, sin que tú te dieras cuenta de lo que perdías; cuenta la cantidad de tiempo que te ha quitado un

dolor inútil, una necia alegría, la ambición desordenada y el encanto de una conversación; ¡qué parte tan pequeña de tu vida ha quedado para ti: comprenderás ahora que tu muerte ha sido prematura!»

CAPÍTULO IV

¿CUÁL es, por consiguiente, la causa de todo esto? Pasáis la vida como si siempre fuerais a vivir; nunca se os ocurre pensar en vuestra fragilidad. Jamás tenéis en cuenta la cantidad de tiempo que ya pasó: lo gastáis como si dispusierais de un caudal inmenso e interminable, siendo así que quizá ese mismo día que vosotros habéis destinado para pasarlo entretenido con un amigo, o en cualquier negocio, pudiera ser el último de vuestra existencia. Tenéis miedo de todo, como mortales que sois, y, sin embargo, ambicionáis todas las cosas, como si fuerais inmortales. Oirás a la mayor parte de los hombres, que dicen: «A partir de mis cincuenta años me retiraré a descansar, y cuando cumpla los sesenta abandonaré todas mis ocupaciones.» ¿Y quién te garantiza, a fin de cuentas, que has de vivir una vida tan larga? ¿Quién te permitirá que todo esto ocurra como tú lo dispones? ¿No te da vergüenza reservar para ti los restos de tu vida, destinar a la virtud solamente aquel tiempo que no

puede ser empleado en ninguna otra cosa? No será demasiado tarde comenzar a vivir, precisamente cuando ha llegado ya el momento de morir? ¡Qué olvido tan necio de nuestra condición mortal el intentar diferir los buenos propósitos para el año cincuenta o el sesenta de nuestra vida, y pretender reanudar la verdadera vida a partir de una edad a la que muy pocos han podido llegar! A los hombres más poderosos y que han alcanzado los puestos más elevados verás que se les escapan las palabras, y los oirás decir que desean el reposo para sí mismos, que lo alaban y que lo prefieren al resto de sus bienes. Que desearían bajar de aquellas alturas en que se encuentran encumbrados, si lo pudieran hacer con seguridad. Pues comoquiera que nada del exterior les puede atacar y quebrantar, su misma fortuna se les cae encima.

CAPÍTULO V

EL divino Augusto, a quien los dioses concedieron más bienes que a otro alguno, no cesó de rogar para sí el descanso, pidiendo lo relevasen de las obligaciones y cuidados que le acarreaba la república. Todas sus palabras estaban encaminadas precisamente a esto, a esperar que le llegase la hora del descanso. Con este dulce consuelo, aunque engañoso, sin embargo, alegraba su trabajo: «Alguna vez me tocará vivir para mí», se decía. En cierta carta enviada al Senado, cuando en el transcurso de la misma les prometía que su retiro no perjudicaría en nada su dignidad, ni desmentiría su gloria anterior, encontré estas palabras: «Pero estos proyectos pueden realizarse con mayor brillantez de la que se promete; sin embargo, a mí, esa impaciencia por alcanzar un tiempo tan deseado me produce ya una satisfacción inmensa, hasta el extremo de poder anticiparme algo de placer con la dulzura de las palabras, aunque se retrase todavía la alegría del momento deseado.» ¡Tan grande importancia

concedía al descanso que, al no poder disfrutar de él en aquellos momentos, se adelantaba a tomarlo con el pensamiento! Aquel que veía que todas las cosas dependían de él, tenía en sus manos el destino de todos los hombres y de todas las naciones, saltaba de gozo solamente al pensar en la felicidad de aquel día en que pudiera desprenderse de su dignidad. Conocía por experiencia propia cuántos sudores costaban aquellos bienes que deslumbraban a todo el mundo, y cuántas inquietudes ocultas arrasaban consigo. Obligado a resolver sus asuntos por medio de las armas, primeramente con sus conciudadanos, después con su colegas, y por último con sus parientes, derramó la sangre en la tierra y en el mar; acosado por las armas en Macedonia, Sicilia, Egipto, Siria, Asia y casi por todas las fronteras, saltó al exterior para combatir con sus ejércitos cansados de matanzas de romanos. Mientras pacifica los Alpes y castiga a los enemigos que se habían llevado la paz, y mientras extiende los límites de sus fronteras más allá del Rin, del Éufrates y del Danubio, en la misma ciudad de Roma se estaban afilando ya la espadas de Murena, de Fannio Cepión, Lépido y los Egnacios, que conspiraban contra él. Apenas si había tenido tiempo de deshacer las asechanzas de éstos, cuando su propia hija, en unión de la mayor parte de los jóvenes de noble linaje, seducidos por el adulterio como si fuera un sacramento, hacían temblar su quebrantada vida; esto era mucho más temible para él que una nueva Cleopatra con su Antonio. Extirpaba estas llagas

cortando los mismos miembros, y volvían a nacer otras. De la misma manera que si tuviera a su cuidado un cuerpo cargado excesivamente de sangre, algo le brotaba siempre por alguna parte. Por esto suspiraba tanto por el descanso; pensando en ello y esperando su llegada, podía resistir en sus trabajos. Éste era el único deseo de aquel que habría podido complacer todas las aspiraciones de los demás. Marco Tulio Cicerón, perseguido por los Catilina, los Clodio, Pompeyo y Craso, los unos enemigos declarados suyos y los otros amigos dudosos, mientras andaba flotando con la república en medio del oleaje de las conspiraciones y aguantaba a duras penas que se le fuera a pique, habiéndola salvado en última instancia y sin haberse quedado tranquilo con su buena suerte, ni ser capaz de conformarse con la adversa, ¿cuántas veces abominó de su mismo consulado, no sin causa alabado, pero sí con exceso? ¿Qué manifestaciones hace tan lamentables en cierta carta que escribió a Ático, cuando había sido vencido ya Pompeyo padre, mientras su hijo todavía se encontraba en España, intentando rehacer los ejércitos maltrechos? «Me preguntas —decía Cicerón— qué es lo que hago aquí. Semilibre, paso la vida en mi casa de Tusculano.» Añade poco después otras cosas por las que no solamente se lamenta de la primera parte de su vida, sino que se queja también de la presente y además desespera de la futura. ¡Decir Cicerón que se sentía medio libre! Pero ¡a fe mía! que nunca el sabio se humillará con una palabra semejante, ni jamás deberá en-

contrarse en situación de semilibre: gozando de absoluta y entera libertad, y dependiendo exclusivamente de sí mismo, estará siempre a una altura superior a los demás. Porque, ¿qué es lo que puede estar sobre aquel que se encuentra situado muy por encima de la fortuna?

CAPÍTULO VI

LIVIO Druso, hombre cruel y vehemente, cuando hubo promovido las nuevas leyes y resucitado el peligro de los Gracos, rodeado de una inmensa multitud venida de toda Italia, y no habiendo previsto el final de unas cosas, que ni permitía llevarlas a cabo, ni se veía ya libre para poder abandonarlas, una vez empezadas, después de haber execrado su vida turbulenta desde los primeros momentos en que alcanzó la mayoría de edad, se cuenta que habló así: «Ni de niño siquiera me cupo en suerte disfrutar de un solo día de descanso.» En efecto, todavía bajo la custodia de su tutor y vistiendo la ropa pretexta, propia de su edad, se atrevió ya a proteger a los culpables ante sus jueces, interponiendo su influencia en los tribunales tan eficazmente, que nos consta haber conseguido escamotear a los magistrados más de un juicio con sus argucias. ¿Hasta dónde no habría de llegar una ambición tan prematura? Habrás comprendido que aquella audacia tan precoz, necesariamente había

de degenerar en un inmenso mal, y no solamente privado, sino hasta público. Tarde se quejaba, pues, «de no haber conseguido un solo día de descanso» quien desde niño había sido un rebelde, y peligroso, ante los tribunales. Se pone en duda si él mismo se dio la muerte o no. Desde luego, tan pronto como recibió la herida en la ingle falleció, habiendo alguien que pone en duda si la muerte fue voluntaria; sin embargo, todos coinciden en que fue demasiado oportuna. Es inútil citar a otros muchos que, pareciendo muy felices ante los demás, sin embargo, al descubrir y legarnos todos los actos de su vida, ellos mismos dejaron claro testimonio de su verdad. Pero con estas lamentaciones no lograron cambiar a los demás, ni siquiera se enmendaron ellos. Porque mientras se quejaban de palabra, sus sentimientos se deslizaban hacia sus costumbres habituales. Vuestra vida, a fe mía, aunque lograrse sobrepasar los mil años, se podría reducir al más corto de los espacios; estos vicios se tragarán los siglos y persistirán a través de las generaciones, pero ese espacio que la razón alarga, aunque la naturaleza siga su curso, necesariamente huirá de vosotros con toda rapidez. Porque no sois capaces de agarrarlo, ni lo podéis detener, ni os es posible poner freno en su carrera a la cosa más veloz del mundo, sino que la dejáis marchar como si fuera una cosa superflua y fácilmente recuperable. Y pongo en primer lugar a aquellos que no encuentran tiempo libre para otras cosas que no sean el vino y las mujeres; en verdad que éstos no pue-

den estar ocupados en cosa más torpe. Los demás, aunque se dejen seducir por la ilusión de una falsa gloria, sin embargo, se equivocan con una mayor gallardía. Aunque me hables de los avaros, aunque me cites a los hombres más iracundos que hayan existido, cuyo odio los empujó a desencadenar las guerras más injustas, todos éstos, sin embargo, cometen sus crímenes con una mayor virilidad. Pero el pecado de quienes se lanzan a satisfacer los caprichos del estómago y de su sensualidad es despreciable y quedan degradados enteramente por él. Escarba en la vida de todos éstos: fíjate en las horas que pierden haciendo cálculos, en intrigas, en inquietudes; cuenta los días que pasan haciendo homenajes o recibéndolos, asistiendo a convites de una manera tan asidua que parece como si éstos constituyeran ya su propio oficio; observa cuánto les ocupan sus propios compromisos y los ajenos: comprenderás entonces que los asuntos en que andan metidos, sean buenos o malos, no les dejan tiempo ni para respirar. Y, por último, todos coincidimos en que ninguna obligación puede ejercerse dignamente por un hombre demasiado ocupado; éste no puede cultivar ni la elocuencia ni las artes liberales, porque cuando el espíritu está distraído nada puede asimilar con profundidad, sino que todo lo rechaza como si se lo quisieran inculcar a la fuerza. Nada tiene en menos el hombre ocupado que el vivir; sin embargo, ninguna otra ciencia es más difícil que la que se ocupa de la vida.

CAPÍTULO VII

GENERALMENTE se encuentran muchos profesores de las demás artes. Muchas de éstas, realmente, hasta los niños las han aprendido de tal manera que muy bien las podrían incluso enseñar. Es necesario aprender a vivir durante toda la vida; y lo que quizá te pueda sorprender con mayor motivo es que durante toda la vida debemos aprender a morir. Los más grandes hombres que han existido hasta nuestros días, al abandonar y desprenderse de todo aquello que les servía de rémora, y cuando renunciaron a sus riquezas, empleos y placeres, únicamente hicieron esto hasta el fin de su vida para aprender a vivir; sin embargo, la mayor parte de éstos se marcharon de este mundo confesando no haberlo conseguido todavía, como para que lo sepan aquellos que ni siquiera lo intentaron.

Es propio de un hombre extraordinario, hazme caso a mí, y que se encuentra situado por encima de los errores humanos, el no dejar que se les escape la más mínima parte de su tiempo sin aprovecharse

de ella; y, por ello, la vida más larga es la de aquel que se desprendió de todo cuanto la misma le ofrecía para dedicarse por entero a ella. Nada dejó, por consiguiente, sin cultivar y que no diera fruto; nada quedó pendiente de la voluntad de los demás; minucioso cuidador de su tiempo, nada absolutamente encontró que mereciera la pena de cambiarlo por él. De esta manera, la vida le fue suficiente; a esos, en cambio, de cuya vida se lleva el pueblo la mayor parte, es natural que luego les falte a ellos. Y no hay razón para que pienses que éstos no comprenden que su propia perdición arranca de ahí; a la mayor parte de esos que se sienten abrumados por su deslumbrante felicidad los oirás exclamar mientras se encuentran rodeados de un inmenso rebaño de clientes, o cuando se hallan enfrascados en los negocios propios de su despacho u ocupados en otras miserias honradas: «¡No se me permite vivir!» ¿Por qué no se te permite? Porque todos aquellos que te reclaman para sí te apartan de ti mismo. ¿Cuántos días te quitó aquel acusado? ¿Cuántos aquel candidato? ¿Cuántos aquella vieja, cansada de enterrar a sus herederos? ¿Cuántos aquel que se hacía pasar por enfermo para excitar la codicia de quienes creían tener en sus manos sus bienes? ¿Cuántos aquel amigo poderoso, que busca tu compañía no por amistad sincera, sino por la vanidad de presumir contigo? Repasa las cuentas, te vuelvo a repetir, y examina los días de tu vida; verás no solamente que son pocos, sino que resulta hasta ridículo el número de los que quedan para ti. Los unos, después de

haber conseguido las dignidades que habían deseado con ardor, se cansan y quieren desprenderse de ellas. Inmediatamente dicen: «¿Cuándo pasará este año?» Los otros están celebrando las fiestas, cuya llegada esperaban con tanta ilusión, a medida que se le iban acercando, y cuando se encuentran en pleno jolgorio, dicen: «¿Cuándo me podré librar de todo este bullicio?» Aquel abogado está viendo que se lo rifan en todos los tribunales y que cuando él interviene se llenan todas las salas más allá de donde puede llegar su voz; y, sin embargo, dice: «¿Cuándo se aplazarán o se suspenderán los juicios?» Cada cual precipita su vida y trabaja con la ansiedad del mañana, cansándose con las cosas del presente. Pero aquel que aprovecha el tiempo en su beneficio, aquel que regula cada uno de sus días como si toda su vida hubiera de desarrollarse en cualquiera de ellos, ése ni ansía el mañana ni lo teme. Pues ¿qué hay que pueda proporcionarle ya una sola hora de placer que no conozca? Todos le son conocidos, todos han sido experimentados hasta la saciedad; en lo demás, que disponga de su suerte la fortuna como quisiere; la vida discurre ya sobre seguro. A ésta se le podrá añadir algo, pero quitarle, nada; y se le podrá añadir algo de la misma manera que alguien puede tomar algo de comida, cuando tiene ya el estómago satisfecho, pero no lleno del todo y que ni siquiera se molesta en desearlo.

CAPÍTULO VIII

NO hay motivo para pensar que cualquiera «haya vivido» largo tiempo porque le salieran las canas o porque lo veamos con la cara arrugada; éste no vivió largo tiempo, sino que estuvo largo tiempo en la Tierra. Y ¿qué?, ¿piensas que navegó mucho aquel a quien una terrible tempestad arrancó del puerto, llevándolo de un lado para otro, y que, empujado por la fuerza de vientos encontrados y furiosos, avanzó hasta la tierra, moviéndose siempre por los mismos espacios, porque éste no es que navegase mucho, sino que fue zarandeado mucho. Suelo sorprenderme cuando veo a ciertos hombres que piden tiempo, y a la vez observo a esos mismos a quienes se lo piden, que se muestran excesivamente condescendientes. Los uno y los otros se fijan en aquello por lo cual se ha perdido el tiempo; ni el uno ni el otro tienen en cuenta para nada ese mismo tiempo. Como si no se pidiera nada y como si nada se concediera; sin embargo, se sigue jugando con una cosa que es la más valiosa de to-

das. Desde luego sufren error en esto, porque es algo incorpóreo y que no cae bajo sus ojos: de aquí que se le valore de una manera tan despreciable; peor aún, que no se le conceda valor alguno. Hombres muy importantes reciben pensiones anuales y cambian por ellas su trabajo, sus servicios y su atención; nadie valora el tiempo. Usan de él con amplitud ilimitada como si no valiera nada. Pero observa a esos mismos cuando están enfermos cómo se abrazan a las rodillas de los médicos si han sentido más cercano el peligro de la muerte; si temen ser condenados a muerte, los verás dispuestos a gastar toda su fortuna para seguir viviendo. ¡Tan grande es la inconsecuencia de sus sentimientos! Y, además, si se pudiera hacer un cómputo de los años que nos faltan por vivir de la misma manera que lo podemos presentar de aquellos que cada cual hemos vivido, ¿cómo temblarían aquellos que se dieran cuenta de los pocos que les quedaban, y con qué avaricia los aprovecharían? Así pues, resulta sencillo administrar ese tiempo que tenemos por cierto aunque sea muy corto; éste debe conservarse con sumo cuidado, porque no sabes cuándo se ha de acabar, y tampoco hay razón para que pienses que éstos desconocen el valor tan extraordinario que tiene esa cosa que llamamos tiempo. Porque les suelen decir a quienes aman con todo cariño que se encuentran dispuestos a entregarles parte de sus años. Ni entienden siquiera lo que dan, porque lo dan de una manera que se lo quitan a sí mismos, sin que puedan prolongar la

vida de los otros; pero ni siquiera comprenden que se lo están quitando; por ello les resulta tolerable la pérdida de algo, cuyo daño se les oculta. Nadie restituirá los años, y cuando mueras, nadie será capaz de hacerte vivir de nuevo. La vida seguirá adelante desde que comenzó a ser vida, y no retrocederá en su camino, ni se detendrá: ni un ruido siquiera, nada te advertirá de su velocidad; se deslizará suavemente, callada. No se prolongará más porque se lo mande un rey, ni por el favor del pueblo. Como se le ordenó desde un principio, así lo recorrerá; nunca se desviará y jamás sufrirá un retraso. ¿Qué se le va a hacer? Mientras tú andas distraído, la vida se apresura; entretanto, llega la muerte, y ante ella, quieras o no quieras, será necesario que te desprendas de todo para recibirla.

CAPÍTULO IX

¿**A** CASO alguien puede conseguir sus fines, y me refiero a esos hombres que presumiendo de prudencia cada día se encuentran más ocupados buscando con afán la manera de poder vivir mejor? A costa de su propia vida, intentan prepararse para vivirla, haciendo planes para un futuro lejano; ahora bien, precisamente en la dilación estriba la mayor pérdida de la vida. Ella comienza robando a cualquiera su primer día; ella, mientras promete muchas cosas para después, nos quita las presentes. El máximo impedimento para vivir son las esperanzas que dependen del mañana. Pierdes lo de hoy, dispones de aquello que todavía se encuentra en manos de la fortuna y desprecias lo que está en las tuyas. ¿Hacia dónde miras? ¿Hasta dónde quieres llegar? Todas las cosas que están por venir se encuentran sepultadas en la incertidumbre, comienza a vivir desde este mismo momento. Oye la voz del más grande de los poetas cuando canta su verso saludable como inspirado por la boca de dios:

«*Optima quaeque dies miseris mortalibus aevi
Prima fugit*»¹.

¿Por qué lo dudas? —dice—, ¿por qué te retrasas? Si no aprovechas la ocasión en ese día, se te va; aun cuando te aproveches, huirá igualmente. Por consiguiente, contra la celeridad del tiempo, necesariamente se habrá de luchar con la velocidad en su aprovechamiento; habremos de utilizarlo con rapidez, como si se tratara del agua que arrastra un torrente en su vertiginosa carrera, y que desaparece tan pronto cesa el aluvión. Esto también viene muy bien para reprochar vuestros infinitos pensamientos, porque no dice que sea la mejor cualquier edad, sino que se refiere a un día cualquiera. ¿A qué viene esa seguridad tuya, y tan despreocupado por esa fuga tan vertiginosa de los tiempos te entretienes en prolongar tu vida prometiéndote una larga serie de meses y años, hasta donde le parece bien a tu codicia? Advierte que el poeta habla contigo de un día, y precisamente de ese mismo día que se te escapa. No hay lugar a dudas, por consiguiente, de que el día más precioso de su vida es aquel que primero se les escapa a los mortales desgraciados, esto es, a los ocupados, cuyo espíritu pueril se siente oprimido por la vejez. A la cual llegan sin preparación y sin defensa. En efecto, ellos nada tenían previsto; cayeron en ella de repente y sin pensarlo;

¹ «El día más hermoso en la vida de los desgraciados mortales es el que primero se les va.»

no se daban cuenta de que diariamente se iban acercando a la ancianidad. De la misma manera que una conversación, una lectura o alguna distracción interior engaña a los viajeros a lo largo del camino, y conocen que llegaron ya al final antes de que se dieran cuenta que ya se estaban acercando, así sucede en este camino tan concurrido y agitado de la vida, que lo recorreremos al mismo paso tanto si lo hacemos durmiendo como si lo hacemos vigilantes, y, en cualquier caso que lo hagamos, nos encontramos tan ocupados que no nos damos cuenta del final hasta que no hemos llegado.

CAPÍTULO X

SI quisiera dividir en partes todo lo que he expuesto y ampliarlo con argumentos, serían muchos los que podría emplear para demostrar que la vida de los ocupados es la más corta. Solía decir Fabiano, que no era un filósofo de aquellos que podríamos llamar de cátedra, sino de los verdaderos y antiguos: «Contra las pasiones es necesario luchar con virilidad, y no con sutilezas, de la misma manera que no podremos romper la resistencia de una fortaleza enemiga con pequeños golpes, sino con una carga impetuosa; las intrigas y cabildeos deben rechazarse rotundamente y sin entrar en discusión.» Sin embargo, tratándose de reprochar a los hombres sus errores no es suficiente con deplorarlos, sino que necesariamente han de ser puestos en claro. La vida se divide en tres tiempos: lo que es en el momento presente, lo que fue en el pasado y lo que será en el futuro. De estas tres situaciones de nuestra vida la más corta es la que vivimos en el presente; es dudosa la que nos falta

por vivir, y la única cierta es aquella que ya hemos vivido. Sobre esta última, la fortuna ha perdido ya todos sus derechos, porque es lo único que no puede someterse a los caprichos de nadie. No pierden los que se encuentran ocupados en sus negocios: ni les queda tiempo para volver su mirada hacia el pasado, y si les quedase, les resultaría enojoso el recuerdo de una cosa de la que deberían arrepentirse. Desde luego, cuando vuelven a pensar en el tiempo mal empleado, lo hacen de mala gana y a la fuerza, y ni siquiera se atreven a tocar de nuevo aquellos momentos que, volviéndolos a recordar, ponen al descubierto algunos de sus vicios, incluso aquellos cuya memoria produciría en la actualidad algún deleite con su nostalgia del pasado. A nadie le gusta remover voluntariamente su pasado, a no ser que se trate de una persona cuyos actos hayan sido revisados por su conciencia, que nunca se engaña. Aquel que deseó muchas cosas con ambición desmesurada, el que despreció con soberbia a los demás, el que abusó de la victoria con despotismo, quien se valió de malas artes para engañar a sus semejantes, quien se apoderó de las cosas con avaricia y aquel que las tiró con insensata prodigalidad, necesariamente han de temer a su memoria. Así pues, resulta que esta parte de nuestra vida es sagrada e irrevocable: ha sobrepasado ya todos los límites de las posibilidades humanas y se encuentra situada fuera del dominio de la fortuna; ni la pobreza, ni el miedo, ni los achaques de las enfermedades la pueden afligir. Ésta ni puede ser perturba-

da ni quitada; sin miedo a perderla, su posesión será constante. Todos y cada uno de los demás días de nuestra vida se van sucediendo los unos a los otros, y esos días solamente están presente a nuestra vista por muy breves instantes; pero aquellos que ya pasaron se harán presente tan pronto como se lo ordenares, y se someterán a tu inspección y se detendrán a tu capricho, cosa que no tienen tiempo de hacer los que se encuentran constantemente ocupados. Solamente les es permitido recordar y meditar sobre todas las vicisitudes de su vida a los que tienen el espíritu seguro y tranquilo; los ánimos de los ocupados se encuentran como sometidos al yugo, y no pueden volverse para mirar atrás. En efecto, la vida de éstos se hundió en lo más profundo y para nada le sirven, por más que quieras echarle cosas, si se las guarda y no vuelve a recordar lo que recibió de fuera; de la misma manera, nada importa el tiempo que se le dé si no encuentra dónde posarse. Se escapa a través de las almas vacilantes y agujereadas. El tiempo presente es muy breve, tan breve que a muchos hombres les parece nulo; vuela siempre en voraz carrera, brota para desaparecer inmediatamente en el abismo de la nada; antes de llegar, ha desaparecido ya y no soporta mayor retraso que el de los astros o el mundo, cuyo incesante y sempiterno movimiento jamás les permite la permanencia en un mismo lugar. Por consiguiente, solamente a los que están constantemente ocupados les pertenece el tiempo presente, y éste re-

sulta tan breve que ni siquiera se le puede echar mano, y, distraídos en tan diversas ocupaciones, ese mismo tiempo se les escapa por entre los dedos.

CAPÍTULO XI

Y finalmente, ¿quieres conocer el poco tiempo que viven? Observa cómo ansían prolongar indefinidamente su existencia. Los viejos decrepitos andan mendigando con súplicas que se les conceda la limosna de unos pocos años más. Ellos mismos se hacen a la idea de que tienen menos edad, se halagan con esta mentira y se engañan tan a gusto como si al mismo tiempo estuvieran engañando al destino. Ahora bien, tan pronto como se sienten advertidos de su condición mortal por la más ligera de las enfermedades, ¿por qué tiemblan ante la muerte, pensando que van a morir no como si se marcharan de la vida, sino como si fueran arrancados de ella? Claman a gritos haber sido unos necios porque no vivieron como debían haber vivido, y si después logran escapar de aquella enfermedad se prometen vivir en el descanso. Entonces es cuando se dan cuenta de la inutilidad de aquellas cosas que buscaron con tanto afán para luego no poder disfrutar de ellas, y cuán en vano cayó todo

su trabajo. Pero ¿por qué no resulta larga su vida a quienes la pasan lejos de todo negocio? Absolutamente nada de ella se pone a disposición de nadie, nada se pierde malgastándola por un lado ni por otro; y, por consiguiente, nada se deja en manos de la fortuna, en nada se interfiere el descuido, nada se le quita a su prolongación y nada hay en ella de superfluo; por decirlo de alguna manera, toda ella se encuentra produciendo un interés. Por consiguiente, sea lo corta que sea, siempre resulta más que suficiente; por ello, cuando quiera que le llegue su último día, un hombre sabio jamás vacilará en presentarse ante la muerte con paso oscuro. ¿Quieres saber acaso a quiénes considero que se hallan ocupados? No hay razón para que pienses que yo considero ocupados solamente a quienes es necesario echarles los perros para que se marchen de los tribunales; ni aquellos a quienes resulta más agradable ser pisoteados en medio de la muchedumbre que les sigue alborozada que ser excluidos por el desprecio de turbas extrañas; ni tampoco aquellos a quienes sus deberes los sacan de sus casas para estrellarse contra las puertas de sus vecinos; ni a los que se sirven del bastón de mando del pretor para justificar sus ganancias ilícitas y que huelen en muchas ocasiones. Muchos tienen ocupada su ociosidad, bien en su villa, bien en su lecho, y en medio de su soledad; aunque se hayan separado de todos, se sienten molestos consigo mismos. De éstos no se puede decir que lleven una vida ociosa, sino que tienen una ocupación perezosa.

CAPÍTULO XII

¿LAMARÍAS tú ocioso a ese que con cuidadosa precisión se ocupa en coleccionar vasos de Corinto, que se han hecho famosos por la locura de unos pocos, y que pasa la mayor parte de sus días quitándoles el orín a esas mohosas medallas? ¿A ese que se sienta en el gimnasio (¡porque, oh depravación, ni siquiera nos conformamos ya con sufrir los vicios romanos!) para presenciar las luchas de los jóvenes atletas? ¿A ese que separa los rebaños de sus esclavos capturados en el combate y los clasifica según las edades y color? ¿A ese que les pone la comida a los atletas más conocidos? ¿Qué te parece? ¿Llamas ociosos a esos a los que se pasan las horas sentados ante el peluquero, mientras se les corta el pelo, si es que les ha crecido algo desde la noche anterior; mientras hacen su consulta sobre todos y cada uno de sus cabellos; mientras se vuelve a su sitio aquella parte que se les fue, o bien faltándoles el pelo en la parte superior, lo obligan a subir de un lado y de otro hasta que les cubre la cal-

vicie? ¿Te das cuenta cómo se enfurecen si el el peluquero estuvo un poco negligente? ¿Como si lo hubiera arrancado el cabello por todas partes! ¿Observas cómo se enardecen si algo de su cabellera ha quedado separado por un corte mal hecho, si le han dejado alguno fuera de lugar, o si todos ellos no entraron bien ordenados dentro de sus rizos? ¿Quién hay entre éstos que no prefiera ver a su patria alborotada, antes que consentir el desorden en sus cabellos? ¿Cuál de ellos no se siente más cuidadoso del adorno de su cabeza que de su salud? ¿Quién no prefiere parecer el más elegante, antes que ser el más honrado? ¿Te atreverías tú a llamar ocioso a estos que se pasan la vida ocupados entre el peine y el espejo? ¿Qué me dices de aquellos que han trabajado constantemente en componer sus canciones, oírlas y cantarlas: que alteran su voz, cambiándola de dirección como consecuencia de unas modulaciones estúpidas, siendo así que la naturaleza le señaló un camino recto, que resulta el mejor y más sencillo de todos? ¿Qué me dices de aquellos cuyos dedos suenan sin cesar, midiendo algún verso que están recitando en su interior? ¿Y qué te parece el comportamiento de aquellos que cuando son llamados para asuntos serios y muchas veces incluso tristes, se ponen a cantar en voz baja, musitando alguna melodía? Éstos no permanecen ociosos, sino que se encuentran ocupados inútilmente. A fe mía que no habría puesto yo los convites de éstos entre los tiempos libres, al verlos tan ocupados en ordenar las vajillas de plata, al observar cuán di-

ligentemente cuidan de arreglar las túnicas de sus criados, remangándolas con gracia, y, pendientes de todo detalle, vigilan hasta la manera de sacar el jabalí desde la cocina; se cuidan de que los pajes acudan a cumplir con su ministerio con la mayor ligereza, tan pronto como se les haga una señal; se preocupan de que las aves se partan con elegancia en pequeños trozos; procuran que los desgraciados y jóvenes esclavos limpien con cuidado las devoluciones de los embriagados. Por todos estos pequeños detalles se logra adquirir fama de elegancia y delicadeza, y hasta tal extremo los persiguen sus males en todas las circunstancias de la vida, que ni pueden beber ni comer sin ambición. Y tampoco podrás contar en el número de los ociosos a quienes se hacen llevar en literas o sillas de mano de un lado para otro, y se presentan así precisamente a las horas de sus gestiones, como si no les fuera permitido dejarlas para otro momento. Éstos necesitan que alguien les avise cuándo deben lavarse, cuándo han de bañarse y cuándo deben comer; y hasta tal extremo se desentienden de todo, dejándose llevar por la excesiva molicie y languidez de su espíritu, que no pueden saber por sí mismos si sienten apetito. He oído contar que uno de estos voluptuosos (si es que se puede llamar voluptuosidad a olvidarse de vivir con arreglo a las costumbres humanas) había dicho en forma de pregunta, cuando era sacado del baño en brazos de sus esclavos y lo ponían en una silla: «¿Estoy sentado ya?» ¿Tú crees que ignorando éste si está sentado

puede saber si vive, o si ve, o si está ocioso? No me atrevería a decir fácilmente si sería más digno de compasión por ignorar si realmente estaba sentado o por haber fingido que lo ignoraba. Verdaderamente sufren olvido de muchas cosas, pero de la mayoría hacen como que se olvidan. Ciertos vicios los aceptan y hasta gozan con ellos, como si fueran la prueba de su felicidad. Parece ser que si uno sabe lo que se hace, entonces ya es un hombre demasiado humilde y despreciable. Anda, corre, atrévete tú ahora a decirme que los comediantes también mienten muchas veces para poner en ridículo los excesos de nuestra lujuria. A fe mía que son muchas más las cosas de las que se olvidan que las que figuran, y es tanta la abundancia de vicios increíbles a la que se llegó en este siglo, únicamente en eso ingenioso, que ya nos podemos permitir el lujo de criticar la negligencia de nuestros comediantes. ¡Que pueda existir alguien que se haya perdido entre los deleites hasta el extremo de pedir parecer a otros sobre si está sentado!

CAPÍTULO XIII

DESDE luego que no se le puede llamar ocioso a ese individuo; es necesario que le pongas otro nombre: está enfermo. ¿Qué digo enfermo? Está muerto ya. Se puede llamar ocioso a quien tiene el sentido de su ociosidad; pero aquel a quien le hace falta la voz de un espía para comprender la situación de su cuerpo, a lo sumo se le podrá considerar semivivo. ¿Cómo podrá éste ser dueño de alguna parte del tiempo? Sería demasiado largo de hablar de todos y cada uno de aquellos que pasaron su vida jugando al ajedrez, dándole a la pelota o tostando su cuerpo al sol. No están ociosos aquellos cuyos placeres les reportan bastante entretenimiento. Pues nadie dudó jamás del trabajo que desarrollan aquellos que se entretienen en el conocimiento literario de cosas inútiles; esta clase de estudios se ha introducido ya entre los romanos a manos llenas. Los griegos tuvieron esa enfermedad de investigar el número de remeros que habría podido tener Ulises; si primero se escribió la *Ilíada* o

la *Odisea*; además, si las dos obras fueron escritas por el mismo autor. Y así sucesivamente otros conocimientos de la misma categoría que, si los adquieres, en nada satisfacen tu conciencia interior; y si los divulgas, no por ello se te considerará más sabio, sino que se te acarrearán mayores molestias. Y ¡ahí tienes a los romanos, que también se han dejado seducir por esa manía idiota de aprender cosas inútiles y sin contenido! Días pasados he oído referir a uno de nuestros sabios las cosas que cada uno de los generales romanos había hecho el primero. El primero que venció en una batalla naval fue Duilio, y el primero que llevó elefantes en el desfile de su triunfo, Curio Dentato. Y todavía estos casos, aunque no conducen a la gloria verdadera, sin embargo nos muestran ejemplos de los hechos de nuestros conciudadanos. Y si no nos sirve de provecho una ciencia de esta categoría, por lo menos entretiene nuestra vanidad con el brillante aspecto de las cosas. Vamos a quitarles a los investigadores la preocupación de buscar quién fuera el primero que persuadió a los romanos para que montasen en una nave. Ése fue Claudio, llamado Caudex por esto mismo, porque a la trabazón de muchas tablas entre sí se la llamaba entre los antiguos Caudex². De ahí que se llamen códices las tablillas públicas; y todavía en nuestros días, a las naves que nos traen las provisiones por el Tíber se les

² Zoquete, pequeñas tablillas que, unidas entre sí, formaban el conjunto de un libro.

llama caudicarias, como recuerdo a la antigua costumbre. Verdaderamente, y ésta es la mejor ocasión de recordarlo, porque viene al caso, que Valerio Corvino fue el primero que se apoderó de la ciudad de Mesana, y el primer descendiente de la familia de los Valerio fue conocido con el nombre de Mesana, habiéndolo él recibido en memoria de la ciudad capturada, y poco a poco el vulgo ha desvirtuado las letras, cambiándolas, y ahora se le llama Mesala. ¿Me permites ahora que diga, y esto lo puede averiguar cualquiera, que fue L. Sila el primero que dio libertad a los leones en el circo, dejándolos sueltos, siendo así que hasta entonces habían sido presentados atados, y que fue necesario que el rey Boco le mandase unos arqueros para que los mataran? Pues ya está dicho, y que nadie se cuido de investigar esto. Y por último, ¿nos reporta alguna cosa buena el saber que fue Pompeyo el primero en presentar en el circo la lucha de dieciocho elefantes, en forma de combate, contra otros tantos criminales? El príncipe de la ciudad, el mejor entre todos los príncipes antiguos, según dice su fama, y de una bondad extremada, creyó hacerse famoso ideando esta clase de espectáculo de perder a los hombres con un nuevo suplicio. ¿Combaten entre sí? Eso es poco. ¿Se acribillan a lanzadas? Es poco todavía; que sean exterminados por la ingente mole de éstos. Habría sido mejor dejar estas cosas en el olvido, no sea que después algún poderoso las aprenda y quiera imitar una cosa tan inhumana.

CAPÍTULO XIV

¡CUÁNTA oscuridad proporciona a las mentes humanas una prosperidad tan desmesurada! Pompeyo se creyó superior a la misma naturaleza en el mismo momento que arrojaba catervas de hombres tan desgraciados a unas bestias nacidas bajo diferente cielo; cuando enfrentaba en la lucha a unos animales tan desiguales; cuando hacía derramar oleadas de sangre en presencia del pueblo romano, al que no tardando mucho obligaría a derramar bastante más. Y él mismo, engañado después por la perfidia alejandrina, presentó su cuerpo al último de sus esclavos para que lo atravesara con su espada, por no tener valor suficiente para quitarse la vida, y entonces fue cuando se descubrió por fin la vanidosa mentira de su sobrenombre. Pero volviendo al punto del que me aparté, pondré al descubierto la engañosa diligencia de algunos, en otro orden de cosas; contaba aquel mismo sabio que Metelo, triunfante en Sicilia, después de haber sido vencidos los cartagineses, fue el úni-

co de todos los romanos que llevó delante de su carroza los ciento veinte elefantes que había capturado; que Sila fue el último de los romanos que había alargado el recinto de las muralla en que no se permitía edificar, ni cultivar, porque era costumbre entre los antiguos no permitir jamás la prolongación del terreno conquistado en provincias, sino el adquirido en la propia Italia. Conviene mucho más conocer este detalle que saber si el monte Aventino se encontraba fuera del recinto de las murallas, y según él afirmaba, por una de estas dos razones: o porque el pueblo se retiró de él en tiempos remotos, o porque habiendo acudido Remo a consultar los auspicios en aquel lugar, las aves no le fueron favorables. Y para terminar, continúa diciendo otras innumerables cosas, que, o bien se las inventa, o bien se parecen mucho a la mentira. Pues aun admitiendo que ellos digan todas estas cosas de buena fe, y que escriban haciéndose responsables, sin embargo, ¿de quién podrán ellos disminuir los errores? ¿De quién frenarán las pasiones? ¿A quién harán más fuerte, a quién más justo y a quién más liberal? Entretanto, nuestro amigo Fabiano solía decir que él dudaba si sería lo mejor apartarse de todos los estudios o dedicarse a ellos. Entre todos, solamente gozan de reposo los que consagran su vida al estudio de la sabiduría; los que viven retirados. Porque no solamente benefician con ello la época en que viven, sino que acercan a ellas todas las generaciones. Todo lo que se ha hecho en los años anteriores a éstos se lo han apropiado y va acrecen-

tándose con ellos. A no ser que queramos cometer la mayor de las ingratitudes, es necesario confesar que estos hombres tan ilustres, creadores de las opiniones más sublimes, han nacido para nuestro bien y prepararon los caminos de nuestra vida. Gracias al trabajo ajeno hemos podido llegar al conocimiento de esas cosas tan hermosas, que ellos arrancaron a las tinieblas, sacándolas a la luz del día. Ningún siglo se nos ha prohibido; en todos tenemos la entrada libre; y si con grandeza de espíritu nos place salir de los estrechos límites en que nos encierra la humana imbecilidad, disponemos de grandes espacios de tiempo por los que poder distanciarnos. Nos es permitido discutir con Sócrates, dudar con Carnéades, descansar con Epicuro, con los estoicos, vencer la naturaleza del hombre; con los cínicos, rebasarla; caminar a la par con la naturaleza de las cosas, asomarnos al concierto de todas las épocas. ¿Por qué, pues, en el transcurso de esta vida tan corta y caduca, no nos hemos de entregar con todas nuestras fuerzas al estudio de esas cosas tan inmensas que nos rodean y que son comunes entre los mejores hombres? Esos que se pasan la vida cambiando de oficio continuamente, que se fastidian a sí mismos y fastidian a los demás, una vez hayan llegado a enloquecer de verdad, y después de haber recorrido diariamente las puertas de todos y cada uno de sus conciudadanos, sin olvidarse de ninguna que encuentre abierta, después de andar dando vueltas, acechando la ocasión de repartir sus saludos entre las familias más di-

versas, con la esperanza de recompensa: ¿podrán encontrar uno siquiera, que se entregue a ello, entre los que viven en una ciudad tan inmensa como la de Roma, y que se siente han atraída por sus diferentes concupiscencias? ¿Cuántos habrá cuyo sueño les obligue a alejarlos de su lado, o la lujuria, o su misma descortesía? ¿Cuántos serán los que huyan, simulando una prisa que no tienen, y después de haberlos hecho desesperar largo tiempo? ¿No serán muchos los que evitarán pasar por el atrio, repleto de clientes, y huirán por los oscuros pasillos a sus casas? ¡Como si no fuera más inhumano engañar que negarse a recibirlos! ¿Cuántos no encontrará medio endormiscados y con la cabeza embotada a causa de la borrachera de la víspera que, habiendo sido interrumpidos en su sueño por aquellos desgraciados para recibir a un extraño, repetirán una y mil veces con los labios casi balbucientes el mismo nombre, pronunciándolo a medias con una indiferencia insultante? Aunque admitamos que estén muy entretenidos en sus verdaderos deberes aquellos que desean ardientemente tener relaciones íntimas y familiares con los Zenón, Pitágoras, Demócrito y demás pontífices de las buenas artes, y que diariamente consultan a Teofrasto y Aristóteles, ninguno de éstos dejará de encontrar tiempo para recibir, ninguno permitirá que nadie de los que han venido a visitarlo se marche sin hacerlo más feliz y más afectuoso en el que los ha recibido; nadie consentirá que alguno pueda separarse de él con las manos vacías. De noche y

por el día pueden reunirse con todos los mortales. Ninguno de ellos te obligará, pero todos te enseñarán a morir; ninguno de ellos analizará tus años, pero todos contribuirán con los suyos a tu felicidad. Ninguna conversación suya será peligrosa; no será culpable su amistad, ni costosa su reconven-
ción.

CAPÍTULO XV

TOMARÁS de ellos lo que quieras; no quedará por ellos el que te lleves todo lo que más puedas tomar. ¿No es verdad que les espera una gran felicidad y que les aguarda una hermosa vejez a quienes se confiaron a la tutela de esos grandes hombres? Habrán encontrado con quienes puedan deliberar sobre los asuntos más importantes y sobre las cosas más pequeñas, tendrán a quien consultar diariamente sobre sí mismos y del que podrán oír la verdad sin ofenderse; serán alabados sin adulación y habrán encontrado a quien parecerse, formándose a su semejanza. Acostumbramos a decir que no estuvo en nuestras manos el poder elegir a nuestros padres; nos fueron asignados a suerte. A nosotros, sin embargo, se nos permite nacer a nuestro capricho. Hay numerosas familias de abuelo intelectual extraordinario; elige para ti aquella en que quieres ser admitido; no serás adoptado solamente para que puedas utilizar el nombre, sino los mismos bienes; bienes que no serán guardados

ni con malicia, ni en lugares incalificables buscados al efecto; se harán mayores cuanto en más partes se dividan aquéllos. Éstos te enseñarán el camino hacia la eternidad y te elevarán a un lugar del cual nadie te podrá desalojar; éste es el único medio de prolongar la vida mortal y, mejor diría, de convertirla en inmortal. Los honores, los monumentos, todo lo que la ambición se propuso con decisión, o levantó con su trabajo, rápidamente se hunde. No hay nada que no sea destruido por una vejez prolongada y hace desaparecer lo que antes consagró. Pero no puede perjudicar a la sabiduría. En ningún tiempo será destruida, ni sufrirá disminución. Las generaciones futuras, una detrás de la otra, le irán añadiendo algo para su veneración. Como realmente la envidia se desarrolla cerca de nosotros, nos extrañamos con mayor sinceridad de verla colocada lejos. La vida del sabio, por consiguiente, abarca todas las latitudes; no se siente encerrado dentro de los mismos límites que los demás mortales. Solamente él se ve libre de las leyes del género humano. Todos los siglos se le rinden lo mismo que si fuera dios. ¿Que ha pasado ya algún tiempo? Se hace con él de nuevo por medio del recuerdo. ¿Está presente? Lo aprovecha. ¿Está por llegar? Lo previene. La recapitulación de todos los tiempos en uno le hace la vida más larga. La vida más breve y agitada es la de aquellos que se olvidan de los tiempos pasados, desprecian los presentes y tiemblan ante el futuro; cuando han llegado al final de su vida, tarde ya comprenden los des-

graciados que habían estado tanto tiempo ocupados para encontrarse después con que no hicieron nada.

CAPÍTULO XVI

NO hay razón para que pienses que con este argumento puede probarse «que ellos tuvieron una vida larga porque de vez en cuando llaman a la muerte.» La irreflexión los persigue en sus desordenadas pasiones y los obliga a caer precisamente en aquello mismo que temen; por eso a veces desean la muerte, porque le tienen miedo. Tampoco constituye una prueba que debas tener en consideración la de aquellos que dicen vivir largo tiempo «porque con frecuencia se les hacen largos los días o porque se quejan de la lentitud con que transcurren las horas, mientras están esperando que llegue el momento señalado para comer». Pues si alguna vez los dejan libres sus ocupaciones, abandonados en la ociosidad se desazonan y no encuentran la forma de salir de ella ni de aprovecharla. Por consiguiente, intentan buscar una ocupación cualquiera, y todo tiempo que va pasando entretanto se les hace pesado; tan pesado, a fe mía, como cuando ha sido anunciado ya el día de un importante comba-

te entre gladiadores famosos, o ha sido señalada ya la fecha de cualquier otro espectáculo o diversión, que se espera con ansiedad a que pasen los días que nos separan del momento convenido y que parece que nunca terminan de pasar. Toda demora de la cosa que se espera resulta larga. Por el contrario, aquel tiempo que aman se les hace corto y precipitado, y se les hace mucho más breve por su culpa, pues van huyendo de unas cosas a otras y no pueden permanecer tranquilos en uno solo de sus deseos. No es que les sean largos los días, sino insoportables. Pero ¡qué cortas se les hacen las noches que se extinguen entre los brazos de sus queridas o en la embriaguez! De ahí la locura de los poetas, que alientan los errores humanos con sus fábulas, en las que se nos hace ver a Júpiter, cuando, embriagado por las delicias de una noche de adulterio, duplica su duración. ¿Qué otra cosa se consigue cuando se describe a los dioses como autores de los vicios, sino fomentar los nuestros y dar a la pasión una libertad que se excusa en el ejemplo de la divinidad? ¿Pueden dejar de parecerles cortísimas esas noches que tan caras se compran? Pierden el día con la ansiedad de la noche, y la noche con el miedo a la luz. Sus mismos placeres son agitados y se sienten inquietos por diferentes terrores, y cuando más gozosos se encuentran se presenta un angustioso pensamiento: «¿Cuánto tiempo durará este placer?» Por este sentimiento llegaron los reyes a lamentar su poderío, y no les satisfizo la grandeza de su fortuna, sino que se estre-

mecieron ante la idea del fin, que necesariamente había de venir. Viendo desplegado su ejército por las grandes llanuras de los campos, y sin querer conocer su número, sino la extensión del terreno que ocupaba, el monarca más orgulloso de los persas no pudo contener sus lágrimas al considerar que, pasados cien años, absolutamente ninguno de aquella inmensa juventud había de sobrevivir. Y, sin embargo, aquel mismo Jerjes, que lloraba, los había de llevar a su fatal destino para hacerlos morir a los unos en tierra, a los otros en el mar, a los más en el combate y a muchos en la huida; y todos aquellos por quienes temía que pasaran los cien años ¡habían de consumirse dentro de un plazo muy corto!

CAPÍTULO XVII

¿POR qué te parece que sus deleites están llenos de celos? Pues porque no descansan sobre fundamentos sólidos, sino que se sienten perturbados por la misma vanidad de la que nacen. ¿Qué momentos de la vida piensas tú que son desgraciados, incluso por propia confesión de los mismos, teniendo en cuenta también que aquellos de los que se enorgullecen y con los que presumen de elevarse sobre el resto de los hombres son poco sinceros? Los bienes que se consideran mayores no se libran de la angustia, ni en ninguna fortuna se tiene menor confianza que en la mejor. Es necesario tener otra felicidad para que pueda proteger la felicidad, y por los mismos votos que se elevaron es necesario seguir haciendo otros, pues todo aquello que se produce por casualidad es inestable; cuanto más alto subió, mayor oportunidad tiene para caer. Realmente, a nadie deleitan las cosas que están expuestas a lá ruina. Por consiguiente, la vida de aquellos que preparan con gran esfuerzo lo que

han de poseer con un trabajo mayor, necesariamente ha de ser muy desgraciada y no solamente muy corta; consiguen las cosas que quieren con muchos sudores, para luego conservarlas en medio de grandes angustias. Entretanto, ningún cuidado se tiene de un tiempo que nunca más ha de volver. Nuevas ocupaciones sustituyen a las antiguas, una esperanza llama a otra esperanza, y una ambición desaloja otra ambición; no se busca el fin de las desgracias, sino que se cambia de materia. ¿Nuestros honores nos hacen sufrir? Los ajenos nos quitan más tiempo todavía. ¿Hemos dejado de trabajar como candidatos? Comenzamos a gestionar la de otros. ¿Abandonamos la penosa función de acusar? Emprendemos la de juzgar. ¿Dejó de ser juez? Ya es fiscal. ¿Envejeció siendo asalariado procurador de bienes ajenos? Ahora se siente agobiado en la administración de sus riquezas. ¿Cesó Mario en el servicio militar? Ejerce el consulado. ¿Se apresura Quintio a escapar de la dictadura? Se le volverá a llamar, arrancándole de su arado. Irá Escipión a la guerra contra los cartagineses, todavía sin la experiencia necesaria para una empresa tan importante, y fue vencedor de Aníbal, vencedor de Antíoco, orgullo de su consulado y garantía del de su hermano; si él no se hubiera opuesto, ¿no lo habrían sentado al lado de Júpiter? Pues bien, pasado algún tiempo, sublevaciones y reyertas de sus conciudadanos atormentarán al salvador de la patria, y después de haber desdeñado en su juventud unos honores que le hubieran igualado a los mismos

dioses, la ambición le complacerá ya viejo con un destierro sin fin. Nunca faltarán causas de inquietud, felices o desgraciadas; el ocio será interceptado por las ocupaciones; jamás se conseguirá, aunque se deseare siempre.

CAPÍTULO XVIII

ALÉJATE, pues, de la muchedumbre, mi querido Paulino, y refúgiate, por fin, en un puerto más tranquilo, sin esperar a que sea la vejez la que te obligue a entrar en él. Piensa cuántas veces has recorrido los mares, cuántas tempestades privadas te has visto obligado a soportar y en las que, siendo públicas, las hiciste recaer sobre tu cabeza. Ha sido ya suficientemente demostrada tu virtud a lo largo de tu vida, llena de trabajos e inquietudes; procura experimentar ahora lo que es capaz de hacer en el ocio. La mayor parte de la vida, en realidad la mejor, ha de entregarse a la república; pero toma algo de tu tiempo también para ti. No es que te aconseje un descanso inútil y perezoso; ni tampoco que con el sueño y los placeres codiciados por la plebe aplastes lo que hay en ti de energía y vivacidad. Eso no es descansar. Hallarás unas ocupaciones superiores a todas las que hasta este momento has efectuado con vigor y que, tranquilo y seguro, podrás llevar a cabo. Tú administras real-

mente las rentas del Imperio con moderación por ser ajenas, con el mismo cuidado que si fueran tuyas, y tan religiosamente como si estuvieran a la vista de todo el mundo; pretendes conseguir el amor en un oficio en el que resulta muy difícil evitar el odio; pero, sin embargo, créeme, es mucho mejor haber conocido las cuentas de la vida de uno que las de la alimentación pública. Ese vigor de tu espíritu, capaz de realizar las mayores empresas, lo has de emplear contigo mismo, a la vez que cesas en un servicio, que será muy honorable, no lo dudo, pero que es el menos indicado para conseguir la felicidad en esta vida; y piensa que eso de haberte obligado desde tus primeros años a que estudiaras todas las ciencias de las artes liberales no se hizo con el fin de que se confiaran a tu honradez miles de sacos de trigo; algo mejor y más elevado se esperaba de ti. Para un asunto tan laborioso no faltarán hombres de una honradez escrupulosa. Los sufridos jumentos son mucho más apropiados para llevar a la carga que los nobles caballos. ¿Quién se atrevería jamás a frenar la generosa ligereza de un caballo con una impedimenta pesada? Recapacita, además, lo enojoso que resulta echarte en cara que hayas tomado sobre tus hombros una carga tan pesada; llevas un negociado que tiene una relación directa con el vientre humano; un pueblo hambriento ni atiende a razones ni se calma con la equidad, ni se doblega con súplicas de ninguna especie. Pocos días después que murió Cayo César (si es que en los difuntos hay algún sen-

tido), debió lamentar amargamente que se moría dejando al pueblo romano sano y salvo y con alimentos para siete u ocho días aproximadamente. Mientras él unía los puentes con sus naves, jugando con las fuerzas del Imperio, se iba acercando también a los que se encontraban cercados por el último de todos sus males: la falta de comida. Y en tan mala hora quiso imitar la soberbia de un rey extranjero y furioso, que casi le costó la muerte el hambre, y la ruina total de sus cosas, que siempre sigue al hambre. ¿Qué espíritu tuvieron en aquella ocasión aquellos a quienes se había encargado se cuidasen de distribuir al pueblo los alimentos? Sabiendo que serían pasados por las armas, y que recibirían hierro, piedras o fuego, disimulaban con un cuidado extremado tanto mal como se ocultaba en sus entrañas; y con razón realmente, pues ciertas enfermedades han de ser curadas sin que se den cuenta los enfermos; muchos murieron por haber conocido su enfermedad.

CAPÍTULO XIX

RETÍRATE a ocupaciones más tranquilas, seguras y más elevadas. ¿Piensas tú que es igual el dedicarse a vigilar que el trigo llegue intacto a los graneros sin haber sufrido merma en el camino por descuido de los que lo transportan o por robo, el preocuparse que no se estropee con la humedad adquirida, ni se recaliente, para que responda a su medida y peso? ¿Es posible que prefieras esto en lugar de acercarte a esas otras cosas tan sagradas y sublimes, para conocer la naturaleza que tienen los dioses, sus placeres, su condición y su forma? ¿Para conocer el destino que espera a tu alma cuando la naturaleza vuelva a reconstruirnos después de haber abandonado nuestros cuerpos? ¿Es igual cuidarse de las subsistencias que conocer la fuerza que sostiene en medio del espacio unos cuerpos tan pesados o deja suspendidos los más ligeros; la que lleva la materia ígnea a las regiones más altas, la que mueve los astros en su carrera, y finalmente, todo lo demás que nos rodea y que

está lleno de milagros ingentes? ¿Quieres tú, dejando de mirar al suelo, elevar tu pensamiento a todas esas cosas? Ahora mismo, mientras la sangre está caliente, los que se encuentran llenos de vigor han de caminar hacia lo mejor. En esa clase de vida te están esperando multitud de ocupaciones útiles, el amor a la virtud y su ejercicio, el olvido de las pasiones, el arte de vivir y la ciencia de morir, y, por fin, una profunda calma en todas tus cosas. Verdaderamente, es desgraciada la condición de todos los ocupados; pero todavía es mucho más desgraciada la de aquellos que ni siquiera se preocupan de sus ocupaciones; duermen cuando duermen los demás, caminan al paso que les marcan los otros; comen cuando ven que sus vecinos tienen apetito; en el amor y el odio, los más libres de todos los sentimientos, se ven forzados a obedecer. Si éstos quisieran saber cuán corta es su propia vida, que piensen de toda ella qué parte haya podido ser verdaderamente suya. Por consiguiente, cuando veas que un magistrado ha desgastado ya su toga por sus continuas actuaciones, cuando se te ofrezca en el foro un nombre famoso, no les tengas envidia. Esas mismas cosas están proporcionando perjuicios a la vida; para que un solo año tome su nombre como recuerdo de su grandeza, serán capaces de destruir todos los años de su vida. A muchos, después de esforzarse en su ambición, luchando durante toda su juventud, se les acabó la vida. Otros, tan pronto como habían conseguido la más alta de las dignidades a que podían aspirar, lle-

gando a ella a fuerza de mil indignidades, se sienten afligidos por un triste pensamiento y se dan cuenta que ellos mismos se habían labrado el título del sepulcro. Mientras alguno, y para terminar, en los últimos días de su vida se dispone a concebir nuevas esperanzas, como en su juventud, le fallan las fuerzas y muere sumido en medio de ímprobos y grandes esfuerzos.

CAPÍTULO XX

¡DESGRACIADO aquel a quien se le evapora el alma, perdido entre juicios, defendiendo litigantes desconocidos y buscando únicamente los aplausos de un auditorio ignorante! ¡Infeliz aquel que, antes cansado de vivir que de trabajar, se encuentra con la muerte en medio de sus ocupaciones! ¡Infeliz aquel de quien se ríe su heredero mientras está amasando su fortuna durante toda su vida, y se sigue riendo mucho más después de muerto aquél! No puedo pasar por alto lo que se me ocurre como ejemplo. Turanio fue un viejo de una exactitud matemática; éste, después de haber cumplido los noventa años, cuando Cayo César le hubo concedido libremente el retiro de su cargo de procurador de Roma, ordenó que se le pusiera en el lecho, como si verdaderamente estuviera muerto, y que toda su familia le llorase a su alrededor. Toda la casa continuó lamentando el cese de su viejo señor, y no puso fin a sus gemidos en tanto que fue repuesto en sus funciones. ¿Tanta utilidad pro-

porciona el morir ocupado? Ese mismo espíritu tienen la mayoría; la manía del trabajo es en ellos más duradera que sus facultades; luchan contra la flaqueza de su cuerpo, y por ningún otro título les parece pesada su vejez, sino porque les aparta del trabajo. La ley no obliga al servicio militar a partir de los cincuenta años; a partir de los sesenta, no admite a los senadores; los hombres obtienen de sí mismos el descanso con mayores dificultades que de la ley. Entretanto, mientras se roban los unos a los otros, mientras se quitan el descanso y se hacen mutuamente desgraciados, discurre la vida sin fruto, sin placer y sin provecho alguno para el alma; nadie tiene presente la muerte, todos alargan sus esperanzas. Y muchos hay que disponen lo que se ha de hacer para cuando ellos hayan dejado de existir y se encuentren más allá de la vida; enormes moles de piedra para sus sepulcros, inscripciones de sus hechos más notables, ofrendas para la hoguera y ambiciosos funerales. Ten por cierto que las muertes de éstos se pueden reducir a hachas y cirios, como entierro de niños.

FIN DE
«SOBRE LA BREVEDAD DE LA VIDA»

La rica y atractiva personalidad de Séneca, que reunía en un solo individuo al político, al escritor y al filósofo, no podía pasar desapercibida ni para sus contemporáneos ni para los estudiosos posteriores. De espíritu curioso, permeable a cualquier intento de explicación científica, con un gran afán racionalista, fue preceptor de Nerón —que más tarde le ordenó su suicidio— y protegido de la intrigante Agripina, cuya muerte no supo o no quiso impedir. Sus excesos literarios, sus recomendaciones éticas o filosóficas, ciertas afinidades con el cristianismo, la incompatibilidad de las doctrinas estoicas con su vida de lujo, los silencios y complicidades con los desmanes de los emperadores son rasgos que caracterizan al filósofo cordobés y que se pueden rastrar en sus diálogos y epístolas.

En *Sobre la felicidad* trata de cómo el sabio debe aspirar a los valores absolutos, a conseguir la libertad interior ante los estados de riqueza o de pobreza, y de cómo, en el camino que conduce a ese ideal, las distintas circunstancias de la vida pueden aconsejar actitudes o valores preferibles a otros.

En *Sobre la brevedad de la vida* viene a asegurar que el único capacitado para disfrutar de la vida es el hombre culto que recuerda el pasado, se sirve del presente y tiene previsión del futuro, mientras que los torpes no controlan el pasado, el presente se les escapa y temen el futuro.



EDAF

